

Literatura  Justicia

Autobiografía admirable de mi tía Eduviges

Francisco Tobar García

Prólogo de Genoveva Mora Toral



Prohibida su venta



COLECCIÓN

Literatura *Y* Justicia



**Los volúmenes de la Colección Literatura y Justicia
vienen con estas características:**

- La edición de bolsillo (formato $12,5 \times 16,5$ cm)
va acompañada con el número del volumen.
- La edición mayor (formato $14 \times 21,5$ cm)
lleva el número del volumen sobre el símbolo >, mayor que.

Francisco Tobar García

**Autobiografía admirable
de mi tía Eduviges**

Prólogo de
Genoveva Mora Toral

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

Presidente
del Consejo de la Judicatura
Gustavo Jalkh Röben

Vocales
Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez
Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Director de la Escuela de la Función Judicial
Tomás Alvear

Consejo Editorial
Juan Chávez Pareja
Néstor Arbito Chica
Efraín Villacís
Antonio Correa Losada

Director de la Colección
Efraín Villacís

Editor General
Antonio Correa Losada

© Agradecemos a los herederos de Francisco Tobar García por la cesión de los derechos de la obra *Autobiografía admirable de mi tía Edwiges*, para esta edición.

Fotografía de Portada: Andrés Laiquez **Diseño y Diagramación:** Alejandra Zárate / Jonathan Saavedra **Revisión Bibliográfica:** Gustavo Salazar **Revisión y Corrección de Textos:** Alejo Romano / Susana Salvador / Estefanía Parra **Apoyo Administrativo Editorial:** Carolina Andrade / Johanna Zambrano **Mensajería:** Luis Flores **Apoyo Técnico Gaceta Judicial:** Santiago Aráuz

ISBN 9789942-8531-10
Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura
Reina Victoria N23-101 y Wilson
www.funcionjudicial.gob.ec

Editogram S.A.
Distribución Diario El Telégrafo

PUBLICACIÓN GRATUITA
Quito - Ecuador, 2014

Prólogo

Eduviges, una vida más enérgica que la fábula

Nada más iniciar la lectura de esta deliciosa obra, la sonrisa se agranda con inevitable picardía, porque, apenas escuchamos de labios de la mismísima Eduviges su memorable nacimiento, abrimos la puerta de ese morbo escondido que, aunque no lo reconozcamos, llevamos en la piel.

Francisco Tobar García, prolífico autor, poeta y dramaturgo de reconocidas dotes, fue además director teatral y actor, y dedicó gran parte de su venturosa existencia a las tablas, donde permaneció alrededor de veinte años con su Teatro Independiente. Llevó a escena algunas piezas siempre críticas, como *La dama ciega*, *Cuando el mar no existía*, *Las ramas desnudas* y *En los ojos vacíos de la gente*, entre otras. Al cabo de este tiempo y debido a cierta atmósfera poco amigable, Tobar decidió que su tiempo en el escenario había cumplido su ciclo.

Regresó entonces a la narrativa y su escritura continuó apuntando contra ese Quito que tantas razones le dio para vivir pero también para resentir. Así, escribió *Pares o nones* y, más adelante, *Autobiografía admirable de mi tía Eduviges*, que en su momento de aparición fue aclamada por la crítica y que hoy forma parte de esta colección.

La tía Eduviges va escribiendo sus memorias y «viviendo» paso a paso nuevamente, junto al lector, su inusual existencia. Lo hace con ganas, con tono intenso, a pesar de que conforme avanza el relato su vida se va apagando. Es una historia de amores sinceros, libres, repletos de una pasión cargada de los matices de una vida más enérgica que la fábula.

Eduviges, niña de mirada estrábica, nace dotada de este «torcido» recurso que le permite observar todo. Es una especie de Jean-Baptiste Grenouille*, pero con el don de una vista singular; sin embargo, nuestra heroína no decanta por el crimen: su único delito es vivir despojada de hipocresía e ignorar día a día las convenciones sociales impuestas por la joven y católica burguesía.

Francisco «el Loco» Tobar García se habrá divertido mucho cuando escribió esta joyita, porque Eduviges es innegablemente su álter ego femenino. La voz narradora, la de la tía, se da el lujo de iniciar su relato con la lengua en ristre:

considero falta imperdonable de mi madre su mal paso. ya sé que tú, lector desaprensivo, te habrás figurado lo peor, especialmente si naciste en esa ciudad donde las beatas y las golondrinas tienen licencia para defecar en las joyas coloniales de iglesias innumerables donde se festina al dios de los romanos (página 19 de esta edición).

Don Paco funge, además, de personaje secundario, pues la doña constantemente hace alusión a su singular sobrino:

esta mañana ha sido formidable. mi sobrino me trajo a regalar dos libros soberbios: ¡«la virgen pipona» y «más allá de las islas»! alicia yáñez cossío. que me perdone no la haya citado junto a los cuatro pajarracos que novelan en el país amazónico. me fascina: mujer testigo de la abulia en esa región de machistas asquerosos (p. 27).

Esta narradora, presente y consciente, dicta sus memorias. Se erige potente, deliberadamente atrevida, y

*Protagonista de la novela *El perfume* (Patrick Süskind), que tenía un olfato prodigioso.

no escatima adjetivos ni esconde su deseo de elevar el tono para pasar cuentas, al menos por escrito, en sus deseos finales, a esos parientuchos a quienes ya en vida varias veces había sepultado. Hace con gracia feroz este dictamen pre mórtem: «hablaré de ellos como lo merecieron: mal y en voz alta» (p. 24), dice.

Esta historia contada en primera persona hace referencia constante a grandiosos personajes de papel. Así, el ilustre caballero de adarga y rocín parece apropiarse de esta hidalga andina cada vez que arremete con fuerza a los vientos desatados por los luengos chismes de la capital: «...con la iglesia hemos topado, sancho, escrito hace tiempos por el hijo de la saavedra. miren lo culta que soy, ¡y es que no he leído mucho pero releo siempre!» (p. 25).

El lenguaje de la novela está, por supuesto, al servicio de la fábula, pero también al de un continuo juego lingüístico que confiere una atmósfera de humor y que es, simultáneamente, la gran herramienta para revelar su pensamiento atento, su sarcasmo traducido a célebres frases cotidianas, adobadas de una enjundia capaz de molestar a unos cuantos referidos y referentes captados por el ojo de la estrábica matrona.

Sus enunciaciones van contracorriente, bordean el cinismo y ponen a tambalear certezas y situaciones. Esto ocurre, por ejemplo, cuando Eduviges pierde a su amado Werner y recibe condolencias y cierta advertencia de un preocupado empleado que conoce la causa del deceso:

—señora, debe tener cuidado, el señor ha muerto de...

—de ganas de morir, hijo de tu madre (p. 110).

Ella lamenta la pérdida a su manera:

ay, werner, ya no me enseñaría refranes como: al
que madruga le vienen arrugas; ojos que no ven,
ciego hijueputa; quien con los santos se acuesta,
se cae de la cama (p. 110).

Quito, la muy mentada beata, es el gran telón de fondo de esta narración intrépida, no porque las aventuras la sobrepasen, sino por las atrevidas apreciaciones de la tía, que no deja cura con cabeza. Se ríe de su clase y de las ínfulas aristocráticas de ciertos pobladores de la ciudad andina, único lugar donde se compite con Inglaterra en el oficio de reconstruir árboles genealógicos.

Y es que la tía Eduviges es la antítesis de la quiteñidad. Es el mundo al revés, antagonista viviente de lo políticamente correcto. No importa a qué nivel estén ni de qué tiempo sean, es capaz de bajar de los altares a grandes consagrados de la literatura. Habla del *boom* latinoamericano como un evento de mercado y aclara, sin reparo alguno, que, antes que García Márquez, ya su compatriota Alicia Yáñez había escrito *Bruna, soroché y los tíos* en clave de lo que más tarde se conocerá como «realismo mágico».

Sus constantes alusiones a la literatura del mundo van diseñando su propio canon, en el que, por supuesto, no caben aquellos que no la conmueven: «nada es real – señala–. solo lo que uno lleva dentro se parece a una novela bien escrita. decididamente solo amo a rabelais, cervantes y grombrowicz. lo demás, paja» (p. 223).

Se atreve con Proust y sentencia:

si el aventurero del tiempo gastó más de tres mil palabras para demostrar el sabor del recuerdo encerrado en una golosina, por qué no se me ha de dar permiso para narrar sin hipocresía

algunos hechos banales, esos llamados por los
romanos pecados veniales... (p. 145).

Defiende a capa y espada la literatura de sus franceses favoritos: Balzac, Flaubert y Stendhal. Declara sin ambages su gran admiración y el placer que le otorga la lectura rabelesiana y la de su amado Anatole France. Frecuentemente arremete contra la poesía de Rilke, que le ocasiona malestares; Echegaray no pasa de lastimero y a Henry James lo encuentra más aburrido que «misa cantada».

Sin embargo, esto parece un guiño al lector, porque son las metáforas las que le permiten explicar el mundo y sus coincidencias: «nos vimos como dos muertos que se saben tales y de repente sospechan haber estado hablando. era el diálogo de dos seres profundos, como dijo el poeta» (p. 160); o quién sabe si una estratagema para que cada lector tome posición propia, porque, en algún momento de sus largos diálogos con Carlos, su amor ecuatoriano que la acompañará hasta la muerte, anota más de una lapidaria sentencia:

en resumidas cuentas, tengo aversión a la
poesía, la metafísica, la química, el álgebra, las
ecuaciones y toda suerte de perversión sexual,
incluida la psicología, pues díganme ustedes:
¿quién sabe qué es el hombre? [...] este
antropoide del cual se dice tiene la facultad
de reírse y puede hasta llegar al colmo del
desarrollo intelectual cuando ríe de sí mismo
(p. 161).

Eduviges es una mujer de pasiones, no negocia sus gustos ni simpatías: Vivaldi se le ocurre un plomazo de esos que idolatran las señoras pudientes; la música para ella está en Mahler, en Mozart.

Las relaciones familiares son otro telón de fondo que da color a esta divertida autobiografía, no solo porque la doña ha formado una familia muy particular, sino porque las mujeres se ubican en dos extremos: unas de pretendida y virginal pureza, adobada de eclesial aroma, especie en la que caben principalmente las reverendas madres, las damas de alcurnia y las de buenas carnes, como la señora Avelina —«el ave más pesada que haya visto sobrevolar» (p. 85)—; y aquellas, muy contadas, como la tía Eduviges, cuyo memorable desparpajo la lleva a pronunciar un memorable veredicto: «soy una mujer limpia, me baño sistemáticamente y moriré con el orgullo de jamás haber frecuentado esos lugares como la escuela, la iglesia, la universidad o el monte de piedad» (p. 100).

Eduviges es una mujer a la que le sobra el mundo; la enferman la geografía, las fronteras, los pasaportes y las visas. Cree que el verdadero sentido del amor y la amistad no tiene remilgos ni buenos modales. No le interesan la vanguardia ni la tecnología; reniega de estos tiempos en los que ya nadie sabe si los huevos los pone «una computadora o una gallina de campo» (p. 163).

Paco Tobar fue un personaje que estuvo siempre contra la regla; sus personajes parecen ser pretextos para abordar diversos temas y desacralizarlos. Asimismo, al hacer de esta mujer un personaje excepcional renuente al melodrama, trastoca los estereotipos femeninos: a Eduviges, como a toda abandonada de la vida —y de acuerdo al cliché—, le esperaría una vida de a perro y no la pantagruélica existencia que tuvo la energía de vivir.

Ella fue una niña robustamente cínica a la que pocas cosas sacaron de su trinchera. Por eso, cuando de manera inesperada se presenta el desaparecido padre, borra de golpe cualquier posibilidad de telenovela:

—¿me detestas, pequeña?
—no, pasado mañana cumpliré los quince años y,
para tu conocimiento, ya soy mujer.
—lo sé, lo sé.
—por favor, si en realidad eres mi padre, no
digas esas huevadas de los chinos, «lo sé, lo sé».
simplemente, como todos los hombres, no sabes
nada (p. 68).

El autor logra, entre otras cosas, convertir esta narración en la oportunidad para inscribir como línea estructural una posición filosófica que va más allá de la ley. Podríamos afirmar que detrás de las palabras, donde reina el desparpajo, hay una ética muy propia de los seres más transparentes.

Además de la fábula, esta novela se construye como una sugestiva puesta en escena donde entran en juego distintos escenarios. Las ciudades se erigen no solamente como lugares físicos, sino como espacios que acogen o rechazan pero, sobre todo, representan un estatus, un ideal. De hecho, Eduviges es una migrante por voluntad que ha vivido deslumbrada por el viejo continente y ha encontrado, en el anonimato que le otorga la ciudad grande, el inmenso placer de saberse ciudadana del mundo.

Pero quizás en la novela también está la incapacidad de aceptar la verdadera identidad, las raíces, que, se sabe, han sido igualmente manipuladas por la historia, contada, claro está, por los vencedores:

nosotros no somos semejantes a los incas. ellos
eran la corrupción y el desorden. su maldad no
contenía límites: trasladaron pueblos enteros,
por castigo, de un país a otro, e implantaron una
lengua bárbara, peor mil veces que los españoles
(p. 211).

El testamento de Eduviges es un verdadero manifiesto *anti-establishment*, en el que reparte adjetivos y desacraliza a media humanidad. Y, para cerrar con dorado broche, no escatima recursos: prueba de ello es la decisión de nombrar como heredero de su fortuna a un gran burdel, burlada maniobra que elimina a más de un pariente y da por terminado cualquier reclamo.

Genoveva Mora Toral

Nota del editor:

Por propuesta del autor, el texto que se presenta a continuación no contiene letras mayúsculas.

coincidencias

...ese vapor que los hombres llaman locura tiene efectos tan felices, que si no interviniese en alguna parte, el mundo se vería privado no solo de esos grandes beneficios, las conquistas, sino que la humanidad toda quedaría reducida de modo infame a sostener las mismas y las mismas creencias en cuanto a hechos invisibles.

jonathan swift, «digresión sobre la locura»

soy el cuerdo más loco y, por tanto, el anti-loco, pues veo con clarividencia quiénes son los locos de veras y cómo engañan al mundo, para acusarnos después de locura al ser descubiertos.

ramón gómez de la serna, «nuevas páginas de mi vida»

nunca me volveré respetable; pienso que nunca dejaré de escribir. podría escribir mierda durante un tiempo, pero seguiría escribiendo lo que siento. moriré con la pluma en la mano y, bien lo sabes, el sexo es una de las más altas formas de arte y espiritualidad que hayan existido.

henry miller, «cartas a brenda venus»

antes me consideraban un loco inofensivo. hoy, al escribir este libro, me he convertido en un ente nocivo.

witold gombrowicz, «peregrinaciones argentinas»

*¿por qué causa no he de seguir con esta crónica alegre
y sin enfado? al dictarla pensé siempre en que ustedes
beberán tanto como yo, pues la abstinencia nunca será
razonable.*

françois rabelais, «prólogo a gargantúa»

*el hombre cuerdo vive sin sentido y de tal suerte
acaba. solo cabe redención en la embriaguez, la risa; es
decir, todo aquello que los hipócritas denominan sinrazón:
pero si la locura es la decisión de los inmortales, aun
nos sobre tiempo para entregarnos al goce del amor sin
limitación alguna.*

john oldham, «a satyr against virtue»

*la sociedad es el mal, pero el rebelde, quien la conoce
y emplea este saber en ventaja propia, es exhibido como un
individuo indigno, merecedor de castigo.*

william makepeace thackeray, «los esnobs de
inglaterra, por uno de ellos»

considero falta imperdonable de mi madre su mal paso. ya sé que tú, lector desaprensivo, te habrás figurado lo peor, especialmente si naciste en esa ciudad donde las beatas y las golondrinas tienen licencia para defecar en las joyas coloniales de iglesias innumerables donde se festina al dios de los romanos. no, el mal paso de mi madre ocurrió cuando, llegada a la ciudad andina, resbaló al entrar en el hotel metropolitano. recuerdo claramente que no había permanecido en el vientre de mi respetable anfitriona más de siete meses y catorce días, cuando di un alarido en la clínica ahora.

entonces se acercó el tío flavio, feo como nadie, y exclamó con los brazos en cruz:

—es preciosa, se parece a mamá.

jamás, pensé de inmediato, esa vieja era espantosa, aborto del infierno.

el doctor ahora dijo:

—la niña tiene un defecto grave, padece estrabismo.

él no podía sospechar que si miraba de esa laya, era por el asco; todo enrarecido, hasta el aire que yo aperecibía.

—¿en qué fecha estamos? —preguntó otro de los tíos que había llegado a saber el mal paso dado por mi madre.

hubo receso, se levantó la sesión, y la tía jobita y jarpia, desabrida, se levantó un poco el vestido, porque parecía que le picaba una pulga. en verdad le picaba la curiosidad grosera, por cuanto mi madre no era casada, baldón imperdonable para la parentela.

me mantuve estrábica.

el único que dijo la verdad fue un médico joven; se acercó a la cuna: ¡esta niña es horrible como todas las criaturas! y es que el doctor herbás, graduado en la universidad de quito, era ignorante como estos médicos de 1988 computarizados. ignaro perfecto, burro de solemnidad, con muchos diplomas... ah, también mi tío ernesto, que era masón y amasó una fortuna del otro mundo, donde ahora reside. él dijo entre sí: hija de puta, si será fea.

por eso, por mala leche de los tíos, me pusieron educigues. bueno, antes me habían cambiado los pañales.

no es ninguna tragedia, pero nadie puede confirmar mi existencia, porque no fui bautizada. soy del registro civil, y en ese tiempo, tal hecho era visto del mismo modo que yo, es decir, estrábigamente.

los médicos, de todas maneras —y qué maneras tenían entonces los médicos!, ahora, por cualquier razón te meten mano, y ya lo dice el refrán enseñado por mi madre santa: ni ojo en mano ni culo en tierra—. bueno, los médicos dijeron que no habían visto una niña más estrábica que yo. así pues, nací admirada. me admiraba de todo, de la gente de quito, tan solemne, de los precios de los artículos de segunda necesidad, de todo, todito.

—gracias a dios, la niña es casi perfecta —dijo una señora de sociedad, rucia de nacimiento, sucio su árbol genealógico.

—casi —suspiró mi madre santa, que yacía aún en el lecho del dolor. después me confesaría que antes de nacer yo, había estado en el lecho de un señor de apellido solemne. por eso, me atribuyen linaje, me cago en la noticia. en quito, todo el mundo es noble, y de eso me reiré hasta la llegada de la parca.

nadie sabe ahora qué es la parca. ayer lo dije delante de un intelectual, lógicamente de izquierda, y me preguntó con horror qué significaba eso de la parca, puesto que lo había escuchado de boca de un lacayo socialcristiano.

—nada, lo mismo que automóvil —le repuse, ya que un coche nos puede llevar derechamente a un cementerio. debo afirmar en este punto mi amor por todos los coches.

mi madre me puso en un coche y me llevó a los diez días a su casa. horrible, en la loma grande.

y decía a todo mundo que mi papacito estaba muerto, de modo que encima de ser estrábica, era también póstuma.

advertencia: no envíen flores a la tumba de mi padre. el pésame se recibe por tarjeta.

en ese tiempo las madres guardaban cuarentena, lo cual era pasar con gallina cuarenta días, pero todo el mundo sabe que antes de la gallina hubo el huevo, y por afirmar tal hecho la gente me tilda de malintencionada.

y la gente llegaba y decía linda es la guagüita, y luego murmuraban, ¿a quién habrá salido, no será hija del tuerto rivas?, porque la mirada sí, y las viejas se echaban pedos delante de mi madre, que gozaba con una pierna de pollo a las cuatro y media de la tarde.

las visitas menudeaban mientras mi madre saboreaba el caldo de menudencias. de todas estas menudencias me acuerdo perfectamente.

el tío flavio vino del registro para decirme que ya estaba inscrita y... eso de constar como hija natural.

hijo de puta, dije yo, ¡soy sobrenatural! como tal he crecido, ¡estragón de la ciudad maldita, mata donde mean los perros!

el estragón o taraxaco, de paso o de trote, he de decirlos, vale como purga de la sangre. por eso, lo he bebido toda mi vida, para purgar el linaje pretérito.

en la papeleta decía: hija (lo de natural, ya basta) de doña soledad, oriunda de ibarra. eso de oriunda me pareció peor que orinarse en los pañales, pero ¡qué podía hacer si entonces no sabía cuánto se podía hacer también con la raja bella! por eso, toda la gente dice que soy mujer rajada. eufemismos, señor cura.

¡no hay derecho! cuarenta días de visitas de todos los parientes. nadie decía pío sobre el padre de la criatura, porque mi madre era católico-romana y, sobre todo, dueña de la mitad de quito. casa por todas partes, y prestaba dinero modestamente, sin ostentación, calladita. ¿mi madre? ¡una santa! me sobresalta que hasta ahora el polaco no la haya canonizado, a ella; estuvo en la haya no sé cuántos meses, ya que el padre que tuve dicen que «fungió» de diplomático en esa ciudad casi tan fea como la vista por mí al abrir los ojos estrábicamente. ¿será por eso que siempre me ha parecido quito una ciudad torcida?

la fecha de mi papeleta: tres de noviembre de mil novecientos ocho.

hoy estoy en la cama, sola, debido a mi vejez, y dicto rectamente mis memorias a mi sobrina predilecta, ofelia. rectamente, sí, señores, y no como el garcía Márquez, ese escribe con el recto.

eduviges qué sé yo, y no tobar garcía como mi sobrino, qué vergüenza, ser pariente del tirano que canonizó el benjamín de los biógrafos ecuatorianos, ¡quien ha de vagar toda su vida colocando lápidas en los libros de todos los ecuatorianos! de tal ignominia no estás libre, pariente ilustre: pero a pesar del catolicismo de mi madre, no me bautizaron.

o, quién sabe, detrás de la iglesia, donde está sancho panza. y los curas con sus panzas abominables.

una montonera de recuerdos y yo quiero calma. de lo del entierro hablaremos otro día. preferiría en todo caso ser humeada. de paso, les cuento: ahora es siete de abril de mil novecientos ocho, no, novecientos noventa y ocho. ya saben, la edad o la memoria... tuve una noche desapacible: lope lucero, autodidacta y pariente lejano, a muchos años luz, de mi abuela, vino a verme y, como es intelectual, habló de todo, menos de la vida, y ponderó a autores en boga, que nadie puede comprar debido a los precios y la bolsa; es decir, habló de bolsones de apellidos rimbombantes y riobambeños, y no faltó el juicio sobre juan león mera, hijo natural del malgenio del cristianismo, y de juan montalvo, ese mulato pardo que no quería a los negros, precisamente por llevar esa sangre, en todo caso, positiva. yo eructaba con fina educación para dejarle sentir mi aburrimiento, pero un hombre solemne jamás se detiene cuando habla pendejadas, sobre todo si lo hace en la mitad de la sala, como si interpelase a un político con puesto importante, o impuesto por la arbitrariedad del dictador de turno, pues esta gente es como las boticas: están de turno, o tienen los bombillos apagados, o se ponen verdes cuando cometen errores garrafales de gramática, y amarillos al leer las reseñas de la prensa comprada al por mayor (para mayor

información, please, leer la enciclopedia de isaac jota barrera, sobre el disparate ecuatoriano).

bueno, también debo contarles, buena chismosa, que estoy en una casa de salud, a ver si la recobro, pues un médico a palo de ciego dice que me deben extirpar los ovarios. hijueputa, que sea capado, si tiene los de galeno, al parecer más caros. yo he de morir como ese actor, el errol, con las botas puestas. yo, con mis ovarios indispuestos.

divago. regreso a la infancia. grato resulta el paseo: voy por el retiro, el madrid de siempre que haya verano. diablos, hoy la llovizna tiene un no sé qué de ciudad andina.

cuando yo tenía seis meses y días, a mi madre se le ocurrió —era tan ocurrida— mudarse de este mundo al otro. lo hizo sin despedirse, y me dejó, en su consideración, considerable fortuna, con la sola condición de que dicha fortuna la manejasen, hasta mi mayoría de edad, sófocles y su mujer, seres abominables, fallecidos en mi memoria varias veces. hoy les doy sepultura cristiana; vale decir: hablaré de ellos como lo merecieron: mal y en voz alta.

en cuanto a mi madre, pienso que le dieron demasiadas gallinas; por eso, me prometí cantar hasta el final, y no descanso en paz para castigo de lenguas malas y buenas en la provincia lejana.

lo de provincia me lleva a pensar en el provincial de no sé cuál orden romana, quien solía visitar la casa del tío sófocles, el cojudo; tal se lo nombraba. yo tenía siete meses, y jamás lo he podido olvidar.

yo era medio ciega y, sin embargo, sospeché desde esa tarde aciaga que el señor sacerdote olía ya mi fama. la de rica, se entiende. es que, pobrecitos ellos, los curas.

duermen en colchones de paja. yo en plumas, por todas las gallinas degolladas por mi madre. por sus plumas los reconoceréis, que con la iglesia hemos topado, sancho, escrito hace tiempos por el hijo de la saavedra. miren lo culta que soy, ¡y es que no he leído mucho pero releo siempre!

enterrada mi madre, fui, de berreo en berreo, a la casa de mi tío sófocles, el perfecto cojudo, casado clínicamente con una vieja, religión romana, que todas las mañanas subía a la romana a pesarme y después hijae-putaba a todo el mundo, en la forma más vil que se haya inventado: haciendo rezar a los hijos de puta de los sirvientes, que no servían para nada, a toda hora.

a pesar de ser católicos no tenían hijos. la religión no cura y la vieja, mujer de ese sófocles, solo sabía rebuznar la importancia.

—lamento, con perdón de los juramentos—, engordaba cada día más. yo tenía seis meses y medio y recuerdo cómo la vieja me baboseaba asquerosamente.

rezos y sotanas, y alguna zutana llegada tardecito para regocijo del tío. lo de regocijo no lo comprendí sino cuando ocurrió lo de mi primo canuto, pero eso a su tiempo, que todavía, se me antoja, lo tengo para seguir dando lata.

a las siete, misa. me llevaban en una canasta. entonces aprendí la importancia del dinero, porque algunas personas de poca vista echaban la limosna en la canasta donde yo iba.

el latín me gustaba mucho. el incienso, los pedos, me daban tos. los pedos de la gente masiva o mísera, no sé cómo se dice, hace tiempos que no trato con los «romanos», me parecían parte de la liturgia.

la tía usaba myrurgia.

el tío sófocles no perdía ocasión para desnudar con la vista a las beatas fingidas y las sirvientas cholas. de regreso a casa, la teta. hay señores, ahora lo sé, que nunca dejan la teta. hombres que llevan la teta de la mamá a la noche nupcial. teta y, a las doce, el ángelus. pero no había ángeles, solo los sirvientes asquerosos, mal pagados, siniestros, y el tío hurgándose con los dedos la nariz y comiendo algo extraño.

—¿a qué horas van a pasar la comida?

—¿y de la merienda qué?

—¿cuándo vamos a cenar?

frases célebres del tío sófocles.

y a la tarde, el rosario, con hincadas y pisadas de pañuelo. en la cuna me aburría muchísimo. prometí que cuando llegase a mi juventud plena no me aburriría jamás en la cama.

como me esperaba fortuna, y era enorme, la pareja de tíos me acariciaban a cada rato. cada beso una mosca.

odio las moscas, lo que llevo en la mano es un matamoscas siempre.

recuerdo claramente una tarde. los tíos y un cura siniestro (se sentaba siempre al lado izquierdo de la tía) hablaban de la fornicación. yo pregunté que cómo me iban a fornicar si no me habían bautizado, y que, además, mi madre santa lo había prohibido en su testamento. pero ellos, los adultos adustos, jamás comprenderán el lenguaje de los niños.

cuando cumplí los seis meses y treinta días, el mes de febrero, supongo, me sacaron al sol como el maíz, a la noche parecía una sandía por fuera y por dentro.

—la bebe tiene calenturas.

una mentira grosera. las calenturas me comenzaron después de la primera regla. además, lo de bebe era una ignominia. en la casa del tío sófocles solo bebía el cura siniestro cuando iba a comer los domingos. el cura me tomaba en brazos y clamaba como si predicase a una turba:

—¡ay, angelito! angelito de dios...

aprendí el arte de la hipocresía quiteña y respondí: agú.

éxito abrumador. el tío casi expira, pero se recostó en el sofá y exclamó:

—no hay duda. la niña ha heredado mi talento.

¿qué cosa podía heredar de ese cojudo, si vivían las dos serpientes de mi fortuna?

esta mañana ha sido formidable. mi sobrino me trajo a regalar dos libros soberbios: ¡«la virgen pipona» y «más allá de las islas»! alicia yáñez cossío. que me perdone no la haya citado junto a los cuatro pajarracos que novelan en el país amazónico. me fascina: mujer testigo de la abulia en esa región de machistas asquerosos.

el machismo es una manera de ocultar la impotencia, o, lo que es peor, el machismo es una forma de ocultar gusto anal.

a ver si un día me atrevo y canto las verdades. ahora no lo hago porque por la radio canta un tal juan gabriel. y dale que dale, ¡la canción todo el día!

odio los hospitales, hay mucha más bulla que en los cementerios.

en eso llegó otra vez el cura siniestro y dijo: un deten-te para la niñita que ahora cumple un añito.

¡detente, cura infame! no hagas torpezas. y además, para ti será un añito, para mí un siglo de aguantarte y soportar los besuqueos de los tíos que quieren heredarme.

todo mi dinero lo he dejado para construir un burdel que se llamará «casa de ejercicios san bartolo». lo de bartolo, por la flauta.

del año y medio a los cuatro, no me entusiasmaba hablar, me sacaron de la cuna y me pusieron en una cama horrible con barrotes. pedí que los quitaran. hubo sala de prensa y el tío cojudo y la gorda rabelesiana dijeron que me caería de la cama.

al día siguiente cayó el presidente de la república, no sé cuál, pues nunca me ha interesado la política. tal la influencia de las madres, que hasta los políticos solo luchan por la teta. desde luego, la piel mía entera estaba desgastada con tanto lengüeteo y besuqueo.

caca y moco, moco y caca.

otro presidente resbalando y otra teta para el nuevo mayordomo.

odio a los sirvientes, especialmente aquellos que rodean a los mandatarios. vaya nombre tan pomposo.

un día, eso sí lo recuerdo, dije una mentira banal, pero como los tíos eran tan brutos, sófocles balbuceó emocionado:

—hay que llevarla mañana mismo al jardín de infantes, esta es procaz.

¡tan cojudo! él era el procaz y yo, precoz.

nueva muerte de la pareja indolente.

y seguían viviendo, lo cual era lamentable.

salí de la cama con barrotes y pasé al jardín de infantes de las señoritas toledo. en la ciudad de las beatas y

las golondrinas se levantan monumentos a personas que murieron antes de nacer y se dan nombres, al parecer ilustres, a calles donde orinan los perros de los ricos y los pobres. ¡pobres perros!

pero no se ha levantado monumento alguno a ellas, forjadoras de la felicidad de muchos niños, cada uno con su sexo, porque aquí en madrid la gente dice «se requieren para tal trabajo personas de ambos sexos». sí, son tan orgullosos que tienen uno para orinar de pie y otro para hacerlo bien sentada la persona. sentado esto, trataré de decir, enumerar a la manera del santo rabelais, los juegos que aprendí en esa ciudad dorada.

ah, la infancia, cuánto daría por no volver jamás a la edad en que todos dicen: cuidado, se va a caer, come esto, come estotro, si no tomas la sopa no hay dulce.

lo único bello de esa época fueron ellas, las toledo.

los juegos eran, por lo general, si bien no tengo simpatía alguna por los militares:

el sinqueteroce

el sinquetepase

a la chita callando

a las cuatro esquinas

al pentágono y el kremlin

al espumarajo

a destajo

a la prima la pierna encima

a quien madruga nadie le ayuda

al amanecer con la manta en el cuello

a la ventolera

a la berlina

a las dictaduras (cuando osa mandar el macho)
a la hembra
a la hedentina
a la caca de gallina
a la hipocondría
a la hipocresía
a las cinco en todos los relojes (vieja canción granadina)
a la granadina
a la bartola, y al cura que se tiró a la bartola
a más vale nunca que el arne
al acné (sacar las espinillas del culo del primo hermano)
al mapapelotas
a la intemperie
a las escondidas y a la política
a la izquierda democrática
a la democracia cristiana
a la polaca
la contrahecha y la pantoja
el adulo y la abyección
a la burocracia
a respetar al jefe que, cuando dice los cerdos vuelan, hay que creerle, pues los cerdos vuelan bajito, pero vuelan
al calendario
a la huelga
y huelga decir otros juegos de manos que son de villanos
y a los tiranos, vale decir el matrimonio romano.

pero si donde ellas aprendí juegos tan divertidos, también me inicié en las artes marciales, nacida bajo marte debía suceder tal hecho; pero prefiero los higos o los alacranes en su tinta.

desde el segundo día de jardín comencé a escuchar verdades absurdas, pero las creía para ocultar mi orgullo y... fealdad.

las amiguitas, oh las amiguitas para toda la vida; se acercaban solícitas en los recreos: qué linda eres, o qué dientes tan bellos, y qué hermosas trenzas. todo mentira. frente al espejo, la ignominia, me retrataban sin recato: una piel lechosa, pecas y más pecas (si bien aún no descubría lo que son las delicias del pecado). más fea aún que sófocles, solo que no apestaba como la gorda. y comencé la vida de cojuda, en otras palabras: heredé la cojudez del tío, y daba medios y reales a las amiguitas y hacía fiestitas con mi dinero en casa de sófocles, complacido con el juego, pues cada vez iba al banco y justificaba una suma para la fiestita de mi hija adorada que quiere jugar con sus amiguitas.

—eduviges, no te fíes demasiado de ellas —me dijo un día una de las señoritas. ¿puedo olvidar a las señoritas toledo?

entonces ya no di nada, y me empujaron, me pegaban, me pellizcaban. feo, ¿verdad? como es lógico, después hablaban de la novena del niño dios, y en casa habían hecho ya el nacimiento.

en un gesto de generosidad, sófocles se cortó algo de su barba para mezclarla al musgo. ¡inolvidable!

cuando dije adiós a la infancia primera, lloré por dejar a ellas, a esas mujeres nobles y abnegadas que jamás se burlaron de la bizca y más bien me enseñaron a perdonar.

entonces llegó una carta que los tíos leyeron en voz baja, temblando. me fascinaban las estampillas. los tíos no sabían que ya sabía leer. astuta, cuando llegaba el profesor de las vecinas, clavaba el oído. leer, mi ambición, y jamás zurcir. y cocinaba de maravilla. siempre he cocinado bien. van a ver que salgo del hospital y hago una comida bárbara. además, al día siguiente, vuelvo a mi anís. que me mata del anís, ¡vaya muerte más linda!

leí a hurtadillas la carta. era el tío manuel, hermano de mi padre, que había recibido a su vez carta y «ordenaba de acuerdo a la ley» —lo aprendí de memoria toditico, les juro— que viajase a santiago de chile y que, para el efecto, llegaría a nuestra ciudad una persona que sería, a partir de la fecha, mi institutriz. y yo moría de curiosidad por saber qué quería decir la palabreja.

la gorda rabelesiana callaba. el tío orinaba a cada rato. el tío orinaba tanto, que hubo goteras en el departamento de abajo, si bien el tío argumentaba que era en el departamento de arriba, y los arrendatarios, a los cuales les cobraba una barbaridad, como diez sures mensuales, solo porque descubrió que no rezaban y eran alfaristas, sí, los arrendatarios se quejaron bruscamente.

—parece que tengo cálculos en la vejiga...

solo cuando llegué a santiago, supe por boca del tío manuel que en realidad ambos tenían cálculos, pero en la cabeza, y lo mismo las amiguitas de la infancia.

hasta que un día la tía quedó tiesa:

se presentó la institutriz inglesa

y el tío de una pieza.

a la institutriz le dieron una pieza. era atrás, bastante lóbrega, pero ella, que se llamaba glenda y no hablaba nuestro idioma con soltura, decía «póbrega».

—ese hombre, que jamás se ha preocupado de su hija, ahora nos arranca esta flor, ay, ay, ay...

mocos de viejos; en otras palabras, mi infancia pero al revés; mocos y los viejos hechos caca. además, el contraste entre la inmensidad rabelesiana de la tía estúpida y la figura estilizada de la profesora inglesa era como para partirse de la risa. hasta las voces: la de la tía, ronca, desordenada, baja; la de la inglesa, como las llaves inglesas: útil, necesaria para desarmar a la tuerca de la tía y rasurar con un no terrible al cojudo del tío que rogaba:

—pero es que, linda señorita, podríamos viajar los tres con la niñita.

silencio. la señorita se levantaba y, ya en la puerta, con voz inglesa, neblinosa, respondía: no.

para un padre, perder un hijo debe ser un golpe muy duro. para dos tíos sin ambición alguna, que se habían sacrificado la vida entera, ¿pueden imaginar ustedes?

chucu-chucu, el tren...

—¡qué manera de llorar esa gente! teatro del peor que haya visto —dijo la señorita inglesa. pero no me gustaba algo en ella: ¡se durmió en el viaje! un viaje a la costa, se imaginan. creo que el clima de la ciudad andina le afectó, estaba resfriada y, como buena inglesa, tenía demasiada flema.

pero me mareé y devolví el desayuno, luego el nombre, hasta pedazos de la infancia primera. en buena hora.

—son las siete de la noche —dijo la señorita profesora.

riobamba, la noche, el frío aterrador, el ruido de los trenes que pitaban, fingían salir, no salían, la institutriz tosía, mierda, y un teléfono lejano que sonaba, y el pasajero de la habitación contigua que se levantaba como sófocles, cada media hora para orinar.

—¿duermes, pequeña?

la pregunta de la inglesa era tan estúpida que di gracias a mi madre santa de no haber nacido en gales o londres. la muy inglesa dormía a pierna recogida, es decir que no dormía a pierna suelta. nadie dormía y los trenes aullaban al punto de pensar que todo era de mal agüero para mi viaje a esa lejanía donde me esperaban tíos y más tíos porque, tanto del lado de mi padre como del de mi madre, nadie había dejado de copular día y noche. los parientes salían de huecos abisales y eran como ratones que poblaban un inmenso salón.

anoche salí del hospital. fue una aventura deliciosa. los médicos no me dieron de alta, porque soy pequeña de estatura, pero de repente sentí el impulso de regresar a mi departamento y beber toda una botella de chinchón seco, bautizado cristianamente con agua de vichy catalán. una curda de todos los demonios; pero algo debía de estropear mi primera noche de libertad. a eso de las diez se presentó mi sobrino paco, y comenzó la discusión, pues todo el día había recordado a la institutriz inglesa y él es un fanático de esa literatura neblinosa. yo detesto a los autores de la isla bárbara y adoro cuanto llega de francia, con excepción del marica de proust, admirado por mi sobrino, el cual, empero confiesa, solo ha podido hasta el tercer tomo... ¡y en español, el muy cretino!

—me cago en los franceses.

—me orino en los ingleses.

una hora de discusión, pero al final los dos nos echamos a dormir. él tenía dentro una botella de vodka y yo otra de anís.

desayunamos café con altramuces, pan abundante y cabeza de jabalí, lo que más le agrada a ese vagabundo de mierda, y ¡dale! ambos, para no discutir del costo de la vida y de la muerte, tema que casi nadie aborda, ¡habla que te habla y abluciones! ¡otra taza de café calentito y abordaje!

el cacho del cabrón de mi sobrino paco llama por teléfono al hospital, interesado por mi salud, y le contestan que están «sumamente alarmados» por cuanto no aparece el cuerpo de la señora eduviges (solo lleva apellido de la madre), y se supone que dicha señora ha sufrido un ataque de locura senil.

—siempre he amado a esta españa del minotauro, pero los médicos de todo el mundo —decía el tío manuel— son peores.

confirmo: todos son peores. nada más.

en casa del tío manuel aprendí a no creer en el diablo; pero la nariz de diablo, en la bajada a la costa de ecuator, es una maravilla. solo regresaría allá para hacer el mismo viaje, y sé que ya es imposible: tengo un pie en el cementerio y el otro, el izquierdo, me duele mucho porque anoche, cuando discutía con mi sobrino, metí la pata, pues le dije que nadie era tan cojudo como él, las mujeres lo habían acosado, como a mí los hombres, solo por el dinero maldito, y como él ha llegado después de un fracaso nuevecito, se puso a ferocear por la casa y hasta despedazó el retrato de alguien, no sé cómo se llamaba. la fotografía de una persona retratada en la terraza de mi apartamento, peña de francia —la calle— ático b, el rastro, es decir el corazón o cogollo de mi madrid, porque la clínica queda en extramuros, donde el diablo, en el que no

creo, perdió toda su fama. desde luego, todos los santos de los romanos me han parecido siempre unos pobres diablos.

hoy no jodan, que ando de mal genio.

mejor me quedo quieta, como un libro al acaso u oca-so, por ser las siete y media de la tarde (cómo odiaba, en la ciudad andina, cuando alguien a las seis menos cuarto de la tarde, me decía «señora, buenas noches», ¡y es que estos habitantes de los andes son unos señores bajitos, siempre de mal gusto porque no pueden follar cuanto quisieran!).

guayaquil me pareció otro mundo, ¡y lo era!

lo primero fue ir a visitar a mi hermano de madre, el infeliz santiago, portero de un colegio. me divertía más tarde cuando mi sobrino paco lo llamaba el tío cacaíto, porque paco no pudo hablar bien hasta los siete. ahora, que los dioses nos protejan: habla por codos y rodillas, por ojos y dedos. anoche, cuando me dijo..., pero es mejor olvidarlo.

mi hermano santiago era gordezuelo, altivo y sumamente pobre. no había heredado, como yo, caudales del padre desconocido que ahora se valía de un hermano chileno para recompensar su silencio. el pobre santiago era, como se suele decir, hijo de un huevo, yo del otro. él solía, más tarde, visitar a los tobar donoso. yo me moría de deseos (nunca sexuales) de hacer lo mismo; pero me anticiparon que eran ultraconservadores. sin embargo, por arte de magia, conversé, sin que él se percatara del parentesco curioso, con el doctor moisés luna, casado con alguna parienta mía alejada, y disfruté como no tienen idea, pues se trataba de un hombre de un ingenio

singular, y yo me he considerado una mujer plural, una combinación ejemplar. como es lógico, la conversación versó sobre astrología, y me hizo una afirmación que jamás he olvidado. mientras echaba el humo de un cigarrillo, advirtió sonriente:

—estoy de acuerdo, señora, en el ecuador no hay novelistas, salvo los que hacen las genealogías. ¿juan león mera? —y se detuvo al borde del precipicio—. mera es chateaubriand...

—demasiado hecho, lo habría preferido poco hecho.

—veo que usted es una mujer muy leída...

—y muy vivida.

—por supuesto (él sabía que mi marido, por entonces, era, para desgracia mía, diplomático).

moisés luna era romano, pero nada impaciente como el resto de la familia, que se pasaba el santo día escuchando los latidos del corazón de jesús. él sonreía ante la chochez de quito y era capaz de reírse de sí mismo. ¡tenía una voz agradable y fumaba!

el mundo está tan corrompido, que ahora hay propaganda contra el cigarrillo, el único remedio para pelear la desvergüenza del pedo. moisés luna era además levemente socarrón.

mi hermano a medias, santiago, era pobretón. tal de diferencia. ¿era menor que yo? no lo sé. fue la única vez que lo vi. en cambio supe más noticias post mórtem, de moisés luna, pues en madrid, gracias a mi sobrino paco, conocí a alfredo luna tobar, hijo suyo, afable, tranquilo, sentencioso, callado (por miedo de las moscas que entran en toda boca abierta), y me regaló frases encantadoras como:

—señora, perdone, pero ¿qué apellido me dijo que llevaba?

yo lo llevé aparte y le confesé la verdad, única vez o confesión. se quedó estupefacto, y en el acto, me hizo el honor de poner delicadamente su mano sobre mi muslo. entonces yo tenía sesenta años, pero la gente dice que todavía daba batalla. supe mucho más tarde que tal gesto no había sido algo pornográfico, como podía suceder con mi sobrino paco, primo hermano de alfredo, que jamás deja de ajetrear a las mujeres, a tal punto que en madrid se ganó el título de el cataculos... supe, pues, ¡que alfredo luna me había puesto la mano en el muslo porque era geógrafo, cartógrafo y nigromante!

mi hermano a medias, cacaíto, era ignorante y algo tímido. bueno, ahora que pienso, si mi madre murió de sobrepármime, entonces él debía forzosamente ser mayor... a no ser, como ha ocurrido en el seno, el vientre y los cojones de la familia mía, que haya algún otro peccadillo de don marqués de fanesca, porque todo puede ser posible.

acabo de dar un grito, pues anoche, en la borrachera, creo, he dejado un imperdible en el butacón. ¡qué tremendo pinchazo en el culo sagrado. el paco se caga de la risa! ¡qué puñeterías dice uno cuando está con resaca! ¡chuchaqui serás tú, hijo de puta! yo llamaré a esto, siempre, la resaca.

volviendo a la genealogía, único género literario en el que el ecuador rivaliza con inglaterra, y como decía meredith, en ninguna familia que se precie de honrada faltan un sacerdote y una puta. ellos son los que mantienen el honor y los que realmente saben el valor del dinero... pero vaya uno a saber: cuando estaba en el hospital, una señora me contó que en su lejana juventud, es decir el siglo anterior, había sido meretriz, que creo que cuando yo estaba con la inglesa confundía con

institutriz... y tenía razón, porque el tío manuel... mejor es callar como mi sobrino alfredo, ¡uno de los pocos sabios que en el mundo han sido!

la mujer de alfredo, gladys, me pareció un ser adorable y, por lo mismo, envidiable o envidiada por la nobleza quiteña, aunque me dijo alguien que era parienta de la secretaria ejecutiva de simón bolívar, a quien no quise nunca. en todo caso, ella no tiene la culpa. hablamos claro y sin tendernos. nos entendíamos bastante, con algún tropiezo, debido a la maldita alfombra que tenía la dolores segovia en su departamento matritense y olé. debe ser el chinchón que me hace hablar así. ah sí, la señora del hospital me decía que aun entre las colipoterras o pillas, como se las nombra en la ciudad andina, hay clase, hay putas con dinero, y las hay que mueren sin pólizas de acumulación, ¡y que a lo largo de sus vidas solo han acumulado miseria y postales de algún cliente, líneas desiguales cuando nos pilla la lejanía y el chuchaqui de las ciudades nunca visitadas!

yo tengo el honor de haber sido muy reputada y, como ya dije en alguna parte de estas memorias a lo maurois, dejo mi fortuna dilatada y bastante disipada a la casa de ejercicios san bartolo, un burdel discreto y elegante. bien, en guayaquil no usé para nada el maldito abrigo negro, regalo de esa tía a la que debe pesarle mucho la losa. san diego; no california, sino cementerio quitense. me imagino que al lado estará con su bacinilla sófocles, como siempre diciendo pendejadas.

unos hablan de su mamá, de su papá. yo de los tíos.

guayaquil era precioso. chimborazo y vélez, la casa de unos parientes, con un viejo de barba famosa, habla gutural, sonrisa desparramada y una señora excavada en alguna provincia española, poco decidora pero

refranera, como es la gente de los pueblos peninsulares. mejor recuerdo los helados deliciosos y el color cerúleo de la institutriz que se ahogaba en el calor maravilloso. las calles adoquinadas me encantaban, y caminaba como en otro mundo, ¡y lo era!

hasta que un día se desmayó la inglesa. yo no sabía nada de los dioses. los santos, ¡qué mierda! pero rogaba al cielo que se marchara de regreso a inglaterra, y todo sucedió de ese modo.

se fue a inglaterra, que, para mi mentalidad de niña de siete años, era como irse al otro mundo. cuando ya maduré pisé londres, lo pisé de veras, odié la niebla, y ahora, después de leer a mauriac, ya no me gustan ni los franceses. tampoco me agradan los españoles e italianos: blasfeman, es decir odian a un dios que no debería existir.

por eso amo al tío manuel. estoy segura de que fue el primer amor. en esta época no sabía ni abrir los brazos, peor las piernas, pero aquel incesto no realizado fue fantástico. él vino a mi vida en el momento justo.

la inglesa solo esperó que llegase el nuevo emisario del tío. mi hermano a medias vivía en casa de una tía por parte de su padre, que resulta había sido cura. lo que me hace pensar que en mi familia sí hay cura para todo. claro, si entre mis sobrinos, contados con los dedos de los pies, hay religiosos sobrinos, religiosos a su manera de todo orden, pues la única desordenada soy yo. este momento escucho la sinfonía de brahms, opus tal, que el compositor dejó inconclusa solo por el afán de emular a schubert, el de la trucha. ¡vaya!, la oigo religiosamente.

pues me refugié en la casa de mi hermano a medias. aquella señora, la tía de mi hermano, era una santa. todo

el día pasaba lavando pañales, cocinando. es decir que iba de los meados y la caca hasta el sancocho, el verde y el maduro, para en la noche recalentar el arroz.

–cocolón... –gritaba mi hermano a medias, y comía esa mezcla horrible de piedras de arroz con la menestra clásica, que me hacía vomitar.

también se rezaba mucho. y seguían las necesidades.

–mañana es domingo y todos vamos a la misa –eructó la veterana.

pues esa misma noche me tragué todo el tamarindo que había en la frescura, y amanecí con una diarrea de todos los diablos. otra vez la señora imaginativa dijo con espanto: la niña tiene calentura.

dieta, y que la muda (una enana que solo decía agú como todos los niños idiotas) la cuide. maravilloso; pero de repente me vinieron los espasmos, oigan bien, que luego, después de la regla, vinieron los orgasmos... pero todo a su tiempo, porque en estos días era cuaresma, y el bacalao paseaba de arriba abajo por la casa de mi hermano a medias.

así y todo, guayaquil me encantaba. nada frío. la gente hablaba livianito, sin arrastrar las erres. comencé a imitarlos.

volvieron de misa y ponderaron lo bonito que había hablado un fraile famoso (entonces, con mi corta imaginación, no distinguía entre tonsura, censura y clausura... bueno, hasta ahora no sé el significado exacto, pues las ciencias exactas me repugnan como una axila en el calor canicular).

–con «excreción» de los bebes, todos a ayunar –dijo la señora.

pero casi se muere cuando a la tarde llegó el emisario del tío manuel. un hombre altísimo, espiritado, con

un color de piel muy aceptable. guapo hasta decir siga, siga, señor, ¡y no basta!

—hola, granuja, ¿conque te llamas eduviges? ¿sabes que al oírlo me cagué de risa?

me dio un beso en ambas mejillas y contó con orgullo: soy persa. me quedé lela. ¡yo sabía que solo las alfombras eran persas!

después de todo, sófocles tenía razón: yo era precoz, pues lo de persa no me lo tragué nunca. una tarde, la señora que hacía veces de medio madre de mi medio hermano, me dijo: qué va, si este cara de bagre es turco, y por eso se fue de guayaquil hace diez años, porque la gente le gritaba turco en las calles. pero, hija, te he de decir la verdad, es de la gente más buena que haya visto. se llama algo así como hassed o café, son tan raros esos nombres, y él, cuando le gritaban turco, decía a voces: cojudos, una cosa es sirio y otra turco; pero un día en la pared de su casa escribieron: los cirios deben arder. puso cuatro trapos en la maleta y se mudó de domicilio. es como el judío errante.

—¿y usted cómo se llama?

—abel, hija —me dijo con seguridad absoluta.

—¿y su mamá era alfombra?

—sí, de mi padre.

perpleja, inicié mi relación a medias. yo temía que hiciese algo malo, pero, para decir verdad, no bebía nada sino agua tranquila de la fresquera y devoraba toda la fruta del mundo.

¡pobre señora, lo que gastaba! pero el tío manuel, lo supe más tarde, la había distinguido con una suma de dinero bien bonita.

don abel, el día de partir, se acicaló. un sombrero fino de jipijapa y traje de lino. salir del puerto hacia la puná, donde debíamos abordar el barco inmenso, fue una maravilla. yo gritaba: el mar, el mar...

don abel me reprendió: no era el mar, sino el río, y además era la mar, en femenino, y me explicó, lo que nunca he olvidado, que la mar es como las hembras: tiene regla, se enferma conforme le da la luna.

a la edad de siete añitos subí al cielo. eso era el barco enorme donde bullía la gente. el entusiasmo se me quitó casi de inmediato cuando, al bajar la vista, vi en el fondo a una muchedumbre de sucios, pordioseros con trajes horrendos, unas manos sarmentosas e idiomas que escuchaba sobresaltada.

—¿qué es, qué es?

—gente que viene de lejos, tal vez de la misma persia, de siria, de turquía... gente que allá se moría de hambre y ahora viene para probar el hambre de américa con la esperanza de cambiar algún día la dieta impuesta por los hombres...

—los gorilas, ¿verdad?

don abel sonrió con tristeza. fuimos al camarote y me volvió la alegría.

—toma esta pastilla para el mareo —dijo.

—no —grité con toda mi alma. odio las pastillas. iba a añadir hijo de puta, pero pensé enseguida que era turco; pero pasado el tiempo, ya en santiago le llamaba con el más hondo cariño «turquito», y él se mondaba de la risa.

—zarpa el barco —anunció el turquito—. vamos a proa.

salimos. el agua, que se abría como un sexo radiante mientras le penetraba el falo colosal del barco, casi me

llevó al éxtasis. gritaba palabras incomprensibles. ¡era como despegarme de la tierra!

—¿de dónde viene el hombre?

no sabía qué responder. bueno, ahí va la verdad:

—en la escuelita jamás hablaron de eso. eran las señoritas toledo.

él me miró con una ternura grandísima.

—este planeta se llama agua. no el planeta tierra, como calumnia cierta multitud. el agua es tres cuartas partes de este mundo... y la vida brotó de la mar.

—¿y adán y eva?

—a esos extraterráneos les mordió una serpiente, de la sabiduría. dios es el universo, niña mía.

—yo no soy suya, no lo seré de nadie, yo soy del universo. —me tomó en sus brazos y me besó con euforia en las mejillas, y esos besos eran puros, mágicos, no como los besos húmedos de sófocles y la gorda rabelesiana.

—¿no crees que esta es la iglesia más bella que pueda existir?

don abel miraba hacia la superficie desplegada como si él la hubiese creado.

el tío manuel habría de educarme todavía más y mejor.

al segundo día, la mar estaba agitada y el barco se movía como una buena hembra en el instante del placer.

—¿estás asustada?, ¿no sientes mareo?

—no, me divierto al ver cómo se mueven los platos. mire a esa señora que acaba de resbalar. ¡es formidable!

y ese instante odié los andes, a quito sobre todo, siempre en calma bajo la lluvia y la gente muerta hace

mucho tiempo, y que todavía conversa sobre los mismos y los mismos temas.

y el barco avanzaba triunfal mientras la mar gozaba plenamente del nuevo orgasmo, hasta llegar a valparaíso.

valparaíso me parecía sueño. había cierto calor. pero más bien era una tibieza maternal. la imitación perfecta, si bien jamás me refugié en la idea de una orfandad, pues considero el compadecerse de uno mismo condición de mendigos. me mantuvo siempre el interés por la vida, esta pasión inmensa; y solo carlos lo ha comprendido a pesar de ser un hijo de dos putas en combate, botella en mano.

es extraño, totalmente raro, pero jamás he conseguido saber cómo viajamos desde el puerto de santiago. la impresión es tan borrosa como la de un desvelado cuando comienza a amanecer y ha bebido considerablemente, pues siempre se debe beber hasta que uno se considere ebrio. esa es la única consideración posible. ahora bien, si considero que por ese entonces yo tenía siete añotes, sí, es raro. en cambio no he olvidado la casa del tío manuel.

enorme. este señor, pensé, debe ser mucho más rico que yo. y no me equivocaba. estaba en la sala, sentado como si posara para un pintor extravagante, con su levita y el cigarrillo en la mano. su primera pregunta me pareció tan fabulosa, que creo haberla contado muchas veces:

—oye, pecosa de mierda, ¿sabes la diferencia entre un piano y un excusado?

él se quedó de dos piezas cuando la pecosa le respondió groseramente: el uno es para tocar y el otro para

cacar. se rio luego con un ruido volcánico, como el mismo gargantúa, aunque el tío era delgado por parte de madre, y flaco. su apellido paterno, que pudo haber sido también mío, era como un rugido de la selva.

—si hubieras dicho no, te habrías asustado, ya que mi respuesta habría sido: no puedes quedarte aquí, porque te orinarías en el piano. pero has contestado con la madurez metafísica de los niños que no han ido a la escuela. odio las escuelas. —en eso entró la tía. vaya problemas, me dije. y tenía razón, pues era una señora también flaca pero como una vaca, y mugió al verme:

—qué horrible vestido tienes, criatura.

el tío manuel movió la cabeza como si dijera ya comenzó esta cojuda a decir el santoral; pero como era tan culto y rico, lanzó un escupitajo a la escupidera de porcelana.

—mañana saldremos para comprarle ropa, criatura.

la señora salió arrastrando su vestido, que me parecía demasiado largo.

—no te asustes, la vieja es siútica, pero buena persona cuando está dormida.

siútica, cursi, me explicó el tío. pero he abandonado al turquito que no sé todavía cuál era su papel en la casa. jamás lo supe y nunca lo pregunté porque creí que a mí también me habría molestado si alguien exclamara: y esta criatura, ¿quién es? sin embargo, una visita esa misma tarde lo hizo, y la señora contestó, ligeramente desafinada:

—sobrina carnal de mi marido.

ese día, pues, me enteré lo de carnal y recordé vagamente cómo sófocles fue reprendido una madrugada por la gorda rabelesiana: «los pecados carnales que cometes ya me tienen asqueada. anda a dormir en la otra

alcoba», y sófocles se fue directo al excusado, seguramente para orinar, cual era su costumbre.

—ven, siéntate frente a mí. ¿tienes un mote?

—no traje mote. no me agrada esa cosa, a mí me gusta el canguil.

la confusión fue grande hasta llegar a la conclusión de que, a partir de ese día, se diría, para todas las variedades, maíz.

y partió el turquito a la parte de atrás de la casa, donde, luego supe, hacía cuentas.

—espero poder llegar a quererte mucho, mijita.

—si me llevas de paseo esta misma tarde.

—¿no estás fatigada?

—nunca, por eso me llamo eduviges.

el tío lo captó de inmediato. la comida de mediodía fue estupenda, con frutos de mar que me fascinan desde ese día memorable: locos (los veía reírse a carcajadas en el manicomio) y una locura de sopa en la que cantaban canciones marineras los mariscos más gordos que recuerde. y vino, ¡qué diablos!

no hubo paseo enseguida, pues dormí mi primera borrachera y me desperté lela. el tío, cuando me vio entrar en su biblioteca, se partió de la risa.

—eres de la familia, ¡qué mierda!

eran más de las seis y todavía estaba el sol dándose una panzada de ciudad. de la mano del tío comencé el recorrido, y el muy pícaro me presentaba unas veces «mijita», otras «mi nieta», y hasta a un amigo de juergas «mi último pecadito».

lindo, y decía bascosidades, palabras bellas que la tía gorda habría dicho que eran «ocecnideades»...

los días más felices eran aquellos en que íbamos a casa de joaquín edwards bello y nos refugiábamos en un restaurante para devorar ostras; la primera vez en que me presentaron a esos curiosos moluscos, tuve una pizca de asco... como gargajos, pensé, pero, como estaba don joaquín, gané astucia y me lo zampé sin decir nada. todo lo contrario: dije qué sabroso, pero luego agarré el gusto y disfruté de lo lindo.

don joaquín y el tío hablaban socarronamente de todo, políticas y hembras. lo decían a borbotones y parecía que las palabras bailaban en las bocas de entrambos, pues era una delicia verdadera oírles parlotear, mientras los vecinos peroraban con solemnidad turbia, la de los adultos, siempre sobre deportes y política.

alguna vez se dijeron parientes, pero como lo de la genealogía me ha fastidiado siempre, nunca indagué sobre tales hechos; el hecho era que los dos se querían de veras y jamás disputaban con necedad. orgullosos los dos, caminaban calles y calles, yo siempre de la mano de ambos, como si fuera hija disputada, y eso me hacía sentir orgullo.

la infancia corría de manera bellísima.

ah, no les he contado que tenía una maestra. era francesa y se llamaba monique, rubia encendida, unos ojos llameantes y vestía con mucho gusto. ella y mi tío me enseñaron todo cuanto sé de la vida y me iniciaron, sin querer, en la sexología. vean ustedes cómo fue aquello.

yo advertí que, luego de finalizada la clase, au revoir mademoseille, ella desaparecía y se encerraba en el urinario. esta ceremonia secreta se repetía día a día, y se tardaba buen rato acicalándose. al menos, tal pensaba yo, ilusa, hasta el día en que me ganó la curiosidad y

espíe por el ojete de la cerradura. ¡vaya susto! la señorita estaba sentada sobre el tío, que se había bajado los pantalones. ¿estaba meando ella? no daba crédito a lo que veía. en realidad, nunca he dado crédito a nadie, porque sé que es mucho mejor pagar y cobrar en el mismo instante. a plazos, solo la muerte.

bueno, ella estaba sentada sobre las piernas del tío y hacía gorgoritos. entonces, sentí algo raro, como una comezón en el chochito. al final, ella se levantaba, se volvía a sentar en el lavachochos, se secaba, se ponía las bragas, se veía al espejo, se pintaba los labios y se disponía a salir. mientras tanto, el tío ya se había levantado los pantalones, atusado el bigote lindo. siempre tosía al salir ella.

debo explicar que el retrete «social», aparentemente solo para la gente de fuera o las visitas, tenía dos puertas: la una daba al corredor y la otra a la biblioteca del tío.

noches más tarde me desperté con otra comezón al chochito, y comencé con delicadeza a hurgarlo. lo hice una y otra vez, hasta que sentí un gustirrín emocionante. ¡era maravilloso!

y un día pudo más la curiosidad y le pregunté al tío, que se rio casi maravillado:

—bueno, esto será un secretito entre los tres...

y me contó que el canuto de los hombres entraba en el huequito y todo era encantador, pero no debía decir nada de ello a la señora. sin embargo, la misma noche, a la hora de la cena —el tío de esmoquin y la señora de vestido largo—, ella dijo, con aire malicioso, pero sin sentirse herida:

—manuel, sé más discreto, piensa que hay una niña en casa.

y yo me solté un pedo. fue tal la sorpresa de la señora, que no se contuvo:

—niña, ¿te estás riendo de nosotros?

—no, señora. fue sin querer, se lo prometo.

jamás lo creyó pues, a la noche siguiente, pensando que no la escuchaba, le reprendió al tío:

—de tus cochinerías anda enterada la casa entera, y esa niña es una creatura corrompida, ¡se las sabe todas!

—por favor, querida...

el tío me había explicado con anterioridad que él siempre decía «querida» a su mujer para ocultar su aborrecimiento, pues estaba enamorado de la institutriz, y entonces ya supe a ciencia cierta lo que esa palabra representaba, aunque todavía ignoraba la razón de la postura extraña en que ellos se ponían para goce del canuto y el chochito. ¡oh, nombres fabulosos!

—follar lo es todo, es algo maravilloso —decía el tío.

—yo quiero follar también —dije impertérrita.

el tío soltó una carcajada —estábamos en la biblioteca, custodiados por una muchedumbre de libros misteriosos y ricos como las golosinas—, se levantó de su sillón y al cabo de un momento me explicó con aire muy tibio:

—hijita de mi alma... primero ha de venir la regla...

—luego el compás —añadí con discreción infantil.

el tío se molestó un tanto, pero luego varió su actitud y me puso sobre sus piernas.

—lo de la regla ha de explicarte mi esposa. ella lo exige. creo que pronto. ya tienes doce años.

sentí miedo. ¿dónde diablos había perdido la cuenta de mis años? la felicidad no tiene tiempo, ignora la historia. ¿tan feliz había sido pese a la intransigencia de la

esposa del tío, que no me había dado cuenta del tiempo transcurrido? sin conocer al señor proust, ¡comencé a odiarlo por haber encerrado eso maravilloso en la enorme alacena que jamás pude leer!

¿sucedió en realidad? tío manuel: dime qué pasó en mi vida y qué es el mundo, o todo aquello. claro, yo estaba enamorada de ti y no quería saber nada de nada. el tiempo transcurría como el día, y era tan bello no contar las horas ni espiar el reloj: por eso mi vejez ha sido enteramente deliciosa. tampoco ahora mido los minutos. o agradezco a los dioses: viene carlos y me besa. viejita adorada, me dice. nadie jamás ha de entender nuestro amor. todo el mundo pregunta ¡cómo el bueno de carlos se casó con una vieja! y lo peor del caso es que ni siquiera estamos casados. una se casa con la gente al parecer respetable, y luego la desprecia por la misma razón; pero amar es algo diferente, es para toda la vida. eso de regular el período de apareamiento es una ferocidad humana inconcebible, y esto lo digo después de haber tenido anoche una riña con carlos, porque me trajo a regalar un objeto de bronce.

—odio el bronce, hijo de puta. lo odio porque siempre traté de broncearme y jamás lo conseguí. por eso te repito: si me muero, algo improbable, pues me he levantado después de un mes de hospital, ¡te ruego incinerarme! cacho de cabrón, no se te ocurra solamente broncearme...

sí, detesto el matrimonio. me casé solo una vez y llegué a odiar a los jueces sirvientes de la ley. me han dicho mil veces puta. bueno, he sido puta. como usted es político.

además, no soy puta de misa, sino puta de casa, y jamás me he lavado el chochito con agua de iglesia, esas que llaman las otras gayas bendita. ya está bien, y

rechazo la acusación de mis compatriotas de mi odio a los serranos. no es verdad: por ejemplo, al pepe serrano le quise con toda mi alma, y a su hija, también serrano, aunque viva en la luna, la adoro y le pienso dejar en mi testamento estos originales, porque sé que ella también ama a su tía por loca que haya sido.

en ese país amazónico y ahora crónico, solo existe una ley: la envidia, y esta sale cuando alguien sobresale. entonces se dice es puta, y si pertenece al género masculino (yo más culona que nadie), entonces se dice es maricón, ¡y en eso no andan muy errados!

odio a los machos con gestos damiles, y es que mi primer marido... bueno, si aún estamos esperando la primera regla, no se debe una adelantar a los hechos. pero a los hechos, pecho. eso sí, debo advertirles que hasta el momento de fallar de bruces me cagaré en todos vosotros-ustedes, porque como he vivido tanto tiempo en madrid todo se me confunde.

guayaquil y madrid, las ciudades más íntimas en mi vida (carlos entra para decirme que anoche ha habido dos temblores en quito. temblad, cobardes, ¡estoy escribiendo vuestra radiografía!). yo moriré en madrid sin aguacero. no me gusta la poesía, ni los versos de mi sobrina resisto, ni los del jorge enrique adoum. sé que los dos son grandes poetas, pero no les entiendo ni jota. ah, cómo me gustan la jota y el fandanguillo. moriré por peteneras y no por pendejadas. y no tuve hijos porque me hice atar las trompas igual que los elefantes cuando se disgustan. así, nadie podrá gritar jamás me cago en la puta de tu madre.

la vida fue hermosa. corrió la vida como ladrón perseguido. la perseguía la envidia de todas esas beatas que sueñan con canutos ardientes de caballeros

desotánicos o casados. otra vez hemos topado con la iglesia, mi buen sancho.

de modo que marcelito proust era un hijo de puta, l. q. q. d. ¿o se han olvidado las matemáticas?

carlos dice que mi texto es tan bello como fue mi sexo abierto en pleno día. ¡que me quiten lo follado!

anoche salí por el rastro a pasear. ¡qué agradable! ni rastro de esos miserables que me han hostigado. pero nadie pudo atajar el torrente de mi vida.

el tío manuel añadió:

—mi esposa dijo que era su deber explicarte eso... (y se reía por lo bajito que era mi primo canuto: ya les voy a contar la historia, bueno, aguarden un rato, primero hay la conversación adusta con la señora, y contarles que esa mañana había sentido algo en el pecho, como si hubiera unos pajaritos con ansia de vuelo, qué lindo, ¿verdad?).

la esposa del tío estaba sentada en la terraza. era verano y el sol, ya saben... lo de siempre, los periodistas describen mejor estas escenas siúticas.

—hija mía —hablaba con acento trágico, sarah bernhardt o lo que fuera, sin apuntador visible. por boca de ella hablaba la mujer mártir, la esposa sacrificada mientras el marido follaba con la sirvienta o la institutriz—, desde que dios creó a la mujer —yo hacía ejercicios violentos para no reírme de la ceremonia—, ha padecido la regla. cualquier día sentirás... bueno, sale sangre de eso —y cerró los ojos—. no te asustes. ese día ven hacia mí. yo te diré más sobre este asunto penosísimo... no te lo puedo ocultar, y habrás de llorar y gemir, sobre todo el segundo día, cuando nos volvemos feas.

—y trágicas.

la tía montó en cólera y me preguntó si me estaba riendo de algo tan triste como la regla. le mentí que reía acordándome cómo el día anterior, en la calle, dos perros no podían separarse, y eso la enfureció tanto, que ordenó que durante una semana comiera y cenara en la cocina, pues yo había perdido la compostura. eso sí me asustó, pues el tío acababa de pagar una suma fabulosa por la compostura de...

—señora, le ruego que me perdone.

—está bien, porque eres, debo confesarlo, respetuosa; nunca te atrevas a llamarme por mi nombre de pila.

olvidé su nombre y salí de la alcoba. me partía de la risa. ella salió para ir a misa.

en la comida se habló raramente.

el tío, de rato en rato, echaba una mirada a la lejanía. la tía esposa, tengo la impresión de que estaba masti-cando una jaculatoria mientras el tío regaba con su mirada el cuerpo algo seco de la nueva doncella; después con su mirada de explicarme: era una muchacha de gustos exquisitos. pero entonces todavía ignoraba el sentido verdadero de las palabras, seguramente a causa de la señora, que, cuando parloteaba, me dejaba con empalago. ahora recuerdo: en realidad, la doncella tenía un culo casi independiente, movido a viento y marea, y, lógicamente, el tío estaba mareado.

los raviolis me fascinan y los habían hecho con una pizca de albahaca. la señora rumiaba sus pensamientos igual a una vaca.

¡oh, la poesía! lo demás me aburre con soberbia.

—¿por qué la esposa tuya tiene pilas para soportar su nombre? —el tío cagaba de la risa.

—qué duda cabe, eres una niña cachonda, digna sobrina.

era la hora del desayuno. ahora los desayunos, los de la casa del tío y los de ahora, con carlos. siempre me tienen listos sus huevos. huevos y café cargado de nostalgias.

entró la tía. dijo buenos días (ella y el tío dormían en alcobas diferentes).

—esta criatura es una cachonda.

—dios mío —gritó ella—. ¡no es posible, eres miserable y vulgar! no lo soporto más.

lanzó la servilleta como si fuera una obra inédita y se levantó de la mesa.

el tío dijo: miuc.

—¿qué es eso?

—siglas de «me importa un comino», pequeña. para todo hay siglas en este mundo disparatado.

—no, tío, es bellissimo, aun cuando estornudo.

—¡bestia!

—¿nos daremos un paseo?

—claro, mi niña adorada. a la calle. cuando en la casa está la inquisición, nada más lindo como la calle. eso de la pila fue lapidario, pero voy a obrar con artimaña: le contaré a la señora que no sabías nada acerca de la pila bautismal.

—¡bestial!

la mañana era preciosa. lo demás dejó a los periodistas. pasamos por el hotel viejo, amado por el tío.

—apetece un blanquito... ¿no?

entramos y pidió un botellín de clos de pirque. ignoro la causa, pero siempre prefería el blanco. al tinto no le entraba. tal vez fue racista y nunca lo supe. en esto se

acercó un borrachín adorable, cuyo nombre no recuerdo y es una pena. el tío le brindó una copa.

—¡a su salud, don manuel!

—¡sea! ¿qué demonios pasa con este gobierno?

—va a correr sangre...

el borrachín, a más de su profesión santa, resultó profeta. dije al oído del tío: tengo mojadas las bragas y no es orina, y le enseñé mi dedito con agua sanguinolenta.

—¡hija, a casa!

regresamos. me dio pena cortar la mañana de esa manera abrupta. entonces, ¿ya era mujer? vino la doncella y me enseñó cómo debía colocarme esos pañales. el tío me veía con ternura desconsolada.

—quiero volver a la calle, por ahumadas...

—¿no tienes dolor, pequeña?

—¡nunca sentiré dolor! te lo juro, tío manuel.

me tomó en brazos y me besó en la frente.

—soy feliz, tío.

—¡no sabes, hijita, cuánto lo soy! mientras la señora debe estar contándole chismes sexuales al cura, en ese habitáculo ominoso, nosotros vamos a la calle, vamos al mundo: te debo mucho, eduviges: me has enseñado, a los casi cuarenta, cómo la vida puede ser maravillosa. mira, danza hasta mi bastón. es una batuta, ¡voy a dirigir la orquesta de los árboles y las calles!

radiantes entramos en el mundo, ese desconocido de millones de años. el planeta agua. nos metimos en el tranvía, escuchábamos felices el ruido de las olas.

—si nos aburrimos un día, tío, remaremos en sentido contrario.

—dioses, eres una loca barboteante, carajo, es una vida sin sentido legal. ¡desperdiciémosla toda!

—y los desperdicios, a las tías clientes de las iglesias. qué oscuras son, tío.

—por los curas. mira la calle. observa la gente. mira a ese maricón sentado como un pasmarote en la banca. gracias a los dioses, tenemos dinero como para no quebrarnos el lomo como esos desdichados. ¡que viva marx!

—¿quién es? —no me respondió ese momento. luego dijo—: un loco.

cuando bajamos del tranvía, musitó, como si algo en el fondo del alma le doliera:

—ya lo traicionarán.

—¿a quién, tío?

indignado como nunca lo viera, clamó, igualito que si se hallara en una plaza frente a una multitud:

—¡ya se encargarán los hijos de puta de traicionar a marx! —jamás volvió a hablar de esa manera. nunca consintió que nadie le hablase de política, posiblemente asustado desde que el borrachín profetizara mi primera regla.

cuando cumplí los trece años vino la nueva institutriz. era rusa y tenía un nombre perfecto: nadia.

nadia tenía los cabellos luengos y bellísimos, casi como los míos. de esto no les he hablado por modestia, ya me conocen, pero mi mata de pelo llegaba a la cadera. y odiaba las trenzas, pero debo agradecer a la señora el que jamás hizo observación alguna sobre ello. nadia era triste como las golondrinas, pero el tío se afanó en cambiar su carácter y, después de unas semanas, ella se sentaba sobre las piernas desnudas en el mismo retrete

de las dos puertas. las clases mejoraron enormemente de calidad y bajaron en cantidad.

ella me inculcó el odio a platón. decía: es un marica perdido, y eso del amor platónico o carpetovetónico, una huevada, y a ella le agradaba sobremanera follar con el tío, más bien aristotélico, por el tamaño de su canuto. nada era envidiable, y comenzó a tener apariencia humana. desde luego, todo en francés, como debe ser. pero lo que jamás podré pagar a esa mujer maravilla es el gusto que hincó en mí por ese fraile maravilloso, rabelais.

cuchicheábamos sobre la señora:

—no me gusta —afirmaba con alguna vacilación.

—yo no la quiero, es mala con el tío manuel.

ella volvió la cara. estaba, lo sé, llorando, unas poquitas lágrimas que no brotaron al azar. pero ¡cuán discreta! jamás me habló del zar, ni me dijo cómo habían muerto los padres, seguro porque, cuando vino la vez primera, tenía cara de huérfana, y comenzó desde esa vez a obligarme a realizar unos ejercicios para mejorar mi estrabismo, que el tío decía que no era sino una manera jocunda de mirar la vida, o la muerte...

como dijera marcel proust: la noticia cayó como una bomba.

era una mañana ridícula. el cagatintas la describe como ningún otro periodista en el mundo: lucía el sol en el ocaso, las estrellas de fútbol estaban hartas de tanto sol y la luna evanescente se divertía como una espiritual damita de nuestra sociedad... inédito y precioso, ¿verdad?

total, a eso de las diez se presentó el amigo borrachín del tío.

—¿está?

—no está.

este diálogo shakesperiano se desarrollaba en la puerta de la mansión regia. la doncella, a pocos pasos. luego de varios malos pasos, observaba el fenómeno astronómico con curiosidad extrema. por eso, siempre he detestado a los extremistas y a los pesimistas.

—¿sabes, preciosa? la señora se ha fugado con el padre almeida, ¡de la merced!

otra vez hemos topado con la iglesia, sancho amigo.

el borrachín tenía cara de borracho. hasta luego, y la puerta se cerraba sobre una página más de la historia. gonzález suárez se metía el dedo en la nariz y la moneda se devaluaba. la doncella dijo algo terrible para las circunstancias:

—¡oh, la señora!

yo me imaginaba al fraile con su canuto. ¡ah, simio disoluto! pero el tío, cuando llegó —juro que no antes—, después de acomodarse en el butacón de la biblioteca, sentenció con voz armoniosa:

—el que pierde una buena mujer no sabe cuánto gana.

la doncella, con celos, preguntó:

—¿el señor no está desolado?

—no, me agrada el sol demasiado —respondió don manuel.

—¿los frailes pueden follar? —pregunté.

el tío me observó con curiosidad libertina.

—me extraña tu pregunta... pensándolo bien, los frailes deben saberlo. los hay de dos condiciones: los que suelen beber cerveza antes de fornicar, y los bebedores de cerveza después de haber saciado su curiosidad

sexual. yo lo veía venir. la señora, de un tiempo a esta parte, acudía con mayor fervor a la iglesia. oraba todas las noches a un santo preferido, ¡san pascual no sé cuántos!

—ahora se quedará a dormir la tía nada...

—no es mala idea, lo llamaría un buen pensamiento. ¿a qué hora debe venir?

—como siempre, a las cuatro de la tarde.

—hija mía, ven y dame un beso antes de morir de la risa.

se presentó la doncella refunfuñona:

—dos señores desean hablar con el señor.

el tío no se molestó en responder y fui yo quien tomó la iniciativa:

—dígales que el señor está constipado del dolor y le duele mucho el páncreas cuando se ríe. no admita, por favor, ninguna visita. hoy es un día de desnutrición.

las doncellas no entienden nada. se fue con el rabo entre las piernas, o con las piernas perfectas y el rabo estupendo.

el tío me acarició.

acariciaba esta idea en secreto: «es un final maravilloso, como el de una novela del padre coloma. te prohíbo leerlo, ¡leches! ¿te imaginas, pequeña? la señora en su celda propia, mientras el fraile lee la biblia; también te prohíbo leer eso, es profundamente aburrido y está lleno de sartas de mentiras y ristras de ajos. la biblia da mal aliento, y huye de los que dicen “estudiarla”. ¡necios y falsarios! lee “la odisea” de homero. es el libro por antonomasia».

—¿antonomasia?

—para reemplazar a la aristocracia —dijo el tío, y se quedó profundamente dormido. pensé que tanto la señora como el tío habían pasado a mejor vida.

nadia vino a las cuatro con dos maletas.

—¡vamos a ser felices, pecosa!

la miré con amor. tía nadia, desde ese día fuiste mi tía rusa.

y a la noche cantamos a coro el volga volga.

el tío estaba feliz con la tía nadia, su sobrina adorada y su botella de cios de pirque, blanco.

alguna vez me dijo:

—no hables del pasado jamás. eso no existe. mírame: tengo casi cincuenta años y soy enteramente feliz.

yo tenía catorce para entonces.

—mañana vienen mis dos sobrinos pindongueros y penquistas.

—¿qué es eso?

—son de concepción. canuto y federico.

nadia me estaba espulgando porque había fiebre de piojo en la ciudad. los habían importado los turcos, y mi larga cabellera podía ser la ciudad más bella para los inmigrantes salaces. sin embargo, esa maniobra de espulgar me encantaba. la tía rusa era maravillosa y nada más hermoso como descansar sobre sus rodillas; a mí se me antojaba eran de mármol, de arcilla por lo menos, enriquecida con la historia. a la tarde, en la clase, me leyó un cuento rubicundo de chéjov. fue un descubrimiento inusitado. desde ese día comencé a descubrir la literatura mesetaria de toda la rusia lejana donde diez mil jinetes cabalgaban en la noche, y eso fue para mí un hecho deslumbrante, el cual valdría bien a mis

primeras acrobacias sexuales; pero esto es tan importante que debo dejarlo para otras páginas.

carlos entra con delicadeza a mi escritorio y pone una tacita de café negro. ¿qué haría sin él? ¿tendría sentido la vida? solo la agonía, y agonizamos diariamente, ¿verdad?

anoche fue tan dulce, los dos, mientras escuchábamos la sonata octava de beethoven, para violín y piano. unos discos adorables: carlos se empeñó en adquirirlos cuando viajamos a nueva york. carlos ama como a santa diosa a clara haskil. el sueño de mi compañero es escribir, algún día, la vida de esa artista de ensueño.

¡carlos es tan bueno! los dioses lo protejan; sin embargo, el muy cojudo no admite mi interés sano por la escatología en vez de la geografía.

esta mañana me he reído a carcajadas. resulta que recibí una carta de mi sobrino alfredo luna tobar, donde me cuenta su preocupación por algo geoestacionario, y como estoy vieja, confundo las palabras, y le digo al bueno de carlos, a veces malo hasta un extremo inconcebible (los hombres no pueden concebir, esto queda claro), le digo me preocupa porque alfredo está preocupado por su edad, pues tiene problemas geoestacionarios, y carlos se monda de la risa pues he confundido eso con la no sé qué cosa gerentaria, algo de la vejez, ¡una cagada! geriatria y geoestacionaria son dos cosas distintas, me explica, y entonces soy yo quien se parte de la risa. bueno, carlos, te dejo, voy a seguir con las memorias, y él se queda con mis perritas, en la sala, siempre apegado a su música, lo más amado, y le digo me perdone mi amor dislocado por la escatología, porque, al fin y al cabo, esta ciencia lo mismo se refiere al fin del mundo ¡como al culo! total, el cojudo de carlos pone vivaldi, y eso me

revienta. es para las personas sin conocimiento de nada de música seria, llamada clásica por las señoronas de todas las ciudades de este planeta agua. me he agüado la mañana. y ahora, ¿para qué escribo?

era un miércoles cuando llegaron los primos. bajaron del barco y el tío y nadia los recibieron calurosamente por estar en verano.

—¿concepción está bien? —preguntó el tío.

—sí, lo mismo que laura —repuso el primo canuto, que era bellísimo.

yo estaba lela con el primo canuto. pensé: si tiene el canuto tan bello como la cara, con este voy a aprender a follar, ya era tiempo.

los tiempos de los verbos me aburren sobremanera. nadia lo comprende y a la tarde conjugamos solo uno: amar. ella me habla del tío, una maravilla; al fin entiende lo que es la vida, y yo le digo me fascina el primo canuto, es esto y lo otro. coincidimos en que nada es más hermoso como cerrar los ojos y soñar. días después hablaríamos de lo hermoso de abrir las piernas y gozar, cerrar los ojos y padecer del mal más apurado del planeta agua.

a la noche, con mi vestido largo, me siento menos fea, y él no sabe, por mi estrabismo, a quién miro. ¡te voy a comer, gatito! el otro primo es cegatón. si hiciera el amor con él, sería comprender al fin eso de dar palos de ciego.

pero canuto es mi vida. los dos tenemos nombres extravagantes.

cuando amanezco siento comezones en el chochito, y yo le digo aguarda, precioso, ¡te voy a dar un canuto divino!

anoche tuve una discusión sinyugal (no conyugal, por el simple hecho de no estar casados) con carlos. regresa de la taberna y comienza a utilizar palabras descuartizadas: parámetros, eventos y seguimiento. más me jode lo último. claro, no falta luis campos; me escribió la semana anterior —no puede ser la posterior— para ordenarme dictatorialmente ponerme al día, que una mujer tan culta... y yo le respondo váyase a la mierda, one way, pues no hay seguimiento alguno, este mundo no variará jamás y seguiremos hechos una mierda hasta el armagedón, vaya, se los meta donde le quepa. a mí me agradan las palabras de antaño: muérdago, hijo de puta, culo, cagadera, rabiza, camilo josé cela y mierda hasta en la sopa, y no me vengán con remilgamientos, porque moriré con el olor de la tierra, con la fragancia del semen en la nariz enorme, en todos los retretes del mundo, hasta el sóviet supremo y el big sur donde las naranjas se venden a sucre la docena.

bueno, estábamos en la terraza de la casa del tío, en trajes de baño. el primo cegatón dijo me escuecen los ojos y se marchó a la planta principal, seguramente para ver crecer las plantas, aficionado a la botánica y los parámetros.

nos quedamos el primo canuto y yo.

ahora comienza la fiesta.

eduviges, ¿para qué tienes la mano izquierda?

comencé a tocarle el ombligo. él se reía, ignoraba lo que le iba a pasar al muy cojudo. despacito, despacito, hasta más abajito. qué rico, qué rico, decía, bribón.

eduviges, ¿para qué tienes dos manos?

con la una me fui desprendiendo del traje de baño y con la otra enderezando el canutito de mi primo. me acordé de repente de salgari, y grité al abordaje. sentí

cómo la verga de la nave entraba en la mar sedienta. él no salía de su asombro, mientras entraba el placer. muchas mujeres confiesan llorar después del partido. yo nada, solo un gustirrín desaforado, al tiempo que el primo decía muchísimas maldades como qué rico, qué rico, yo encima del mancebo.

iba al galope. me fascinaba montar ese caballo sudoroso, mientras el verano golpeaba las ventanas y el sol hacía ciscos de la oscuridad. y sucedió el prodigio: él, al eyacular, puso los ojos al revés y los míos, en cambio, se fijaron.

—¡me curé del estrabismo! —grité emocionada, todavía a caballo.

el pobre primo parecía en ayunas o cuaresma estricta. pero al poco tiempo descubrí que las experiencias engañan, pues cuando descendí de la cabalgadura, el canuto del primo estaba hecho una birria.

—te quiero —dijo el gran cojudo.

—yo me amo a mí misma, por esto te he jodido a mi manera, y jamás hombre alguno ha de estar sobre mí. nadie podrá humillarme.

el estrábico de mi primo no volvía en sí. tardó como un cuarto de hora en darse cuenta de que la prima eduviges lo había violado.

a la hora de la comida, el tío observó la mirada perdida del primo y comentó acerca del estrabismo: podía ser contagioso, y me miró sin comprender el prodigio casi media hora:

—¡hijita mía, eres otra! ya no ves como antes.

—sí, tío —dije—; me dejé engañar por las experiencias. creía que las cosas eran más grandes de lo que son.

canuto se puso a llorar.

—mi prima me menosprecia —argumentó.

nadia, mujer al fin y al cabo, se partía de la risa.

—¡ah, pecosa! —murmuró para que no le oyera el tío.

pero mi tío es un tío y se levantó para ir a buscar una nueva botella; la destapó orgullosamente:

—veo que has ido al confesionario, querida, y no me sorprende: de tal palo, tal engaño, como dice el refrán.

nos reímos a carcajadas.

canuto sonreía, bizco, y el primo cegatón papaba moscas, o pensaba en el papa.

carlos trajo anoche dos filibusteros a casa. se bebió considerablemente, ellos espantados ante semejante viejuca bebiendo como en los tiempos esplendorosos del padre rabelais y yo, dichosa, pues mi compañero es el hombre más bello del planeta agua.

al despertarse, carlos me dijo algo fuera de lo común:

—me encanta cuando te despiertas con ese color de piel.

yo moriré con orgullo de jamás haber pedido a mi amante compañero comprar para mí un abrigo de piel. debió ser por eso el elogio.

—no me quiero morir sino cuando termine la vida —le dije para consolarlo, pues siento que el pobrecito tiene miedo de verme partir en un tren de medianoche. no, carlos: la vida es hermosa, tú existes desde hace veinte años y ya no me jodas, y si te veo triste otra vez, me escapo con un fraile. no, eso jamás, eso dejo para las señoras de sociedad. yo soy tal que me parió la madre. te lo dije cuando me conociste esa noche. cabalgamos hasta el alba, amor mío. ya mi chochito está marchito, pero, sé, te hice feliz como nadie lo hizo, y

por favor comprende, soy escatológica, soy una hembra miller peso pesado, pues me he engordado con los años, yo que decía gorda rabelesiana a esa vieja beata. ser gorda es mi lado flaco... afuera suena algo, me impide teclear como es debido. siempre fui hábil con los dedos.

por eso, al día siguiente, para que nada envidiase álvaro, el primo cegatón, comencé el mismo juego de la jornada anterior. creo, era mal de familia la falta de vocabulario, pues él también decía lo mismo: ay, qué rico, ay, qué rico, y él era poco adinerado.

cuando me subí sobre él, quiso darse la vuelta. nada, carajo, aquí manda su merced doña eduviges, y mi chochito se comió una buena ración de nabo, pues las apariencias engañan y el canuto de alvarito era una divinidad aun después de cabalgar por la pampa o la terraza una media hora.

ya era mejor. y alvarito, cegatón, abrió, gracias a mí, los ojos. milagro tras milagro. otra página de las escrituras. ¡un canuto de escribano!

una buena tarde, no era mala a pesar de apenas entrar en el otoño y las hojas (ya saben, llamen al periodista diestro en tales menesteres)... bueno, nadia, que me había llevado al cerro, me dijo de pronto:

—¿sabes quién es ese señor?

—no.

era un hombre regio, acicalado. no soy siútica, como lo comprobarán enseguida, y cuanto sigue no es película mejicana de los años cincuenta, eso de cuando los hijos se van. ella, de acuerdo a un plan preconcebido, se levantó. el hombre impecable, pecador disoluto, según romanos, se acercó simultáneamente:

—¿sabes? soy tu padre.

—me acabo de enterar, si las noticias son verdaderas.

—¿puedo sentarme a tu lado?

—depende del lado escogido.

sonrió, no se parecía en nada al tío manuel. era todavía más guapo.

—me llamo pedro.

—¿como el gallo de los tiempos de jesucristo?

—¿me detestas, pequeña?

—no, pasado mañana cumpliré los quince años y, para tu conocimiento, ya soy mujer.

—lo sé, lo sé.

—por favor, si en realidad eres mi padre, no digas esas huevadas de los chinos, «lo sé, lo sé». simplemente, como todos los hombres, no sabes nada.

hacía frío de verdad y todo parecía mentira.

—¿sabes?

—no.

—bueno, he sido toda la vida un huevón.

—no te desnudes, papá, sería desagradable. el incesto, solo con el tío manuel, que es menos lindo que tú. tú eres precioso, pareces un oso de peluche, ese que nunca me regalaste.

se quedó en silencio, como en las películas francesas.

nadia fingía mirar el panorama político.

—te voy a contar algo muy gracioso, sé que te va a encantar.

—no será tu vida de huevón...

se rio, no de lo que yo había terminado de decir, sino al recordar la novedad:

—¡murió la vieja rabelesiana, la tía de los años primeros!

me templé de la risa. eso es fenomenal, dije al cabo de un rato. sentía ese momento una viva simpatía por ese hombre venido de lejos para darme semejante muestra de afecto.

—hija mía, si me perdonas el trato, tuvo la muy siútica la muerte de un político: se resbaló en una cáscara de plátano.

—oh, oh, oh...

—¡cuán inteligente eres, hijita! pensar que fui tan coju-do que le di una suma fabulosa para tu crianza.

—bueno, me trataba la muy puta como a una criada.

—maldita vieja, que le den por el culo.

—muerta, imposible —dije en forma terminante.

así terminó nuestra primera conversación: pero la imagen del viejo vagabundo quedó fija en mi mente. a la hora de la cena, el tío, que no estaba pintado (todavía no pintaba kingman), me habló caricaturalmente (es decir, sin mucha naturalidad):

—¿algo nuevo?

—conocí a un hombre muy bello, dijo ser mi padre.

—nada, ni una mosca. bueno, la doncella echaba siempre algo para que no hubiese moscas en la casa y menos en el comedor.

—¿te emocionó el encuentro?

—¿el de fútbol?

don manuel se rio estrepitosamente.

—basta de cachondeo, edu, dime la verdad.

—cómo te agradan las desnudeces, tío. perdona, fue maravilloso. y no hubo lágrimas ni mocos, ni risas. un

padre llega de muy lejos y una muchacha, antes bizca, ahora ve la vida color de clavel, pues lo de rosa me tiene hasta los ovíparos.

el tío, entonces, habló pasito:

—vamos a compartir un secreto: nadia es hija de...

—trotski —susurró ella.

—¿otro autor ruso?

—no, un hombre divino —argumentó la tía con orgullo infinito—. tenía miedo de que alguien me hiciera daño y me obligó a salir de la santa rusia, que ya no era santa.

—hijos de puta —clamó el tío.

entró la doncella con el postre. y una mosca zumbó en la lejanía. ¡nunca seré periodista, vaya mierda!

carlos es simplemente divino. hoy, al amanecer, me dio un ramo de rosas. había pasado la noche entera arrancando las espinas, pues soy mujer tan delicada; me da lástima quitar espinas a las rosas y los pescados, al fin y al cabo, hija del mar y no de un cabo, pues desde la infancia más tierna —nunca conocí la infancia madura— destesté a los militares, y según me dicen, mi pobre madre me destestó temprano, las cuatro de la mañana.

además de carlos, rosa matutina, me llamó mi sobrina gladys serrano de luna y hablamos (pues en el teléfono no hay cómo quedarse muda y se debe hablar con extrema seguridad, porque el tiempo es oro y las telefonistas son todo oídos) mucho sobre el tiempo, detenido en esa ciudad de las golondrinas donde continúa la lluvia, mientras aquí arrecia el calor y comienzan las cometas a cantar sobre los techos de madrid.

también ayer me llegaron periódicos del país lejano. artículos delicados y dedicados a alfredo pareja; ha cumplido los ochenta años, y cincuenta de la publicación de «el muelle»; debe ser el mismo de donde zarpó hace otros muchos años el barco en el cual con felicidad arribé a mi tierra española. un diario de guayaquil me estremece: trae una fotografía precisamente de la calle donde un día deseo comprar la única casa de mi vida, frente a un paisaje de ensueño, con garzas, marisma y pato cuervos.

ah, ayer por la tarde me puse algo delicada y carlos, solícito, traía y llevaba mis medicinas. tenía madores en los párpados y sentí la gratitud más honda para este ser humano con nadie comparado, dada la excelencia de su carácter, o a lo mejor con gógol, perrito ibicenco que tuve hace muchos lustros; solía llevarlo para mear y cagar, como es debido, por la avenida mediterráneo, frente al claridge, donde había un sitio abandonado, con trazas de olvido.

paloma san basilio canta a lo lejos.

palomas veraniegas se acercan a mi terraza y dejan cagarrutas lívidas en el borde del pasamanos, mientras pasa el tiempo y me siento algo triste y arrugada, una pasa. sí, me siento a escribir la crónica del tiempo: pasa sin ni siquiera despedirse.

volví a encontrarme con pedro el del gallo, mi padre. una tarde nos pusimos melancólicos; seguramente yo estaba con el cólico menstrual y él con principios de una hernia bucal, pues le costaba hablar de los hechos del pasado; me contó, afligido, que había sido diplomático, una carrera muy dura, pues casi siempre los competidores solían correr más, y generalmente estaban dopados.

—ser diplomático —dijo pedro—, es aburrido, y muchas veces esa gente termina con almorranas.

—¿por qué?

me miró obstinadamente. después regurgitó con voz intemporal:

—nunca te cases con un diplomático. esa gente, cuando regresa a su casa, ha olvidado el nombre de las calles y aun el sitio donde estaban los recuerdos. los diplomáticos hablan varios idiomas y no saben conjugar el presente, y, además, mienten por cada muela, y cuando son unos pobres secretarios, deben soportar el peso de la conversación de los embajadores, muchas veces improvisados; ellos jamás podrán enorgullecerse de ser la quinta generación de una familia conocedora del arte de manejar el tenedor y el cuchillo. pero uno nunca oye a los padres y...

es mejor esperar, estoy en los dieciséis años y todavía siento cómo me distraje aquellas vacaciones con los primos. lo único por decir, para no faltar a la verdad, es que fueron muy agitadas y los dos primos se marcharon con la frente marchita, y las nieves del tiempo platearon las sienes del tío manuel, mi competidor en el deporte de la equitación.

nadia era una flor y su perfume nos volvía locos al tío manuel y a mí.

—tu tío parece muy enamorado de esa muchacha rusa...

—no sé —contesté como diplomático. algo aprendí de mi padre.

—¿en qué idioma hablan? —me preguntó.

—por señas —dije—, pues tiene temor a que yo comprenda cosas ignoradas por ellos.

se rio estrepitosamente.

en casa, a la hora de la comida, el tío manuel dijo, después de revisar someramente el periódico:

—otra vez el papa que dice pío. ¡vaya asco de roma!

la doncella terminó la escena con la nota social:

—con el permiso del señor, hoy vi a la señora... tenía un cardenal.

el tío saltó de su asiento:

—¿tan alto ha subido?

—digo, un cardenal en el brazo... al parecer, el fraile resultó persona celosa.

el flan debe ser afrodisíaco, pues cada vez que había flan en la cena, el tío escuchaba embelesado a nadia, murmurando:

—je t'aime.

—moi aussi.

intérprete bilingüe desde la infancia madura, traducía buenamente: «vamos a la cama» y «yo también estoy cachonda».

abandonaban la estancia luego de acariciarme la cabeza. jamás volvieron a usar el retrete sino para una necesidad extrema. ahora se abría espléndida la cama noble a plena luz, y el sol entraba desbocado a refocilarse en las sábanas impregnadas de sudor y vida. eran felices y la dicha de ambos, mi asignatura preferida. aprendí a amar.

en cambio, yo me había vuelto casi célibe. no me atraía nadie. estaba, creo, en el tiempo de recapacitación y la compañía de pedro bastaba. nunca, sin embargo, he creído la aseveración de julio verne, esto de que el incesto sea el único momento divertido en familia, pese a haberme iniciado en las artes marciales con mis

primos postizos, y amaba a mi padre con la humildad de quien reconoce a un ser superior, pues él era abogado, no, la palabra esgrimida con cano orgullo era jurisconsulto. entonces yo imaginaba a un abogado culto, libro de consulta de las ratas de las notarías, esos sedentarios con hedor de tinta y orín. aquí le debo a rimbaud. ¡ah, la cultura francesa!

¡y la literatura rusa! había descubierto a gógol y me sentía fascinada. era como si contemplase a un ruso en su promenade quiteña, asombrado ante cada mortal con su carga de muerte.

total, un día el fraile y la señora se marcharon a otro país y la calma fue total en casa. ni una mosca, ni una araña. y otro día llegó la noticia: sófocles, después de haber leído la gaceta todas las mañanas, se había marchado para siempre, y descansaba, de no haber hecho nada, al lado derecho de su mujer enorme, bajo la tierra crispada de la región andina.

el tío manuel dijo entonces:

—el pasado no debe regresar nunca.

pero habría de regresar para ser mi desgracia, pues a los dieciocho conocí a pablo. era precioso. muñeco. alto, un metro ochenta y dos, moreno, bien parecido (solo después supe cuál era su parecido exactamente). me sacó a bailar y bailamos. dijo algo sublime:

—tienes los ojos más bellos de este mundo.

sofocleto, el filósofo peruano (no confundirlo con el difunto que disfrutó del dinero dejado en vida por pedro el del gallo), en su admirable libro «los cojudos», obsequio inolvidable de mi amigo fernando córdova, al lado de la bella, inefable felisa, dice que hay cojudos de nacimiento y otros aficionados al arte de ser cojudos,

pues realmente es difícil ser cojudo y engañar a los demás hasta el extremo de que los demás no piensen «este es un cojudo», poco más o menos. las citas no son mi fuerte, y juro que jamás fui a una casa de citas.

a pesar de todo lo filosofado anteriormente, pienso ahora que hay otra suerte de cojudos: los de adopción.

y eso fui.

pablo me dijo a la primera de bastos (o tal vez en copas, no las de él, sino las de mi tío, cuando lo llamó para conocerlo):

—soy diplomático.

vaya repeluzno después de ese rebuzno. pero la cojudez me invadía y lo miré como si me hubiera dicho «soy inteligente». el tío, después de la entrevista, me advirtió muy triste:

—es un pavo, totalmente: bello y cretino y tan pulcro...

nadia afirmó en español, por el desprecio nacido al admirar al diplomático quiteño, si bien más tarde descubrí que era tan sucio como el machángara; pero no me adelanto, quede provisionalmente de hijo de puta.

el tío carraspeó:

—lo lamento, es un estético mental.

nos casó el embajador, un viejo militar. sus armas eran la mentira y la adulación. yo, en cambio, era espada desnuda, y el muy cabrón solo parecía diplomático y sonreía a los fotógrafos, a la secretaria culona, al portero y a los seis testigos de descargo, o de jehová.

partimos a la luna de miel. la primera noche, nada. la segunda, tampoco. la tercera me dije basta y pasé en el balcón disfrutando de la brisa. solo a los seis días hizo una pequeña introducción a la metafísica, pero yo no

logré llegar a la meta, y él se quedó a la mañana siguiente en cama.

—señor embajador, mi marido está muy débil.

—me siento desarmado sin pablito —respondió el militar. entonces me dije que debía valerme de alguna estrategia.

—eduvigitas —dijo el hijo de su madre—. no hubo sangre...

—no fue para tanto —respondí impertérrita—, y además debes saberlo: no lograste penetrar hasta el fondo.

se asustó horriblemente: de modo que añadí: del alma...

en eso, llegó carta de la mamacita. el acabose. lloró por sentirla tan lejos. yo lloraría más tarde por sentirla tan cerca. lo que no nace no crece, y el canuto del diplomático siempre estaba en cuarto menguante.

—mamacita es tan buena y tan sacrificada. ¿sabes? el corrompido de mi padre nos abandonó, y mamacita...

—basta ya, cojudo —le grité—. también mi madre fue incógnito y anoche, cuando no abusaste de mí, ¡yo no estaba quejándome de que mi papá no me haya dado ni el apellido! además, si vuelves a decir eso horrible de eduvigitas, hago tortilla de esos huevos malditos.

—por dios, no digas blasfemias.

—no he hablado en momento alguno de los testículos divinos, sino de esas brevas miserables.

—te ruego no utilizar ese lenguaje tan descuidado, y además, hijita, me siento débil.

—te faltará la leche de tu madre, raposa...

—no me confundas con ese animal inmundito. ¡soy diplomático, debo cuidar la carrera!

—esto no marcha.

—hija, imposible. un fracaso en la luna de miel sería mi ruina.

—pero si este triste palo te ha dejado hecho ruinas, ¿qué va a pasar más tarde?

pero los cojudos sienten compasión, y me limité a dormir en otra cama. esa noche supe cómo funcionaba un tratado de límites, sin haber estudiado derecho incomparable o comparado, ¡qué mierda!

sabría el desgraciado derecho, pero no se le enderezaba sino muy de vez en cuando, y yo hervía por fuera y por dentro.

nada andaba en regla y, para colmos, la mía no venía.

horrorizada, pensé: un nuevo hijo de puta; pero alguien, desde la eternidad, pensó en mí y empapé las sábanas una noche.

a la semana siguiente le ascendieron a segundo secretario a pablito. era bastante lógico: en el ministerio de relaciones exteriores ignoraban por completo que él casi no tenía relaciones.

como hervía el chocho, me entregué a la lectura. debía entregarme a alguien. eso sí, fiel a mi tío, jamás metí mis ojos en la biblia, pero debo confesar haber llegado muchas veces al orgasmo con el hijo de la saavedra, como decía delante del malandrín, quien me celaba en su ignorancia perfecta.

—¿quién, quién?

al regresar de viña de mar, otro mar de noticias me esperaba:

—je suis enceinte.

así pues, yo había estado en una supuesta luna de miel y mi tía en situación embarazosa, por no estar

casados de acuerdo a las leyes inhumanas que fomentan el aumento indiscriminado de la gente, lo cual es poco decente y criminal. este crecimiento de la población explica la existencia de los diplomáticos, quienes, de acuerdo al manual de carreño, son personas pagadas para beber en el exterior, pero pablito no bebía, carecía de permiso de la mamacita, y si alguna vez bebía, de acuerdo a las exigencias ecuatorianas, después se quejaba de dolores al cordón umbilical, y esto le impedía dormir la siesta, pues en esa profesión es obligada la siesta, y se la suele hacer en la mesa de tortura o trabajo o en la cama de la mamá cuando se halla a mano.

en el departamento me aburría tanto que llegué a odiar a las ostras, y cuando aparecía el tío, botaba de alegría.

—nadia va a partir a otro país donde no importan las leyes bajas y ordinarias.

—¿ya has escogido el nombre?

se detuvo perplejo. propuso pensarlo mientras bebía un vaso de vino blanco; pero su satisfacción mermó cuando el turquito vino a decirle que la cosecha había resultado mala.

no lo invitó a beber. él era célibe absoluto y abstermio. en otras palabras: inmigrante tristísimo, al estilo de aquellos seres obligados a dejar el terruño y buscar la comida en la arena de otras playas. además, nunca hablo del turquito. hay seres que atraviesan la existencia de modo parecido al de los viajeros somnolientos durante un viaje. poca educación o mala alimentación o imaginación tardía. yo disfruto aun cuando es un viaje de cuarto de hora.

los acontecimientos, parecidos a los memos, se precipitan, y el diplomático ecuatoriano me dijo esa noche a los postres:

—estoy muy preocupado. en el ecuador hay cambio de gabinete. qué nos irá a pasar...

no pudo dormir en toda la noche. como la mosca: jode, jode, jode. era invierno y eso me mataba. el frío se entremetía conmigo. amanecí con un genio de algunos diablos, y me puse peor cuando el desgraciado me imploró con voz de «castrato»:

—por favor, llama a la embajada y di que no me encuentro del todo bien.

mi talante burlón se había trocado en lija:

—diré que estás con el cólico diplomático... te enfermas, querido, cada mes.

—por dios, no te burles de mis preocupaciones.

—mi obligación de esposa legítima es martirizarte.

el embajador lloró al saber noticias tan malas del faldero. ¡no podía ir al trabajo! y a mí me costó también trabajo tragarme las expresiones debidas.

al mediodía, llamada del embajador:

—señora, ¿se puede poner su marido?

—¿qué es lo que desea que se ponga?

cuando tomó el aparato, pablito temblaba como si fuera a hacer por vez primera el amor. dijo algo inaudito:

—no...

yo ignoraba cuál era el significado de ese monosílabo en la cuerda floja, pero había algo siniestro en la escena. cuando colgó el aparato, hubo uno de esos momentos, los cuales solo habría de sentir muchos años más tarde, cuando se inventaron esas historietas horribles, consuelo de las mujeres y hombres vacíos, digo las telenovelas.

—di algo, imbécil —urgí con delicadeza y mucha vaselina.

—nos trasladan.

—no hemos muerto.

—edu, no te burles. me han nombrado cónsul en pasto.

—¿dónde?

me senté para no caerme de mareo. él, una vez más, con esa solicitud de hijo bien amado, me explicó que era una ciudad al norte del ecuador, o sea, al sur de colombia, y eso a primera vista me pareció absolutamente desconcertante.

no podía aguantar ver al infeliz sin fuerzas y hui a casa del tío. nadia me llevó a la salita desde la cual se veía la montaña. el tío y ella estaban de buen talante, pero con alguna tristeza.

—como sabes —dijo el tío—, no me agradan los franceses, y tampoco los isleños británicos: pero creo necesario huir lejos, a europa, y después de jugar con el mapa de ese continente, hemos decidido hacer nuestro hogar en la bretaña, algo que no es ni inglaterra ni la francia gangosa, y nadia seguirá con su francés, pues el español no le entra.

—me duele, claro, dejarte —balbuceó nadia.

bueno, nos miramos con ojos profundos. era el adiós sin palabras. y sin embargo, algo había de hermoso en aquel adiós: comprobar su profunda felicidad.

—¿y ese...?

—el hijo de puta está en cama soñando en la mamacita.

no me reprocharon, no dijeron eso tan sabido de «te lo dije», propio de los profetas con sus anuncios

clásicos, una verdad sospechosa después de ocurridos los hechos.

—es para mondarse de la risa: lo han nombrado cónsul en pasto.

—oh —dijo el tío. y añadió, sibilino—: serán pasto de las malas lenguas. ¿cuándo parten?

—lo ignoro todo.

—si lo ignoras es porque te pareces en algo a tu marido ejemplar: nada sabe de nada. siútico y torpe.

—yo sospecho, tío, que en el fondo estará satisfecho, pues he visto el mapa y no queda muy lejos de quito.

—nunca me han gustado los mapas —dijo nadia, y nos sirvió el último té, con una cortesía nunca vuelta a ver ni contemplar o experimentar en mi vida entera.

—te escribiremos...

siempre me han parecido, las cartas, tristes. hay gente que disfruta al saber noticias de los amigos. en cambio, cuando yo abro una carta es como si supiese que es de día y no pudiese ver las calles. echo de menos, de inmediato, el tono de voz de la persona en la lejanía absurda.

quería no saber nada de las despedidas de cortesía, pero no hicieron realidad ominosa. cada noche, una más, con los discursos. como los hombres no pueden hablar en sus casas, pues las mujeres lo impiden, se vengan en esas peroratas donde nunca falta eso de «he tomado la palabra» y luego aquello siempre recitado por el imbécil de mi maridito: «este honor inmerecido». pensándolo con firmeza, resultaba verdad.

durante el viaje, el memo comenzó a preocuparse por mi salud, de tal modo que casi me enfermé:

—¿no sería mejor que yo manejara nuestros intereses?

—no, querido. lo hará el tío mientras viva.

esa había sido la disposición de pedro el del gallo: nadie hurgaría en mi pasado ni en mi porvenir. recuerdo: una o dos tardes antes de zarpar de valparaíso, pedro me habló con voz muy clara (solía todas las mañanas hacer gárgaras con clara de huevo... de ahí la voz empleada en la ocasión calva).

—edu, por dinero se han levantado muchas torres en el mundo. ese pajarraco encontrado o rifado en un cóctel no me parece ser hombre de fortuna. por fortuna, todo cuanto tienes está en el extranjero, y mientras viva yo estará guardado con firmeza y discreción, y lo hago feliz, pues ni siquiera me pediste el apellido...

—además, tu apellido es muy largo, con muchas erres...

—no fíes nunca. ni te fíes de nadie. todo tiene su precio. el dinero hace a la gente honrada. todos los honores vienen de la abundancia del dinero.

pablito se sentía mareado y pasó todo el viaje en el camarote, cerrado los ojitos, igual a tener paz en su tumba. la noticia sobre la administración de mi fortuna, que debería proteger el tío, se me antoja fue la causa del mareo. y cada hora, devolvía (nunca lo entregado en préstamo, nunca) la comida servida en el barco.

—ponte bien, querido —le dije—: el capitán dice que pasado mañana estaremos en el golfo de guayaquil... de ahí, un paso a nuestra ciudad amada.

mi cinismo resultó como una inyección mal puesta: comenzó a quejarse de más dolores en el cordón umbilical.

—mamacita va a viajar a guayaquil para recibirnos...

—un gesto muy delicado.

—y el gasto: son dos días de viaje, y el hotel en riobamba es carísimo.

no le contradije, veía cuán maltrecho estaba: parecía un estropajo. salí a cubierta. comenzaba el calor a husmear en el puente, y a popa estaba ya la vida feliz, la ignorancia de quien vivió un sueño maravilloso. a proa, asomaba la nariz el futuro que tanto nos promete, y desvanecido antes de verlo.

—¡mierda!

—¿decía algo la señora?

era un caballero muy guapo, con bigote prusiano.

—werner, a sus órdenes, bellísima dama.

—siempre me han fascinado las mentiras.

—¿tengo cara de mentiroso?

—la cara, no... pero ignoro lo demás.

nos quedamos callados mientras mirábamos la lejanía.

—¿cuál es su destino, señor?

—nunca sabemos nada del destino. oh, ya... guayaquil y, luego, quito. soy el tercer secretario de la embajada de alemania en la capital del ecuador. vengo de buenos aires.

—sí, tiene aires de diplomático, pero hablemos con franqueza: su profesión me parece cojuda.

—qué es eso —preguntó el prusiano muy impresionado.

—el tiempo lo dirá.

—¡ah!

a los prusianos les atraen los monosílabos. ignoro la razón de este comportamiento. no soy antropóloga, sino hembra devoradora de vida.

entra carlos en puntillas, se acerca y observa cómo escribo:

—¡bravo! eduviges, te adoro.

me besa en el cuello y vuelve a salir. ¡ni siquiera el prusiano apuesto es tan bello como este compañero de los años últimos! estamos en el planeta agua para amar. eso de que los peces chicos son comidos por los grandes es verdad. soy una ballena: echo vida a las alturas.

el prusiano me miraba silenciosamente.

—¿está pensando, si no me equivoco, en hacer el amor conmigo?

—honradamente, sí.

—no he creído nunca en el amor deshonesto.

—¿en mi camarote o en el suyo? —preguntó seriamente.

—en el mío hay algo probablemente cómico...

otra vez apareció el prusiano auténtico:

—¡oh!

como prusiano auténtico, hacía el amor de manera militar y estaba armado regimiento. la marcha resultó deliciosa y me hizo mucho bien a la salud. en ese momento, mi cabeza se llenó de himnos formidables, mientras él decía palabras espléndidas en idioma universal; era un políglota.

—ya... ya...

—qué rico —dije al recordar mi experiencia con el primo.

después, uno al lado de otro, se atrevió a confesar:

—es la primera vez en que una mujer me ha dominado.

—siempre debe dominar el amor —repuse con regocijo—. usted ha cometido un grave error: no preguntó mi nombre.

—como es de día, te llamaré luz.

—he sido feliz con usted, werner, y me sería grato volver a verlo... pero nosotros vamos a pasto.

—no es muy grande la distancia.

en guayaquil hacía un calor abrasante, pero madre e hijo se abrazaron más de media hora, mientras ella, en prueba de su amor maternal, le llamaba una y otra vez muñeco, lo cual es para recordarlo siempre.

mi suerte era mala. se llamaba avelina y era alta como una torre, majestuosa y gordísima, de tez blanca, lista para el ordeño, y arrastraba las erres al igual que la mujer de sófocles. estaba escrito: regresaba a la patria para revivir los años de la infancia en casa de los tíos.

—hija, usted es muy afortunada al estar con mijito, porque de mis hijitos nadie es dulce, perfecto, como el muñeco, ¿verdad, pablito? ¿verdad, mi vidita, mi muñeco?

ninguna telenovela de ahora podría rivalizar en profundidad, veracidad y patetismo con la escena; pero no nací con alma de cocinera y ni una sola lágrima vino a mis ojos, que en ese instante habría querido torcer como antaño.

cuando a la tarde le pedí a pablito licencia para ir a casa de mis primos, no puso inconveniente, y más bien cara de complacencia o de placenta previa; la señora avelina, el ave más pesada que haya visto sobrevolar en mi destino. eso de haberse inventado el matrimonio en las bodas de camacho, como dice la gente religiosa, me pareció infame.

era de suponerse, me puse la mejor ropa y me encaminé al hotel de werner. uno de lujo, pues nadie me preguntó si iba al comedor, al vestidor o a una habitación, y juro haberme desnudado de prisa.

más tarde salimos hacia la ría. aquello me pareció divino.

el agua es sagrada para mí, y al lado de ese caballero, como nadie me conocía, el agrado era tal que daba salitos de niña.

—luz, es estupendo habernos conocido.

no le contradije; pensé más bien que dejaba de ser prusiano y se comportaba como ser humano.

—¿sabe usted que esa vieja horrenda se llama avelina?

fue cuando descubrí el sentido del humor de los alemanes:

—oh, oh, oh, un saco de naftalina...

—werner, usted es exacto y comienzo a sentir algo distinto en las entrañas.

—luz, escúchame con atención: no me gustan los niños demasiado.

—un tío adorable, quien vive en la breña, me dijo un día que no corría peligro.

—luz: dos seres fuera de lo común, como nosotros, no podemos cometer la arbitrariedad de dar hijos al mundo. con nosotros basta.

marchaba orgulloso.

el agua, a esa hora de la tarde, cobraba un aspecto inolvidable. comenzó a soplar brisa. se despertó más vivamente mi alegría, y ese rato pensé obrar y hablar como toda una mujer.

—vivamos juntos en quito.

—¡oh!

werner, sin hacer caso de la gente, se paró para besarme en los ojos. nadie lo había hecho antes y estuve a punto de moquear como una colegiala vulgar.

—pero... la gente de esa ciudad no va a mirar con complacencia nuestra vida —meditó el amante alemán.

—soy mujer y amo. nadie va a impedirlo, a menos que sea tu propia gente quien te hostigue.

volvió a detenerse para observarme de hito en hito:

—si nos hostigan...

ambos, y después lo supimos, pensamos al mismo tiempo: buscar un sitio propicio en algún lugar del mundo.

—luz, no tengas miedo. a nadie lo digo, pero tengo algún dinero. somos afortunados.

—sí, tenemos fortuna —admití, aunque con una pizca de recelo.

ya lo imagino: esa noche pablito se habrá despertado buscándome, pues de inmediato resolvimos cambiar de hotel y pasar por burgueses adocenados.

las diferencias eran obvias, notables. mientras pablito me daba la paz de san diego (el cementerio de quito), el teutón me daba la paz de quien está vivo y ama a una mujer y no a su madre. ni él era edipo ni yo casta.

—¿eres atea?

—no, werner, simplemente no tengo evidencia de la existencia de un dios, ni tengo motivos para negar tal existencia.

—luz, siempre he pensado que las religiones y la política aúnan a la gente débil. es nuestra obligación vivir de modo heroico.

—¡sí, la heroica de beethoven!

desayunamos como dos amantes y nos reímos mucho con la manera de hablar y el desparpajo del camarero:

—¿buena la noche, verdad de dios? hay una carne excelente...

—con el café y la fruta está bien —afirmé.

el calor avanzaba paso a paso. me sentía algo turbada.

hay gente que no perdona a los amantes. he vivido la experiencia de nada y mi tío. el amor nuestro era bellissimo y...

se levantó, dio unos pasos, me propuso salir: después el calor impediría la aventura sencilla de esa mañana.

—es hora de probar la cerveza del país.

nos sentamos en un bar pintoresco, lleno de gente parloteando en voz muy alta.

—sí, hablan de política. en todas partes es lo mismo. mira, luz... he pensado en nuestro amor: se dañaría en una ciudad, sea esta o aquella. tengo un amigo llamado bruno y es de la misma región de alemania. él vive en puerto bolívar. ¿dónde queda eso?

compramos un mapa. averiguamos, y esa misma noche, en una barcaza, impropia para inspirar a un poeta, la cual más bien nos inspiraba desconfianza, viajamos a este punto remoto.

no dormimos nada. la expectación. y solo nos calmamos el momento cuando los dos amigos de siempre se dieron un abrazo formidable y aullaban en esa lengua ostentosa y medio salvaje.

—por lo pronto nos alojaremos en casa de bruno.

el afecto de bruno por mí era real, pues jamás hablaban en mi presencia en lengua bárbara, cuya literatura tampoco me agradó traducida. ellos nacieron para inventar y crear la música más radiante de este mundo. además, era un ser afirmativo. si sugeríamos algo, jamás se negaba a hacerlo.

el pueblo era cuatro casas y nadie pensaba en mí como hecha o fabricada en el ecuador y en mi madre como hábil artesana, pues los piropos, delgados y gruesos, echados o levantados al paso, se referían a mi paso sereno, de hembra consciente de ser amada y deseada. por otra parte, cuando me soltaba el cabello, que me llegaba hasta las nalgas, la gente creía estar admirando a la venus del mirlo, pues a la otra, ¿cómo iba a conocer esa gente humilde?

bruno había sido estudiante de ingeniería y se las ingeniaba para hacer maravillas, como pequeños puentes necesarios en los lugares cercanos, o máquinas que él soñaba en patentar, pues eran patentes su talento y talante adecuados. por su parte, werner fue adecuándose a una vida totalmente diferente a la llevada y traída anteriormente en las embajadas, y se sentía totalmente feliz cuando, por unos reales, obtenía una plancha de cangrejos, que aprendió a despedazar con una maña ajena a mí misma. lo supe desde niña: la cocina no me va (este momento, las dos y quince de la tarde, carlos trabaja afanosamente la comida, y estoy segura de esperar la sorpresa de un plato delicioso, de lo que fuere, pero enteramente preparado por ese ser maravilloso que anoche, como está mandado, se bebió dos botellas de vino tinto, ¡vaya diferencia con el tío! pero una debe habituarse a todo, y a mi edad, es imposible... reconozco, me he vuelto escolástica para discurrir).

werner también era práctico y, como tal, practicaba toda clase de deportes, lo cual me distanciaba de él en cierta medida. pero los hombres tienen defectos y en ningún momento hizo una cojudez como la mía de casarse con la versión femenina de un pablito. cuando werner me veía sola, cabizbaja y carismática, decía:

—luz, ya estás pensado nadillas. a estas horas debe ser el hazmerreír de los pastusos, porque, a través de don lolo, el pastuso de la esquina, he conocido la habilidad de esa gente para reír de sí misma, y tal hecho es ejemplar.

don lolo era un ejemplar muy curioso, venido de colombia, se me pone, por haber hecho alguna pendejada. vendía fósforos, tabaco, y tenía cuernos como en las pinturas del diablo, pues su mujer, una pieza, competía en putaísmo con las gallinas de corinto que cruzaban el bósforo a nado para follar con los patos de tebas, como me contó la novelista española doña mara aparicio allá por el setenta. pero don lolo era feliz con su cojudez, y cuando alguno se atrevía a decirle: «don lolo, esa anda con otro hombre», él respondía con tranquilidad: «¡qué va, es el mismo!», frase después famosa en todo el litoral, y traída por mí a los madriles el cuarenta y nueve.

cuando nos hastiábamos de pescado, de cangrejo, de langostas —miro la cara suya y esa envidia de sinceridad insincera propia de todos los lectores—, echábamos mano de una gallina con mucho sabor de gallo, pues en aquel entonces había la seguridad de que las gallinas eran aplastadas por la naturaleza y no se alimentaban con esas porquerías primero balanceadas, para el mayor beneficio del vendedor: en otras palabras, tales balanzas se inclinan siempre del lado del explotador. por eso, en aquella época, lo único balanceado era el hombre que entraba y salía de la cantina varias veces en el día.

cuando llegaba un barco extranjero, mis dos alemanes corrían como cursientos a adquirir toda la cerveza llegada en barriles magistrales.

don lolo venía también y gritaba, en su embriaguez criolla: «beber hasta caerse, que lo demás es vicio», frase asimismo famosa en todo el litoral y luego por mí

traída a España en el, bueno, ya saben y no me jodan, que estoy recordando días maravillosos con espuma de horizonte y cerveza.

aparte de los deportes, descubrí en mi teutón otra virtud, o no sé cómo llamarla: ¡cantaba! en alemán o español, y era colosal, pues cuando bebía en la cantina, a grito sin pelar soltaba: «silencio en la noche, ya todos en cama...».

y caía en la sala, en el sofá de bruno.

un día me dijo:

—luz, con la mayor seriedad te digo que me he cansado de vivir en casa de bruno. voy a hacer la mía. ven a ver el terreno.

—será tuya, werner. yo soy del viento. —era verdad, yo sentía así, y claro, muy caro he pagado.

pero no hablemos de tristuras, porque carlos ha entrado y me cuenta un chiste salvaje como para partirse de la risa. se lo contaré a ustedes post mórtem. a ver si hay tiempo.

me siento gorda, vieja y feliz. peleo con la muerte; otros la llevan en sí.

al fin alquilamos una casa pequeña cerca del mar.

solo una semana más tarde, y por boca de don lolo, supe la verdad amarga: bruno y mi compañero se habían distanciado de manera... no hallo el calificativo, y entonces supe que la política era la perra fétida que se suele ensuciar en la sala. bruno declaraba ser partidario de hitler, mientras mi compañero, una vez más, aseveraba: la guerra es una patogenia asquerosa.

pocos días más tarde, los dos se fueron a las manos y las piernas: el monstruo había invadido polonia.

entonces entró en el mundo ese bastardo pequeño, desdentado y sarnoso llamado por la gente miedo.

—hijo de puta, con ese bigote se vuelve más ridículo.
—estábamos en la cama y se incorporó.

—nunca te dije, luz, pero mi abuela por parte materna era judía.

no lo entendí y, sin embargo, sentí piedad. el tío manuel solía decir que los judíos eran seres inteligentes, y la inteligencia no se perdona. a través de la vida conocí a esos seres; el tío exageraba: hay judíos bellos y judíos estúpidos como los que hicieron el estado judío, con lo cual el estado del judaísmo se volvió precario. si admiré a los judíos toda la vida fue porque ellos vagaban por todo el mundo, al igual que yo. comencé a indagar.

—tu abuela por parte de padre, ¿no era pérez?

resultó, después de esta pregunta tan complicada, que yo también tenía algo de judía.

—pero eso de la biblia no me lo trago —manifesté en la soledad de la casa frente a la mar.

werner se quedó perplejo.

—tengo una edición que es una maravilla.

—he de preferir siempre «la odisea». hay menos simulaciones, una historia mejor contada. sabes, hijo de puta, en ese libro meticulosamente judío se afirma el caso de un profeta o poeta (vaya uno a saberlo, sobre todo en tiempos tan raros y lejanos) arrebatado por un carro de fuego. la mentira es fabulosa, o la invención. yo tengo el convencimiento pleno, basado en las historias de culththu, que no fue tal, sino de este modo: ¡salió de este planeta, hacia el futuro, en un cohete interespacial!

werner quería conmovirme tecleando el clavicordio —restos del pretérito—: no podía oír o comprender ese andante con moto o a pie. de todas maneras, él no me quitaba los ojos de encima o de abajo, y de repente, casi indignado, replicó:

—odio a verne, ahora lo leen hasta los albañiles...

—no es raro. la fuerza de los pobres. los ricos tienen tiempo para gastarlo en proust, o peor, en corín sagan y, cuando ya llegan a lo exquisito, marguerite yourcenar, «las memorias de adriano». —pero yo lo hacía para hostigarlo, pues, para entonces, el libro no había aparecido; obraba de ese modo a la manera de uno de los hermanos marx... no pretendo a estas alturas, y la altura me da vértigo, hacer una encuesta para saber cuál de los cuatro hermanos empleó tal forma de «seguimiento».

en todo caso, no seguimos la conversación. dentro de nuestros «parámetros», cada uno había «incidido» en la conducta del otro.

¡dioses, cuánta palabra ociosa! gracias a ellos, me moriré como el chirote, en mi jaula y debido al coraje, antes de aprender este lenguaje. ¡ah, palabras como cibernética! hace dos noches, con carlos, asistí a una reunión de clase alta donde se hablaba a trochemoche de este tema. un caballero solapado, por las solapas anchas y a la antigua de su traje, me preguntó cuál era mi opinión sobre tal materia. aterrorizada, le respondí:

—no quiero hablar del recuerdo ni el pasado. ¿sabe usted?, yo tuve la desgracia de soportar a una suegra cibernética con parámetros en los intestinos.

el caballero, sobresaltado, preguntó al camarero:

—¿dónde está el baño?, por favor.

para esa época, ya habían nacido mis sobrinos predilectos: alfredo luna tobar y paco tobar. lo sabía por

cartas de una parienta que siempre me ha rogado no mentar su nombre con sabor a menta.

los dos crecían como espárragos y ambos se adiestraban en el juego de las letras.

de pronto apareció en la aldea aniceto. era un español escuchimizado, de mirada burda, piernas delgadas, brazos escuetos y manos sarmentosas. unos decían es un asesino, otros, un pobre rojo escapado de la furia del gran hipócrita —nunca le llamaré franco... era un hipócrita el bastardo fascistoide, amigo del hombre del bigotito, si bien debo reconocer: el tal caudillo tenía el magín más despejado que el del inventor de la raza de conejos arios—.

simpatiqué con aniceto enseguida. solía llegar a casa entrada la tarde y salido el día. se sentaba en la galería, cercada de vidrio, en una mecedora. desde allí miraba la mar con una nostalgia común, la de quienes añoran el pueblo perdido.

—aniceto, para mí lo mismo me da esto que aquello.

—usted no puede saber. ah, Málaga, Málaga...

su protesta me pareció ridícula. puerto bolívar era mi patria y el resto no me dolía nada, y ese lugar escogido era mucho más que aquel sentimiento huraño, casi cobarde. a la noche pregunté a werner si echaba de menos la selva negra. menos mal, ni siquiera me escuchó. él pensaba con obstinación en la manera de freír a hitler.

—luz... el miserable de bruno ha regresado a alemania. según él, su deber es guerrear por su nación y aplastar a los judíos sucios, enemigos tradicionales de la nación universal. ¡está loco de remate!

nunca lo había visto rabioso, de modo que traté de seducirlo y lo logré con ventaja. pero al cabo de un rato,

cuando descansaba a mi lado, comenzó a desvariar razonablemente.

—luz, odio la guerra, nada tiene sentido. mi abuela decía que moriríamos a causa de un judío maldito. tenía razón. el apóstata es judío. y odio ese bigote repugnante, su vociferación inicua y la estolidez del pueblo escuchándole sin chistar... ¡es el hijo de wagner en una grandísima jayana!

me imaginé a bruno vestido de soldado, en el frente o en la espalda, qué más da. y millares de balas y un ruido como para enloquecerse.

werner estaba tan decaído que dejó de hacer deporte, lo cual me pareció lo único bueno traído por la guerra.

ahora, los dos leíamos todo el santo día.

—los nazis son tan desgraciados que obligarán, en el colmo de su insania, a leer a nietzsche —dije.

eso alegró mucho a mi teutón.

compramos una radio, y a la tarde oíamos un programa de berlín titulado algo así como «mariquita y sus secuaces», en el cual colaboraba un ecuatoriano de cuyo nombre no quiero acordarme, como decía el hijo de la saavedra.

—estoy leyendo «la celestina» —dijo werner—, pero mi español no es tan rico como para seguirlo sin titubear.

su español era estupendo. de niño había estudiado en salamanca, pues su padre también había sido diplomático, destinado en madrid. ceceaba inclusive y así comencé yo también a tratar de hablar como una madrileña, lo cual me divertía enormemente, sin sospechar que más tarde habría de vivir en esa patria dibujada por tantos escritores amados, sobre todo paco ayala.

—odio a los japoneses, jamás abrirán los ojos —refunfuñó una tarde al regresar de la pesca.

no había conseguido pieza alguna. cenamos una carne a la milanesa. el café nos hizo daño, y el diálogo se convirtió en bostezos prolongados.

la guerra, la maldita guerra. estábamos tan lejos y, sin embargo, escuchábamos los gritos de los asesinados, de los torturados y los enajenados.

entonces supimos. la cita del hipócrita con el bigotes.

—franco es otro hijo de la dolores —comentó werner.

estaba aniceto y corroboró la declaración. cuando el español hablaba, eso era grande, ¡joder! blasfemaba a cada paso, lo cual quería decir, siempre lo he pensado, que creía en dios y lo odiaba por haberlo hecho pequeño y español. ¡imperdonable!

pero me enseñó el arte de hacer gazpacho, y desde esa fecha, jamás en casa ha faltado semana en que no lo haya hecho... carlos o el propio aniceto.

—coño y gazpacho, edu —me decía el muy cachondo.

cuando se daba a la bartola y había bebido más de la cuenta, que no la pagó nunca, inevitablemente cantaba eso de «asturias, patria querida», y a werner le daba urticaria.

—odio el patrioterismo.

—siempre me tendrás a tu lado, werner —dije apasionada.

hasta la ventana llegaba la mar con una pizca de nostalgia.

—buenas —decía aniceto, y se perdía en la noche.

un día se llegaron el español, quien traía cara de circunstancias, y don lolo, realmente apenado:

—es mejor que se escondan por un tiempo..., han llegado unos gringos dogos en persecución de nazis... y hay chismosos encargados de regar rumores sobre ustedes... por dios santo. —y aniceto, que no creía en nada, se santiguaba para dar fe de su afirmación.

ahí me convencí: la fe es una patraña y descartes, con sus dudas, otro cojudo más.

—los gringos americanos son unos niños perversos —dijo aniceto.

—roosevelt es un batracio —clamó don lolo con una voz impostada.

la escena era para llevarla al teatro.

—vamos al oriente. allí nadie habrá de buscarnos, werner —supliqué. tenía miedo de verlo atrapado por los inventores de la higiene.

la verdad, no existía horizonte.

el viaje al oriente del ecuador fue motivo para pensar una vez más en homero, puesto que todo sucedió cerca de la odisea: caballos que semejabán el resultado de la cruce de jamelgos con perra, árboles gelatinosos, trampas, obstáculos, arenas movedizas (políticos que se inician en la lucha electoral), voces desconocidas, aves que perforaban el silencio con gritos horrisonos, serpientes que no estaban encantadas. todo como si desde hace siglos nos hubiesen esperado como al mesías, y unos indígenas lerdos y cobardes, al final traidores, nos abandonaron después de llevarse las provisiones.

—sin embargo, esto es mejor que matar gente.

pero yo sentía comezones en todo el cuerpo, y mi mata de pelo a veces se enredaba con las matas del camino, que realmente no existía.

solos, con hambre, llegamos una tarde a zamora. otra vez cuatro casas, luces las velas de uribe, insectos que buscaban a sus madres. alérgica, me despertaba cada cuarto de hora con comezones y pupas.

arañas preciosas tejían sus redes policiales en los rincones del galpón donde nos alojamos las primeras noches. pero el paisaje era precioso y bañarse en el río, una fuente de alegría.

los descubrimientos me han atraído siempre, y así, una tarde en que me había adentrado por la selva, me topé boca a manos con un individuo, sombras y lejos de un ser humano. simpatizamos enseguida y me enseñó los dientes: cuarenta años y pico.

—¿es usted extranjera?

—española.

le conté no estar casada pero...

él sonrió de manera amistosa; las amistades violentas son las perdurables. era una simpatía asombrosa mientras las hormigas, en su vivir tan torpe, acumulaban pendejadas para llevarlas a un hueco remoto.

—sí, sí —dijo el hombrecito.

adivinaba todo cuanto nos sucedía. no le había dado referencia alguna de mi compañero, pero de repente dijo:

—hay una solución; no muy lejos de esta comarca, habita un colombiano, una verdadera fiera...

—¿come carne humana?

asintió con la cabeza y añadió:

—más o menos.

el acento de mi amigo delataba enseguida al hombre que ha errado por todo el mundo. indudablemente se adelantaba a mis pensamientos:

—¿huyen de algo?

—de todo —repliqué—; de una suegra caníbal, de un exmarido obseso por su madre...

—¿es muy obeso?

—no, obsesionado por la madre, todavía le da el seno...

—eso es admirable para la salud.

—huimos de todo, pero, sobre todo, de la guerra maldita. mi compañero es alemán y... tuvo una abuela judía. por un lado, le persiguen los alemanes para guerrear con los fantasmas, y por otro, los americanos: lo miran como a un nazi escondido, y, encima, debe esconderme de los nazis, por el cuento de la abuela...

—me llamo paul y nací hace sesenta años en colonia...

—ya me explico su olor —repuse con fe y alegría jesuíticas.

aquello le agradó mucho y concertamos una cita al día siguiente en el mismo lugar.

era serbio, croata y acróbata; por cada pasaporte, con permiso de residencia, debimos pagar la suma fabulosa de dos mil sucres; una parte debió recibir paul y la otra el colombiano nacido en el putumayo, indudablemente un hijo de puta, y era el mes de mayo, con lo cual todo queda aclarado.

no lo volvimos a ver nunca.

entonces, sellamos la amistad. no vi nunca el sello de marras, pero paul, werner, que ahora se llamaba ignacio, como el de loyola, pero cordial y sano, y esta pobre mujer señalada como inés maría para el cuento de la guerra, igual al salto del mismo nombre mucho más al norte, donde el agua caía desde una altura prematura, de nacionalidad española, ambos nacidos en albacete, uno de día y otro de noche. la pareja perfecta.

ignacio dijo que aquel lugar, junto al río, le gustaba mucho más que vivir entre gente fisgoneando cada acto nuestro: y entre los tres, ayudados de indígenas de apariencia fortificante, levantamos nuestra prima «mansión» en medio de la naturaleza, con algunos defectos, pues, cuando llovía, estábamos obligados a bañarnos en la cama. el colchón se pudrió y solo esto convenció a mi compañero.

se puso otra cubierta, se compró un colchón nuevo. la cama era burguesa, de madera, rústica, cuatro patas y tablas, dura, nada confortable, pero a salvo de bichitos adorables, sobremesa de los ecologistas, ¡que ojalá se mueran de una picadura de alacrán en los mismísimos órganos genitales! sin embargo, se debe defender la naturaleza, reparo, pues en mi carta de nacimiento consta eso de hija natural. sí, la naturaleza y follar sobre la hierba fresca, y terminar al mismo tiempo que una araña. soy una mujer limpia, me baño sistemáticamente y moriré con el orgullo de jamás haber frecuentado esos lugares como la escuela, la iglesia, la universidad o el monte de piedad.

la felicidad no tiene historia, pero como la historia no nos gustaba a ninguno de los dos, nos dedicamos a la novela. él leía a sus maestros alemanes y yo, terne, a los rusos y los franceses. había, desde luego, libros prohibidos, para dar seriedad a nuestra unión: kant, platón, aristóteles, onassis, schopenhauer, nietzsche, el joven y detestable mauriac jansenista, todas las encíclicas, mateo y alemán y los demás escritores españoles de capa, espada y catecismo. por si acaso, hugo wast, de moda en la selva. los libros preferidos por mí: rabelais y el hijo de la saavedra. los de ignacio: nombres rarísimos alemanes, excepto mateo alemán. tampoco lo entendía.

en resumen: empapados de literatura, música y lluvia. de tarde en tarde aparecían las enfermedades.

si teníamos gripe, reíamos a moco tendido; si diarrea, cagábamos fuego; si estreñimiento, enmudecíamos; si dolor muscular, pues a follar: no hay remedio como hacer brotar la naturaleza. si venía el croata cuando no lo esperábamos, el diálogo se convertía en monólogo del visitante, lo cual acababa por enfadarlo, pues, sabía, su voz era como serrucho, y hasta mañana.

no había policía ni aduaneros, solo los loros remendando ruidos de la selva. eso es, los precursores de los legisladores.

cerca de nosotros se aparejaban las bestias y eran unas bestias, pues lo hacían a todas horas para envidia nuestra. cerca, asimismo, los árboles se juntaban y nacían las flores y los rumores de la lluvia encantada de la vida al bañarnos, y luego el sol aparecido en pelota viva. entonces, ante su euforia, que no respetaba objeto alguno, nos metíamos en casa, mientras el sudor trabajaba en nuestra piel silenciosamente.

hasta un día en que vino paul a chillidos, con los ojos llenos de lágrimas y se arrodilló delante de nosotros:

—terminó la guerra.

werner tiró lejos lo de ignacio, repugnante, y al día siguiente tomamos nuestras pocas cosas, la vitrola, los discos, los libros, la ropa necesaria e... incendiamos la casucha. desapareció en la noche, como si un millón de fumadores hubiesen dejado las cenizas. los palos humeantes semejabán colillas mal aplastadas.

—regresamos a nuestra patria efímera, puerto bolívar.

—sí, luz: por favor, quema esa porquería de pasaporte.

lo engañé por vez primera, pensé ese momento, ignoro hasta ahora la razón, y no estuve equivocada, pues un día me habría de servir; pero, por lo pronto o lo tarde, coman de este plato.

en el malecón de puerto bolívar estaba un borrachín, el mismo que años atrás nos había despedido cariñosamente: váyanse a la mierda, gringos infelices.

estaba más borracho que nunca.

—¿qué somos sino pasajeros que nos alejamos en una embarcación hacia el horizonte?

—¿eso es de su pluma? —inquirió mi compañero.

—no, de calderón de la verga.

nos miraba con rencor, el de la gente que no pudo soñar, condenada a permanecer en la orilla.

a werner le entró de repente el afán del trabajo y me propuso poner una suerte de tienda de abarrotes. lo creía necesario: la gente comenzaba a barruntar una riqueza muy ancha en nosotros, que nadábamos en dinero, y no veían los remos por parte alguna. debíamos despistarlos.

la tienda resultó una maravilla, pero fue causa de enojo de otros tenderos: vendíamos a precio justo, con una ganancia moderada.

una noche despertamos con una explosión: habían echado en la covacha una botella incendiaria, acabó con el local en menos de una hora. no importaba el capital sino nuestros sueños desvanecidos. hasta esa fecha, siempre pensé que las tías gordas eran malas, pero solo ellas. ahora descubría con horror la muchedumbre abominable.

cuando salimos a la calle, los vecinos nos daban el pésame y aquello llenó el vaso...

—werner, a guayaquil...

mi compañero, durante el día entero, hizo unas cuantas maletas y regaló desperdicios a los cuervos posados en el tejado al saber la noticia. traían cara de circunstancias, pero en el fondo, ¡vaya mierda acumulada!

lo más importante era la biblioteca que a nadie podía beneficiar: más del millar de libros en francés, alemán, unos cuantos en español, «la celestina», «el quijote», «la dorotea», azorín, mi santo maestro del español. anatole france iba en sitio especial. rabelesiano, adorable, no le he perdonado nunca sus novelitas trágicas y hediondas a jansenismo, pues esta especie de religión es lo que ha primado en hispanoamérica. no, siempre estaré del lado de anatole, el francés irónico y desparpajado. mi compañero ahora leía a un autor que jamás consentí y por el cual hubo grescas inverecundas: el señorito rilke. hasta la muerte de este clérigo sin sotana me fastidiaba: ¡privado de vida por una rosa! ¡solemne maricón!

como suele suceder en los viajes, estuve absorta ante el paisaje mudable y sentí más odio que nunca hacia los pasajeros cabeceando como si el mundo no fuera esta belleza extrema.

nos hospedamos en el metro, pero werner me dijo a la hora de cenar:

—por culpa del bigotitos, ahora deberemos soportar a la hez del judaísmo, quienes alcanzaron a salir de europa. basta mirarlos: son unos hijos de puta. mañana, desde temprano, debemos buscar una casa, luz.

la orden fue cumplida, y rastreamos el puerto hasta dar con una villa en el barrio más amable, cerca del parque seminario, con árboles añosos y recuerdos, las aves y el silencio en las tardes apacibles, cuando los ancianos salían en busca del frescor.

entonces aprendí otro refrán: parientes y trastos viejos, pocos y siempre lejos, y solo admitía a mi sobrino paco, que llegaba de tarde en tarde y se sentaba en la sala, horas y horas escuchando mis quejas contra la familia. también él era muy dado a fabular sobre la gloria pretérita y desde entonces, hipócrita, se ensuciaba en los apellidos, lo cual me hacía feliz. la gente parapetada en el pasado, el linaje, esas sobras desamparadas por los malditos extremeños, no merece respeto. yo soy grande por mi mata de pelo y por mi nombre. nadie ha de barrerlo de esta aldea o de aquella otra, pues caí por accidente en la ciudad andina, pero tengo tres pasaportes, según sople el viento o me arrobe la distancia. o el pálpito.

—si añoras de tal modo guayaquil, volvamos... nada más fácil.

esta es la propuesta formulada por carlos este momento.

me fascina. aquí ya se ha roto el culo la primavera y comienza un calorcito que, por desgracia, a mi edad, ya no lo siento donde debiera ser; pero la idea es tan bella como una mañana y me hace ilusión regresar, viajar para morir en la ciudad vivida, si bien me dolía abandonar madrid, manuel andújar y ananda, javier pardo tovar (pariente mío por pardo; ya es sabido, en la noche todos los gatos son pardos) y ya no leer el abc, pues es mi panzada matinal.

—espera, carlos, les estoy contando mi vida en el puerto abrigado junto al croata.

—a veces tengo la impresión de ser la segunda edición de ese serbio-panzaleo.

—¡bestia parda!

—no estoy celoso, pero el pasado me parece invención sádica de los escritores.

—¿no odio al quejumbroso de marcel proust?

fue porfirio quien dijo: «escuchadme esta cosa tremenda: ¡he vivido!», fue él. inútil preguntar a carlos, pues el hijo de su madre adora la literatura inglesa y ahora precisamente está leyendo por enésima vez «el egoísta», y carlos lo es hasta el extremo de que, viéndome medio apolillada, me exija ser solo para él. sospecho que mi diario, novela, lo que fuere, le sacude en el sueño, pues se despierta enojado con el mundo y tiene legañas.

en la iglesia de san francisco de asís había cuatro gatitos y un fraile parecido a una nutria; se nutría de las limosnas arrancadas a la gente, muchos pobres y alguna clientela con olor a colonia francesa; nunca dejaremos de ser colonia de alguien. entonces era francia. ahora, norteamérica, miami y orlando; mañana, el japon, y entonces los curas no se rasgarán las vestiduras, sino todo el mundo se rasgará los ojos para mirar la vida como los orientales: ¡ven al mundo a través de cortinas de plástico!

la villa era preciosa, con un pequeño jardín donde puse a engordar a mi compañero y tres gallinas ponedoras.

cuatro años de paz, de desorden y alegría. yo comenzaba a sentir algún apego por la literatura española y leía a placer a ese hombre inefable: wenceslao fernández flórez. a su lado, jardiel poncela parecía niño de teta, y el alvarito, una pequeña mierda, no da para más.

werner, en tanto, había aceptado cátedra en la universidad y dictaba una materia como una bomba, algo sobre

lenguaje total: él intentó en vano hacerme entender, pero yo solo tenía talento para la sexología y la literatura. además aprendía francés, por fin, y ruso. es decir, estaba como una cabra, y ya se sabe que la cabra tira al monte.

la cerveza seguía aceptable, como si nos hubiese aguardado para el gozo en tal sitio. le hicimos honor. cerca de nosotros, alguien con cuello delgado, corbata pajarita, un plato de alpiste y un vaso de cerámica ponderaba la industria del país:

—hermano, nada mejor en el mundo que una cerveza ecuatoriana, hasta se bebe en nueva york.

el patrioterismo, la conformidad.

además, eso de recalcar la importancia de cada una de nuestras ciudades en sí valiosas; por eso, los elogios en desmesura:

quito, patrimonio de la humanidad o luz de américa (haití fue la primera nación en libertarse y en puerto príncipe, si a alguien se le ocurre lo de la luz, le rebanan el pescuezo, pues la electricidad funciona a ratos perdidos y el ganado no abunda, de ahí la miseria sagrada de la isla).

ibarra, la ciudad blanca a donde siempre se vuelve (de paso para pasto, o el chota, el calor amable y la negritud fervorosa).

ambato, tierra de flores (juan José nació en venezuela), o tierra de frutas (y a mí me hacen daño la naranja, la pera, los duraznos, los guaitambos y las piñas... de milagro no me hacen mal).

riobamba, sultana de los andes. o mengana.

cuenca, las antenas del ecuador.

guaranda, la ciudad de las seis colinas y media, sobre todo a las seis y media de la tarde, cuando la ausencia borra la mitad de una.

guayaquil, la perla del pacífico, la dieciocho y el centralismo absorbente.

se olvidan de machachi, la tierra del frío.

de esmeraldas, la tierra siempre verde.

o loja, la tierra siempre lejos.

tulcán, la ciudad aguerrida (nunca atacaron los peruanos por esa frontera).

portoviejo, la tierra de los panama hats y los tamarindos a real.

otra vez loja, el último rincón de los carrión (vale por la rima).

y zamora por las moras.

y machala, donde muerde la bala, capital mundial del banano.

guayaquil era un sueño. carlos, quien estuvo el año pasado, refiere que está más hermosa y con más basura. allí crece la basura de la noche a la mañana, dada la fertilidad de la zona roja.

pero el guayaquil de mi madurez era una ciudad llena de rumor y vida. las calles cantaban y el sol era una bestia parda: hacía brotar sudor hasta del mármol inmaculado. la torre morisca miraba al desgaire la ría.

hicimos amistades —amigos hay pocos; los que llegan son comensales, y después te devuelven no la comida, sino el buen trato con el maltrato— y eran, como siempre, aves de paso, extranjeros que, si estafaban a uno, no nos podíamos quejar, pues sabíamos que llegaban con lo puesto y ya. para entonces era complicado conseguir un puesto para tal gente con un «español» por señas. y

en casa no entraba nadie sin su tarjeta de presentación, es decir, si no constaba que fuese bebedor insigne. por tanto, estaban excluidos los mamíferos.

ausente de la vida ordinaria, me pareció extraordinario ese hombre genial que fue velasco ibarra. ¡había dictado la ley de divorcio! genial haber inventado dicha ley, y detrás me llegó la noticia: pablito no sé cuántos y otros cuántos había contraído matrimonio con la señorita teresita flores artificiales, espiritual damita de nuestra suciedad (de la capital, se entiende).

siempre me había sentido libre. ahora di saltos de liebre.

jamás me darían gato, es decir, no me engatusarían jamás con otro contrato solemne, y todo lo solemne huele a caricatura. no soporto que alguien me hable del santo matrimonio, trampa legal, lucha desigual, o me hablen de la guerra de los sexos; me revienta.

en otras palabras: werner tenía el tornillo adecuado a mi tuerca.

alguna beata de izquierda, pues las hay en abundancia, me increpaba diciendo que yo no tenía sentido de ecuatorianidad.

la mandé al carajo. soy ecuatoriana, amo a mi país, pero detesto la gente cursi, pienso que los romanos, con su religión, han causado un daño irreparable; sé que no hay cura bueno ni monja con un dedo de frente; ni político honesto. si dios existe, no estará en nuestro país nunca, pues todos somos enemigos: para decirlo de una vez: la culpa la tienen las mismas mujeres: hacen creer a sus hijitos que son una maravilla, cuando son seres comunes, vulgares, con piernas y brazos. y los machitos crecen y se preparan para humillar a las mujeres, porque nadie es igual a mi mamita, como dicen los cabrones. a la hora

de entrar a matar, les tiembla la mano, la muleta se pone verde, y la estocada no da en el blanco, o se va en blanco el muy cobarde. ¿de quién la culpa? de la mamacita, pues ella le dijo que antes de follar rezara.

¿saben por qué estoy de mala leche? ¡por lo que sigue en el recuento de mi trajinar por el mundo!

una tarde, y no a las cinco, como dijo el garcía márquez, eso de eran las cinco en punto en todos los relojes, sino a las malditas seis y media, werner se estacionó frente a mi sillón y dijo como si nada:

—luz, tengo fiebre.

era como si un ícubo me hubiese metido en las sienes una cera encendida. no vi nada. ciega, me abracé al alemán con todo el cuerpo y dije no sé qué brutalidad de no te mueras, teutón, no te mueras, hijo de puta, porque ese rato sabía ya que no lo salvaría nadie.

a la noche siguiente llegaron los gallinazos e hicieron lo que estas aves de sanidad denominan junta de médicos.

quizás no eran gallinazos, sino toreros de mala muerte, pues cada uno entró al descabello, como veinte pinchazos.

una hora más tarde, y libre de los médicos, rogó:

—eduviges, entiérrame aquí, en nuestro guayaquil.

el que dijera mi nombre de verdad era indicio del pase final.

si hay público en este mundo desolado, pido una ovación por ese hombre maravilloso que dio los mejores pases a la vida, aun con muleta, pues años atrás usó muleta después de un accidente.

eduviges n. n. comunica el fallecimiento de werner n. no habrá ceremonia alguna. el entierro a las cuatro de la tarde, mañana.

él mismo redactó el texto mucho antes, y puso eso de «mañana», porque siempre decía: no hagas ahora lo que puedes hacer mañana. hay que engañar al presente por ser totalmente efímero.

ay, werner, ya no me enseñaría refranes como: al que madruga le vienen arrugas; ojos que no ven, ciego hijueputa; quien con los santos se acuesta, se cae de la cama. que la tierra le haya sido leve.

si hay algo más allá, me voy a ver envuelta en un lío del putas: carlos, el hombre amado hasta la ebriedad, werner y el laszlo: me quería a su manera.

y esa noche, uno de los toreritos me llamó:

—señora, debe tener cuidado, el señor ha muerto de...

—de ganas de morir, hijo de tu madre.

y le colgué el teléfono, pero me arrepentí: el colgado debió ser él por haberlo faenado de semejante modo.

miserables, enviaron los honorarios. chulos de la muerte, ni siquiera sepultureros. es que, vamos a ver: ¿ustedes soportarían que al ser amado se lo despache con más de veinte pinchazos?

odio a esos banderilleros de mala muerte, los odio, pero con odio jarocho, como decía vasconcelos en su «ulises», primera edición, algo imposible de encontrar.

y odié la vida, odié la ciudad adorada, me volví masoquista y me trasladé a quito, donde la gente vive del llanto y del cuento, donde llueve las veinticuatro horas aunque haya un sol grande y la luna salga encinta hacia la madrugada. quito, el pueblo más importante del país

amazónico, amado, pero cuya gente, bueno, ya saben, la censura y tonsura. me tachan de atea. mierda, mentira: yo rezo por la invalidez total de muchos de sus habitantes, para que después luis lópez herrera les haga la autopsia por partes. no, es mejor realizarla mientras están vivos; me replica no: huelen a misal y zaguán, chisme y memez.

el maleficio estaba hecho.

me desperté en un chalet, como decían allá, con ruido de campanas. el colmo. me había olvidado: es la ciudad de las campanas. tenía el honor de vivir en la sotana de los andes, matrimonio artístico de la humanidad.

y los domingos, todos los habitantes se esconden, pues tienen miedo los unos de los otros.

sigo de mala leche y, por tal razón, bebo solo café negro. no soy racista, de los que beben café blanco.

la gente me llamabaapestada, y esa misma gente no conocía el agua. se bañaban únicamente un día a la semana. una tarde fui a ver a alfredo pareja, pues era devota de «baldomera», para mí su mejor obra, y se hallaban en la sala dos escritores de esos que solicitaban prólogos a los mártires verdaderos, y al dar las siete, juro, uno de ellos se levantó y dijo estas palabras solemnes:

—bueno, me perdonarán, pues hoy es jueves y me toca baño.

como yo no hiciera un gesto o diera un respingo, él recalcó de buena fe y con la mano en el pecho, al estilo grecotoledano:

—siempre lo hago, de verdad.

alfredo, sonriente, me explicó minutos más tarde que el escritor de marras tampoco era pulido en sus cuentos, pero sí conocido por sus historietas; manejaba el sable con destreza suma cuando hallaba un incauto, o simplemente

incautaba las cosas al notar al dueño en descuido, algo frecuente en los andes, según me explicó años antes, en una carta fervorosa, el sabio núñez, quien predijo temblores o sismos y paparruchadas por el estilo.

¡qué difícil es el estilo!

alfredo estilaba usar bondad y nunca le vi zaherir a nadie. soy feliz de saberlo todavía en su escritorio. claro, él me tenía gran respeto, no por literata, que no lo fui jamás, ni lo soy ni lo seré (al revés de lo amazónico y lo hiperbólico), sino por ser seis años mayor que él, siendo él tauro y yo, cáncer. carlos añade: a los ovarios...

hice, pues, amigos en la ciudad andina, cuando cesaba de llover y podía salir sin ese adventicio, el paraguas, pues solo un pariente mío logró dominar ese objeto con arte digno de mejor tarde.

mis amigos, contados: alfredo, el otro alfredo, el de luna, mis sobrinos dislocados, paco, jorge adoum, cuando todavía no se atrevía a follar con la mujer desnuda ante el señor marx. ¿otros? un puñado de extranjeros, pues considero que esa buena gente no tiene la culpa de estar en tierra ajena.

pero no podía durar la experiencia. las malas lenguas, aquellas que no se pueden comer a pesar de estar a cocción una hora en la olla de presión... sí, las malas lenguas dicen, me aseguran las lenguas buenas, que yo salí por ser atea, desmemoriada (por olvidarme los nombres de los caballeros que me cortejaron a causa de mi belleza fiscal). bueno, el mismo diablo, y la verdad: me fui porque me moría de horror al ver tanto cadáver en las calles. la lentitud cuidaba de los muertos, las frases triviales y diarias:

—¿cómo va esa vida? —preguntaba con entusiasmo.

me respondían algo incomprensible:

—así nomás.

por eso no pude más y el cuarenta y ocho, al saltar los cuarenta míos, tomé el barco en la puná y me largué —palabra de la jerga quitense— a europa en una moto (nave) de nombre gracioso: cambrini.

no me ha mareado la riqueza, si bien admito haber cometido un montón de estupideces, y tampoco me mareé en el barco, donde me enteré que había un grupo de ecuatorianos peregrinos para el año «compostelano». me vino horror cuando comprobé que nada menos que alfredo luna y mi sobrino paco estaban allí.

—viajamos en tercera.

estaban campantes, olorosos a mar, y paco vino especialmente a la tarde. me aproximé sibilinaamente al capitán, le guiñé una pierna y le propuse que mis sobrinos comieran en mi mesa, a lo cual el italiano garibaldista, pero nada pirandelliano, pues iba siempre al grano, me contestó: con el mayor gusto.

veinte días de navegación, y la mar desnuda, mi pensamiento estaba en europa, en la bretaña francesa, en el tío amado, quien acababa de cumplir como setenta, no recuerdo a punto fijo, y la tía nadia.

con ellos había iniciado la literatura epistolar, pero nunca llegó a tamaño de la de pablo apóstol. fue más bien modesta. en esa época no me daba todavía el dengue de escritora. eso, a la vejez, lo cual me dicen suele ocurrir con los ancianos cuando comienzan a perder la memoria, y debe ser así, pues no recuerdo cuánto bebí a bordo, si bien ahora desbordo alegría, pues carlos me ha traído de el rastro una bacinilla auténtica, y eso me parece histórico.

por favor, carlos anuncia que la señora no se halla en casa y nadie sabe su paradero. es la única forma de poder recordar sin estreñimiento, que es lo que hacía el proust quejumbroso y para más señas asmático, es decir, que acezaba al recordar, lo cual es el colmo.

nunca hablamos con paco de religión ni orografía. ambos respetábamos los nombres familiares.

andalucía me había parecido encantadora, y se debe huir de esos encantos: bulla que crece y crece, se derrama y te arrastra. en la alhambra pasé momentos deliciosos al mirar las fuentes (la fascinación perenne del agua). en ese palacio fabricado por los árabes antes de descubrirse el petróleo me sentí inalámbrica. cosas de los tiempos. luego, córdoba triste, el cristo de los faroles, que no me dejó indiferente (eran las cuatro y media de la madrugada y había viajado durante la noche), y la mezquita con lo romano dentro, lo cual me horrorizó. y sevilla desarreglada, bulla, bulerías, y venga el canto suave y luego el jondo, ¡no me jodan!

únicamente en cádiz viví días de felicidad auténtica, donde me solacé con la compañía de mi sobrino paco, que por ese entonces bebía los vientos por una musa ligera de alguna inteligencia, pero un cencerro. bueno, entre locos debemos entendernos. la gente cuerda es maníaca, insoportable, y el llamado constante a la realidad no pasa de ser una treta política.

calle miralles... el verano a punto de evaporarse y comenzaban las hojas (pido auxilio a un periodista avisado). nunca olvidaré ese piso. era el último de una construcción de poco antes de la guerra, malvendida por sus dueños: eran pimentones (lo de rojos me desbarata de la ira).

jamás se me ocurrió comprar aquello, pese a la ubicación celestial (en todas las ciudades se dice eso del cielo con un huequito para mirar el sitio donde te obligaron a nacer, unas veces con maña y otras con alimañas de metal que por poco destrozan la cabeza de mi primo ataúlfo, que luego murió al comprender el significado oculto de su nombre de pila).

salía únicamente por las noches y me refugiaba en un buen café, donde alternaba con artistas pintorescos y pintores vanidosos —el peor gremio de este planeta desolado—.

si me pusiera a recordar nombres de celebridades con las cuales departí, el caletre se haría añicos.

desde luego, a cada paso, aun cuando se hablara en secreto, uno debía callar lo que se pensaba, por estar bajo el poder del gran hipócrita. de franco, nada. la censura pasaba encima de los diarios, de las revistas (señoritas, ese vestido es demasiado comprometido, decía el vejete de turno, algún zascandil de esos hechos para saludar con el brazo en alto). y no venían películas de verdad y reinaba el doblaje, soso e insalubre, pues ¡vaya a enterarse alguien en qué estarán pensando las estrellas!

el hipócrita, al igual que todos los «hombres fuertes», se cagaba en la gente, y lo terrible: la gente echaba la culpa del mal olor a los pimentones enamorados de libertad.

el sentido religioso me espeluznaba y todavía tiemblo al recordar, por ejemplo, cuando una vez una mujeruca con entorno de preservativo me preguntó de buenas a primeras, sin conocerme:

—señorita, ¿usted no va a la santa misa?

contuve el coraje y respondí sonriente como lo hacen los negociadores políticos:

—prohibición médica, pues, en cuanto entro en una iglesia, es incontenible el deseo de arrodillarme y soy operada de entrambas piernas, ¡imagínese usted!

jamás esta beata romana volvió a franquearse conmigo, ¡faltaba más! ¿acaso yo le había preguntado cómo follaba?

a propósito, todo estaba en calma, en abstinencia, digo, si bien esa castidad sabía a conspiración. sin embargo, más podía el miedo a pasarme ante un pasmarote que me confesaría su amor al dios único y se acostaría con varios santos, y eso había jurado no hacerlo a mi tío manuel, el cual estaba dando vueltas por el áfrica lejana.

cuando al fin volvieron, del tío quedaban algunos restos: tenía diabetes y eso lo postraba, pues ya no podía jugar a las escondidas en el retrete. ellos habían alquilado una choza con una huerta pequeña, de acuerdo con la propiedad, donde nadia hacía brotar con su varita mágica flores o lechugas de un aroma que percibía a la hora de hambre.

vivía dos hechos irremediables: la decadencia del tío y la censura con tonsura y sin ella. cohibidos, los españoles desgarraban en sus casas tacos tremendos, pero, al salir a la calle, cerraban la boca, no les diese el mal aire, ese aire de suficiencia propio de los triunfadores y los más hábiles para mover las falanges, pues nadie dejaba de hablar de las falanges, y así, en plural, por si acaso.

ya no corría el tiempo. pasaba igual que un anciano. nunca se me ocurrió preguntar qué edad tenía don manuel, pero sospecho (en españa se sospecha de todo) su

verdadera edad, la cual no voy a decir, no sea que haya entre ustedes algún amigo de decir las cosas francamente...

cuando ya se dio por hecho la llegada de la parca precedida de los galenos, por orden del tío nos fuimos a francia, donde todavía deben quedar los restos de ese hombre maravilloso, el tío más bueno del mundo, pues no conocí otros, y sófocles pasó a la historia como página no impresa.

lo enterramos en perpignan, donde había pasado la infancia y dos años de escuela y con pleno derecho, pues también tenía, como hombre previsivo, nacionalidad chilena, francesa y residencia en españa.

—tía nadia... vuelva conmigo a madrid.

como entonces no había telenovelas, no se desvaneció al escuchar mi invitación, y el sueño se concretó.

—nos cuidaremos entre las dos.

maravilloso, pues, cuando hay una relación, casi siempre uno se cuida del otro.

nos hacía ilusión compartir la vida. bueno, el hijo esperado por el tío no vio la luz, de acuerdo al refrán que dice: el amor es ciego. nadia me manifestó, durante el viaje, que tal vez era mejor de esta suerte. si hubiese nacido, sería un huérfano, y esta clase de personas generalmente son avaras de sentimiento, como me ocurría a mí misma: pero perdonen, pues lo recién escrito no acabo de entenderlo, y además, mi presente es tan hermoso que el pasado regresa igual que una película en blanco y negro proyectada con cierto doblez inexplicable, por lo de los doblajes.

éramos moderadamente felices y, de repente, la aventura.

fue una noche. habíamos salido a tomar el aire. un verano portentoso con el sol hasta las nueve de la noche, y

estábamos sentadas ante una mesa discreta. aceitunas, vino blanco.

—¿puedo? —preguntó el intruso al tratar de coger una silla para su mesa, donde estaba con tres amigos.

—no lo sé —le respondí con amabilidad.

el hombre se erizó y dijo de sopetón:

—es que no soy español, soy húngaro.

el pobre tío, en realidad, semejaba un garabato, pero mi desorden mental hizo que lo viera como un fantasma entremetido, casi prodigioso. además, pese a las trazas, no parecía un mortal cualquiera. nuestras miradas se cruzaron como ocurre en las novelas de la corín y, aunque se llevó la silla a la otra mesa, al cabo de un rato breve tomó la susodicha silla, la trajo hacia nosotras y preguntó otra vez con cortesía de extrema izquierda:

—¿molesto?

no, en absoluto, pensé, aunque nadia parecía extasiada ante lo real de la escena.

ya sentado, se creyó primer actor, reclamó al camarero un vaso de vino y nos propuso acompañarlo en la ceremonia, a lo cual estuvimos dispuestas.

—los hados disponen los hechos —balbuceó.

—¿cómo te llamas? —preguntó nadia en su francés inveterado.

—laszlo —y añadió un apellido heterodoxo, impronunciable, para causar carraspera. si bien la gente suele decir que nunca soy correcta o que soy incorregible, demos gusto a la gente y no escribamos el apellido absurdo con muchas consonantes y ninguna rima. empero, cuando recité mi nombre, él se quedó bobo y desamparado,

igual que si la lluvia le hubiera sorprendido al salir con un traje carísimo a la calle.

—nunca había oído ese nombre. el de nadia me parece más real.

—laszlo —dije—, tampoco su nombre suena a presente. ¿me puede contar dónde nació?

bebió el vino a porrazo limpio, se quedó mudo. solo después de un tiempo largo suspiró, al tiempo que ponía una cara de ayuno:

—nacé en algún lugar en húngria, pero ahora tengo pasaporte de apátrida y, gracias a un buen amigo, puedo vivir este resto en españa.

—y sus restos, ¿dónde irán a parar?

se desconcertó totalmente, lo cual probaba que no era totalitarista. nos convocó para escuchar su secreto:

—soy nihilista.

—¿teme por su vida en estas condiciones de vida española?

—no, solo lo saben ustedes.

me pareció que se trataba de una persona sincera y sin dinero.

sus ojos me fascinaban; tenían cierto color verdinegro evanescente o concupiscente. después de todo, hacía mucho tiempo que no ejercía mis funciones de hembra y mi hambruna ese momento adquirió dimensiones explicables. lo inexplicable era mi preferencia súbita por ese individuo sin patria y, a lo mejor, sin cama.

entramos al «tú» con desparpajo. ambos lo habíamos aprendido de los españoles. nadia, empero, se mantenía en otra estepa, como si nuestra leyenda, la que tejíamos en ese mismo instante, no la concerniera. su astucia era enorme:

—¿crees que podamos vivir los tres en la misma casa?
—me preguntó en su pausa, cuando laszlo se fue al servicio.

solté la carcajada. nadia me conocía más que la madre que me parió. ¡mierda, qué hermosa puede ser la vida!

cuando regresó, advertí su falta de machismo, pues no salió de su escondite con la mano en la bragueta, signo de masculinidad errada. lo hacen de manera inconsciente.

nadia propuso, en la diversión máxima, beber otro vaso.

chateamos con ligereza, mientras las palabras botaban sobre la mesa y nos divertíamos como presos en recreo. no había miradas turbias ni malos pensamientos. todo era positivo y ya me lo imaginaba en mi casa, desierta antes como el sahara. con sus palabras suplicantes y a mí misma sin ropa exterior ni interior. además, sus elogios me conmovían:

—tu edad me parece maravillosa, es la verdadera edad de una mujer.

—supongo que tú bordeas los mismos cuarenta.

—en cuatro... (su español tembloroso, claro).

al principio creía haber captado una alusión sexual, pero enseguida, dada mi perspicacia, supe que decía cuarenta y cuatro. la combinación de su edad y la mía era promesa de una noche sin vasallos, o sea, avasalladora, y salimos los tres a la calle. era tan educado que, para no contrariar en nada a mi tía rusa, se colocó en medio de las dos y hablaba con ambas como si tocara un piano bien afinado.

no se dijo nada claro, pero se sobreentendía cuanto fraguábamos. no se olvide: lo pensado por la pareja inocente era pecado para ese entonces.

¡qué hambre tenía el desgraciado en el desayuno! nada se las sabía todas y había preparado uno succulento. laszlo no decía nada, era todo jugo gástrico.

nadia me veía con disimulo.

—sí, totalmente feliz —dije.

—¿qué hace usted?

laszlo dejó la tostada con una educación asombrosa, se limpió los labios con la servilleta y respondió que era fotógrafo y trabajaba para «blanco y negro».

¡ningún vago, coño! y yo lo había juzgado de manera irrefrenable. se lo dije y pedí disculpas. puse enseguida freno a la imaginación y llegué al extremo de la honradez cuando le conté que mis dientes de arriba eran postizos.

su español me sorprendía. dónde lo aprendiste, pregunté.

—los centroeuropeos tenemos debilidad por los idiomas.

—más bien diría una fortaleza soberana; dominas la lengua.

—no creo muy sensato hablar de esto en el desayuno —intervino nadia. luego, como arrepentida—: perdonen ustedes, es la falta de costumbre. —y se sonrojó a tal punto que salió del comedor en busca, decía ella, de un pañuelo, pero no le dimos crédito. laszlo me explicó que eso ocurre con todos los rusos desde los tiempos del zar.

así, repentino, abierto a la vida, vino el nuevo amor, aunque debo certificar: no fue tan hondo como el sentido por el teutón, menos hermoso que el amor

incestuoso por mi tío, y menos tierno que el reciente, venido cuando ya parecían abandonarme las fuerzas, como parecían haberme abandonado los amigos en las calles de madrid y guayaquil. aprendí a mentir un poquito.

—¿dónde naciste, edu?

—este... este...

—¡menos mal que no en el oeste! —dijo laszlo, un encanto de ser.

las mentiras venían por necesidad.

una buena tarde, o tal vez regularona, se presentó de malas a primeras la propietaria. tenía cara de matasellos y seriedad de alguacil. lo supuse cuando dijo con voz cavernosa:

—vengo por un asunto serio...

no repuse nada. a los entremetidos, nada les molesta tanto como el silencio. la vieja nadaba pesadamente, mientras las olas... bueno, se apagó la inspiración, y la desgraciada no daba ni para una línea. esto es un esfuerzo sobrehumano, esto es una mano sobre la otra.

—mire, no tengo nada contra ustedes, pero los vecinos se quejan.

—¿del ruido que hacemos en la cama? —pregunté.

laszlo asomó en ese momento y la vieja lo miró con odio levítico.

—bueno, no puedo soportar a los arrejuntados...

—nos trasladaremos de inmediato, pero, sepa usted: su actitud es veladamente cristiana, es decir, tal como ustedes los españoles practican las encíclicas.

—dios bendito —dijo la vieja, y se santiguó; luego fijó su llama en la traza del pobre laszlo, que se sentía en un campo de concentración, y se marchó sin elegancia

alguna, mientras repetía dios santo, dios santo, adónde hemos llegado.

laszlo se sentó a mi lado y me previno:

—no es solo aquí, sino en todo el mundo. la gente no soporta el amor si no es con timbres.

nadia regresó de la calle y le contamos las viejas, no las nuevas, pues, al entrar, ya le había dicho la portera con voz de tortaquemada: ¡infelices, a la calle!

—¡curas en la sopa! —grité desahuciada.

—no vale la pena el enojo. conozco dónde vive un amigo de verdad y precisamente ayer me dijo que estaba desocupado un apartamento de tres habitaciones.

no me gustó para nada el nuevo departamento. ruidoso, algo oscuro, y a mí me complacen las casas claras, a pesar de que la palabra clara me fastidia hasta un extremo indecible. entonces, no lo digamos.

pero urgía dejar ese convento lleno de reglas, porteros, comadres, y andaba yo desesperada hasta una tarde, medio aburrida, tanto la tarde como yo, cuando vi un letrero: se arrienda. era un octavo piso; interior, pero con una ventana al patio. se me antojó hermoso vivir así.

la propietaria era una mujer avispada y dueña de una carnicería. la bauticé enseguida como la marquesa de la pulpa. el marido era vigoroso y simpático.

el contrato se firmó esa misma noche por una suma entonces moderada y hoy un disparate desde que españa cambió las comunidades de frailes y curas y entró en la comunidad europea, donde hay menos incienso, si bien todo se ha elevado y está la vida apenas respirable.

al otro día, con gestos bien templados, dejamos a la vieja de marras con su jefa de coadjutora y entramos triunfalmente en la casa de la señora marquesa, la misma que, con gentileza, me regaló una punta de cadera tan inmodible que laszlo, pensando mal, supuso que ella se había rebanado la propia.

nadia era como un hada. lo hacía todo y cocía al mediodía. en la noche, poca cosa. el desayuno, soberbio, por orden del nuevo hombre, magnífico bebedor como buen húngaro.

mas algo presentía. nadia siempre se distinguió por su discreción, y así, de repente, algo más de un año de compartir la vida, se marchó por la noche. al notar que no estaba listo el desayuno, llamé a su puerta. nada.

había muerto en el sueño o soñaba en la estepa inmensa. nadie lo sabrá.

el entierro, en el cementerio civil, gracias a un médico, de los pocos cristianos de este mundo: hubo certificación de muerte natural producida por infarto, y de infarto era la cara del inspector que salió de alguna arteria a curiosear la función o defunción.

laszlo, dos amigas y yo. un sol hepatidifunto, pues ya se había marchado el verano. entonces, por primera vez, sentí miedo.

—por favor, no me digas eso horrible de «es el origen de la vida».

laszlo calló, pues él pensaba que la vida se reducía a nacer sin saberlo, a vivir casi inconscientes y a morir sin saberlo. no me digan rilke dijo morir la propia muerte, porque detesto a los poetas. hacer poesía es pecado solitario, un acto de egoísmo.

laszlo, al llegar al apartamento, puso música. la idea era hermosa, y me sentí transportada a santiago de

chile, pues el de compostela deja hastiada. música de verdad, algo desconocido para mí hasta ese entonces, de mahler, pero ahora recuerdo qué era, es extraño, porque en ese momento la emoción fue intensa, parecida a renunciar a todo lo inmediato.

a las diez de la noche, los dos dábamos cabezadas a causa de dos botellas de ginebra. no solía beber eso, pero era demasiado tarde para salir en busca de brandy. fuimos abrazados a la alcoba y él, al cabo de un rato, roncaba en medio de alguna selva. decía liana, lo dijo tres veces en la noche. yo dormí algo, me desvelé hacia las dos y fui a la sala para beber dos tragos más. cuando me percaté eran cerca de las cinco y me había quedado en la sala, seguramente conversando con nadia. quién sabe, amedrentada, regresé a la cama, pero el sueño no fue largo.

—hoy voy a hablar con una mujer que sabe algo de español, pero con un gran gusto por la cocina. tú odias esos peroles...

sentí tal gratitud que me brotaron las lágrimas. lazlo añadió:

—voy a cuidar tus manos.

—yo tu siesta.

al borde del melodrama, salimos a tomar desayuno en un bar de la esquina, y lo hicimos a placer. es una hora amada por mí. todo era maravilloso, aun aquella lluvia de esa mañana borrosa con un cielo abochornado.

nadia, ¿qué haces? ¿por qué no despiertas?

no creo ser una persona equilibrada, es decir, una mujer a medias; pero sentía miedo de que los nervios comenzaran a jugar fuera de mí. ahí estaba lo grave. ¡dentro, como quiera!

—todo regresará a la mortalidad.

—disparates. en primer lugar, nadia no puede regresar, y en segundo lugar, no soy normal.

nos quedamos un rato en silencio, bellissimo silencio de dos seres que comparten la vida a más del colchón.

—edu, perdona mi carácter, tal vez...

—zarandajas, cada persona tiene su carácter y su sexo. lo que ocurre es que soy tan rara que, si me diera angina de pecho, me daría a los dos. a propósito, laszlo, la angina de pecho imagino que será como aquello de la contrición perfecta. un día trató de explicármelo esa bestia parda, la mujer de sófocles.

—¿y si fuera estupendo morir?

—te ruego, laszlo, echar tierra sobre el asunto, porque solo pensar en la cantidad de tierra amontonada sobre la tumba de nadia me estremece. es como si sintiera dolor de muelas, lo cual tengo la impresión que es más grave que el parto, el de los montes, ¡coño!

zanjamos la discusión inútil desarrollada en apariencia, pues ninguno quería hacerlo y mi compañero, al día siguiente, regresó feliz para decirme que la revista lo enviaba por un mes a portugal para hacer una serie de reportajes sobre temas equívocos y harto delicados.

—¿no te lo decía, bobo? solo el presente es maravilloso.

los fados en las noches son como los pasillos ecuatorianos. te joden, pero descubren el origen lejano de nuestra sempiterna tristeza. la música triste te vuelve coprófago de recuerdos, porque, al fin de cuentas, ¿no terminas hecho mierda?

lisboa me atraía a cada paso, si bien ese vientecillo soplabla dejando bastante angustia. además, el portugués (tanto el idioma como el habitante) resultaban una sorpresa divina. sin embargo, ellos también estaban

viviendo otra dictadura romana y en la misma forma enfática, con sermones y discursos bordados en escritorios amplios, llenos de luz y alumbrados con las luces de los militares.

no soy antimilitarista. mis tres uniones marcharon bien después de haber dado sepultura al joven pablito, de quien, no sé por qué ratas (para no decir demonios), llegaban noticias: cónsul en amberes, secretario en honduras, procónsul en marsella, otra vez metido en honduras.

laszlo me obligaba a visitar sitios increíbles, pero no decíamos esta boca es mía, pues nos enteramos que el estado era señor y dueño de todas las bocas. pero esto, de una manera u otra, sobre todo otra, ocurre en todos los países del planeta agua, al que tratan de hacerle tierra los poderosos.

mientras tanto, para mejor ambientación, descifraba en portugués al insigne eça. estaba leyendo su «crimen del padre amaro»; fue entonces cuando laszlo, quien también sabía lo suyo, me contó algo sobre ese portugués amable e irónico: ¡solía escribir de pie, era vegetariano!

—ah, pero rossini —le dije—, mi ídolo, escribía su música en la cama.

—edu, te vuelves belicosa.

—y también varicosa —apunté y disparé.

—no digas disparates. yo creo que los fados te están volviendo...

—me conozco mucho antes de que me conocieras. luego existo de manera diferente a los demás.

dejé de leer a eça, lo cual fue pecado momentáneo, y tomé para variar una obra prohibida en españa y

adquirida por nosotros en una vueltecita dada por andorra. se trataba de «la forja», de barea, español disidente, habitante en la neblinosa entelequia llamada london.

¿saben lo que ahora me siento, a mis años? babel: soy una confusión de lenguas y bebo, para calmarme, infusión de toronjil. ya van nueve tazas en añicos, pues las coloco al borde de la mesa de operaciones, digo, de mi escritorio, donde sumo, resto, multiplico y divido mis actividades. yo supongo que estoy tan nerviosa porque carlos está ahora en toledo, y yo me siento en lisboa y creo que es él quien me guía por la ciudad... ¡ah, plaza del rocío! y el sitio amable donde tomábamos caracoles, no mejores que los de don amadeo, en madrid, con altramuces, esas curiosidades de la tierra llamadas en ecuador, de manera inverecunda, ¡chochos!

laszlo me decía «chocho era el nombre dado por los andaluces a esas deliciosas habas, casi gorgoritos». sí, son como habas transparentes, y el sabor me embriaga de recuerdos.

carlos no llega sino en el tren de las cinco, y es que anoche tuve un desvanecimiento. fue pequeño. no creo que sea aún hora de desvanecerse así porque sí.

solícito, carlos salió en busca de socorro y trajo lo único hallado a esa hora: un doctorcito minúsculo en estado de beatitud (se notaba a leguas el haber bebido más de cinco vasos de brandy).

yo cerré los ojos para dejarle hablar libremente.

si estaré loca de remate: carlos no se fue a toledo sino a pascuales, como que llegamos hace una semana a guayaquil y alquilamos un apartamento, para mí, agradable y fresco. es la vejez bendita y confundo los hechos, lo cual me hace o vuelve una historiadora de verdad, ¿no lo creen? ¿cómo se escribe la historia? de espaldas, hijos míos, o de puta, como gustéis, que decía aquel inglesito de avon.

pues, ya les contaba, el borrachín me olía. con los ojos casi cerrados como yo.

—y dime, carlos, ¿bebe toda una botella?

—quizás algo menos. temo su muerte, horrible, sin haber terminado sus cuentas, perdón, sus cuentos... no lo sé, no permite leer nada de cuanto escribe.

el borrachín me caía cada vez más simpático:

—la señora debería dejar su hígado a los domec.

abrí los ojos:

—usted es el mejor médico conocido en mi existencia alargada por carlos. —y hasta me puse cursi—: ¿verdad, amor mío? —pregunté con voz ultravioleta o de soprano muy ligera...

carlos se sentó a mi lado.

—¿qué te sucedió?

—sentí un imposible odio por ese ente llamado utta.

—¡la gran puta! —dijo el médico.

—no, la sirvienta alemana que insistía en autoproclamarse empleada de hogar, y su costumbre, como es lógico, era hurgar.

—un error de mi antecesor.

—no vengas con eso, pareces político fracasado. lo dicen todos los gobiernos cuando no hallan salida. lo que sucede es el sentir los recuerdos aullantes, fastidian como perros en el momento de escuchar a schubert. ¿le gusta la trucha, doctor?

—ahumada.

laszlo, digo, carlos, no, laszlo... bueno, voy a desvanecerme otro ratito. ¿me perdonan? vuelvo enseguida con más dibujos animados.

desde la aparición de utta, la empleada de hogar, con su carta de recomendación, su cuerpo aguerrido, su apariencia de tanque blindado, sus senos logísticos, como para alimentar todo un cuartel de teutones en el frente, su espalda tibetana, sus piernas jónicas, su barriga preponderante y las manos igual a los martillos de un herrero de la edad media, con su edad indefinible, los incisivos ostentosos, sus preguntas de la misma ralea, su español aplastado, su delantal de carnicero, sus ojos halógenos, capaces de destruir la semioscuridad de mis pensamientos, sus labios carnales, su nariz como para oler distancias de hastío, su apetito voraz, pronto a devorar un guarro en el desayuno y una vaca sagrada a la hora de la comida, supe de manera decidida que no era la mujer ideal.

—buenos días, soy la nueva empleada de hogar.

y vi entonces entrar al zepelín en el hangar inadecuado. luego, hizo tal ruido en la cocina, como para convocar de inmediato a una nueva conferencia de yalta, a fin de repartirnos el mundo; pero el mío era demasiado hermoso, y me negué de inmediato. firmar la paz con esa fábrica de municiones habría sido torpeza histórica. así, pues, me encerré en mi silencio y permití, solo por dos días, que aquella bestia salida de la selva y no de la negra, tan hermosa, ¡profanara mi hogar por un lapso hiperbólico de dos días! a la tarde tuve la sensación de ser la mísera polonia invadida por huestes huroneras, y salté de mi asiento lista a la lucha. ¿acaso era la hija de goebbels?

al tercer día, lo cual tiene ribetes bíblicos, terminó ese folletón.

a las ocho y veinticuatro del tercer día, escuché los gritos, aullidos, de la alemana incorporada a la primera

división de mi casa, pues habíamos discutido laszlo y yo en forma casi cordial. fue así:

—o ella o yo.

—eso es abordar un tema sexual antes del desayuno
—replicó laszlo mientras se enjabonaba los testículos con una invención japonesa.

yo reposaba desnuda sobre el lecho donde horas antes o después, habíamos... pero esto me suena una vez más a texto descubierto por la corín tellado.

entonces, llegaron los gritos.

—es la voz de...

—sí.

el regocijo sentido era semejante a un orgasmo iniciado en un tríciclo.

él se secó el cuerpo con una rapidez de luz. se puso un batón y salió hacia el descanso, lugar desde donde salían las puertas de los cuatro departamentos de la mansión levantada por el gobierno.

la noticia era real: utta estaba en el ascensor, suspendida entre el quinto y el cuarto piso. ya no daba gritos, pues se había privado de razón. el presidente de la comunidad, única elección permitida en la españa de las falanges y meniscos, se pronunció en estos o parecidos términos:

—señor, esa doncella es un peligro público.

la operación rescate duró dos horas, hasta lograr extraer de la caja móvil al ente, nunca más pesado, pues estaba inconsciente.

cuando recuperó su maldad nazi, la bestia eructó en la cara de laszlo, quien no podía sospechar hasta qué extremo podía llegar la crueldad del bigotitos, a pesar de estar muerto, carbonizado y brosterizado:

—exijo un mes de paga y además, otro de indemnización, pues acabo de experimentar el tormento más atroz de mi vida.

cómo me habría alegrado si hubiese sido la muerte. pero ahí, en medio de la muchedumbre, la doncella hitleriana aullaba palabras sin sentido pésame.

laszlo, magnánimo, le pagó hasta el penúltimo centavo.

vuelvo enseguida, no se retiren; solo voy al baño a hacer gárgaras. me ayuda mucho para escribir.

utta, decididamente, no era personaje de autor moderno, sino del cojudo y lastimero echegaray y eizaguirre. recuerdo «el gran galeoto», vista en un teatro o anfiteatro, donde se desarrollaba el dramón de corte romano con manifestaciones nada políticas y sentimientos bajos, igual que si en ella, la obra, hubiesen actuado enanos.

utta despedida (sin lágrimas ni pañuelos con sabor a distancia ni luceros), se presentó en casa, cosa bárbara, nada menos que aminta, ecuatoriana, conocida por mí hace años y ahora turista a remiendos sin dinero en el madrid de posguerra.

aminta era suprarrealista, con un lunar sobre el labio superior, casi pedo, una voz que llegaba desde cerca con obstinación, impertinencia y al mismo tiempo un sentido rarísimo de distancia imperceptible (releo y veo que lo acabado de escribir, tiene ribetes kantianos, seguramente por haber anoche discutido de filosofía con mi compañero. ya se sabe, las mujeres no saben nada de filosofía y solo de astronomía, por eso de los precios en las nubes), y terminamos al mismo tiempo. joh, lo inconcebible!

aminta, con la voz en constante ajeteo, limpiaba por aquí, mas nunca por allá.

—¿qué es esto? —preguntaba con horror laszlo.

—el cadáver de una mosca, y el velorio no ha terminado.

tales respuestas agradaban sobremanera al inmigrante con pasaporte de la cruz roja.

—voy a ausentarme por dos días. no pienso que debas acompañarme, pues se trata de una misión monológica.

aminta y yo hicimos un dúo como para componer una ópera barata, escenarios verdaderos, el de la cocina o la sala, y nos divertimos al extremo de hablar a ciegas, algo parecido al diálogo de sordos con audífonos especiales, esos para captar las ondas lejanas del valle de arafat, pues lo de josafat no me lo mete nadie.

en otras palabras, mientras mi compañero estuvo conmigo, fui enteramente fiel, y pienso lo mismo de la conducta del húngaro, quien, después de ese intervalo, se sentó en la sala y exclamó rendido:

—¡coño, qué cansancio! he tomado más de cien fotografías de ancianos, pues debía ilustrar una crónica sobre la tercera edad.

—¿es lo mismo que la edad de piedra? —intervino aminta.

laszlo me miró como si acabara de regresar del helesponto:

—¿de dónde salió esta criatura?

—es una especie por extinguirse.

zoológicamente considerado, el asunto merecía capítulo aparte, como para ser descrito por orestes, el cendrero.

como ustedes, tan inteligentes como nadie, puesto que ven todas las tardes las telenovelas de moda, el tiempo discurre sin sobresaltos y la vida es el campo de agramonte o de brabante.

no me discutan, pues tengo una resaca de petrolero. anoche bebimos carlos y yo para celebrar el treinta de abril, víspera del uno de mayo, día de los trabajadores, y los dos amanecimos rendidos de amor.

—¿huevos?

—ya lo creo. la vida es tan difícil.

el diálogo se desarrollaba en la mesa, a la hora del desayuno. pensé con nostalgia en aminta y su lunar, tan grande que se me antoja, en la lejanía, solar. bueno, a propósito, ¿qué será del solar adquirido por mí hace fechas, en san isidro?

callemos por discreción, ya que es laszlo quien ha puesto sobre el tapete un tema apasionante:

—se rumorea francamente sobre la salud del magnánimo: no es buena y se deteriora minuto a minuto; por lo menos, hay rumores de su ausencia en el polo.

—¿sur o norte? —preguntó aminta, pues no era tan vaporosa como nosotros en el arte de evadir el tiempo en épocas de la tonsura.

perplejos, seguimos masticando el pan de cada día y saboreando un café traído por la fámula del occidente lejano, es decir, del ecuador, pues la madre de aminta tenía la gentileza, cada mes, de enviar una bolsita desde san isidro, en manabí.

—¿y ese grano que tiene la doncella sobre el labio?

laszlo hacía, como ven, preguntas absurdas o a des-tiempo: aminta ya estaba en casa más de una semana,

y ahora, solo ahora, reaccionaba ante la gravedad del problema.

—¿y si se hiciese la cirugía plástica?

—laszlo, laszlo, todavía no se ha inventado.

los centroeuropeos, lo descubrí ese instante, suelen ser anacrónicos por no tener acceso al mar mediterráneo, donde se ha desarrollado la historia. y de pronto, laszlo soltó la risa:

—no te asustes, estaba leyendo una historieta cómica y luego vi esta caricatura de mingote.

—¡coño! —intervino aminta con fina educación.

no he escrito nada en varios días a causa de la descomposición. sí, de estómago, pero principalmente de la máquina. obstinada, no deseo la computarización, sugerida por un ente malévolo. además, ¿cómo escribir de buena manera, si otra vez se entremeten en mi vida y en la de los seres más nobles los americanos babélicos? como es lógico, me refiero a esa raza inventora de la higiene. me baño, amo el agua, pero odio los desodorantes. ya lo dijo pedro el orgasmista: un coño debe saber a coño y un macho, a longaniza de lo mejor. sin embargo, estos norteamericanos, inventores de muchos objetos necesarios y razonables, ahora, en el colmo de la insania, equiparan el cigarrillo a la droga. cuando carlos, ayer, entró en la habitación para mostrarme el país, no daba crédito a semejante noticia: «¡prohibido fumar en los vuelos de menos de dos horas y multa a quien lo haga en los retretes de todos los aviones!». ¡hijos de puta o de inglés descolorido en indígena lisa y apache! hacer eso, prohibir fumar y decir que el cigarrillo es una droga, es tender una cortina de humo para ocultar el comercio de

la droga de verdad. en este peculado (la palabra tiene semejes cachondos) andan metidos altos personajes y también bajitos. una azafata, esas listas a follar entre vuelo y vuelo, tiene el descaro de afirmar que siente miedo por haber inhalado, durante su larga carrera, el humo de dos millones de cigarrillos consumidos por los consumidores de esa compañía; otra de jesús, sospecho.

además, como si lo anterior fuera migaja, veo atónita que el pontífice (desde mi llegada a españa, ya no digo papa, sino patata, por eso hablo de la patata o pontífice de los levíticos, y miren con cuánto respeto lo trato, pues personalmente no quiero tratarlos), bueno, ese señor, con su liquilique a la moda, ¡va a viajar otra vez a suramérica! sucede en realidad que la religión cede su paso a la vida sana. la superstición debe retroceder ante la naturaleza. tal mi razón para detestar la higiene falsa y las comodidades vulgares de los norteamericanos, donde un pollo sabe a lechuga y la coliflor a sexo. todo está pasteurizado, adocenado, acartonado, lo cual explica hasta la saciedad la proliferación o floración de los homosexuales en toda la faz (¿o antifaz?) del planeta agua, ¡ahora amenazado de muerte por la moderación, el recato, la higiene, la analítica y la computación de los americanos babélicos! no hay persona para entenderlos. son reptiles.

mi detestación es, ha sido y será a todos los dogmas o supersticiones. ¿verdad, tío manuel, que te sientes orgulloso al saber a tu sobrina portadora de tus ideales? ¡ah, si los muertos hablasen! sería mucho más agradable escucharlos, pues los oradores u orates de la actualidad son bestias desaseadas, seres capaces de pactar con dios, ese dios pretendido y ultrajado, con tal de ganar un puestito donde fuere. lo único importante

es el dinero, esto sí higiénico, es decir, bien lavado. de otra manera, es dinero para desgastar al ser humano y engordar al capitalista inhumano. nunca haré lo de los comunistas, esos entes manipuladores de las encíclicas de marx.

yo soy fiel desde la cuna. odio el poder y detesto, por la misma razón sabia, a los impotentes. y no son sino de esa laya quienes gobiernan en beneficio de la patria, que significa en el nuevo diccionario fabricado por la computadora «bolsillo de los dignatarios». o urinarios. basta.

felizmente, con carlos a mi lado, la vida, cual decía demóstenes, es más sabrosa. sale del baño y viene a mí del mejor talante. nunca he dudado de su inteligencia: vive conmigo. ¿no es esta la mayor prueba de su ingenio? y, gracias a los dioses, no tiene azúcar en la sangre, he alabado, pues el quiteño, para vengarme de las circunstancias, inventa la risa pantagruélica y desfleca los días como trajes de mujer. bueno, el quiteño de raza, con certificado de la real sociedad canina, pues casi todos los hombres son hijos de perra. coño, advierto mi mala leche. ¿saben la verdad? anoche me indigné al leer a pedro antonio de alarcón. ¡tanto nombre y tantas páginas para decir soy español de talla media!

es fácil percatarse de mis humos y pujos literarios. ayer tomé como seis tazas de gazpacho preparado por carlos, maravilloso en la cocina, y me vino una suerte de diarrea casi vasca y hoy tengo pujos. por eso lo de mi literatura matutina, lo cual me diferencia de mi sobrino paco, quien siempre escribe por la noche... para molestar con el ruido de la maquina a una vecina, fastidiosa hasta un extremo inconcebible. la radio pronostica para hoy una temperatura de 32 grados. yo no fui ni al primero. me agrada ser así. no haber tenido la jaula maldita de

la escuela, ni haber soportado el aliento monjil de una profesora con la regla en la mano... ¡algo escandaloso, un mal ejemplo!

debes vivir más, edu, me digo, y acepto la pócima de caballo chupa de carlos, el alquimista, pues ha trocado mi vejez en edad dorada. he aquí otra diferencia con los escritores ecuatorianos (no tomo en cuenta, ni en cuenca, a cresco toral. ¡ah, el inmenso aburrimiento producido por sus páginas durante una noche de desvelo, allá por el año no sé cuántos, cuando me dio por desvelar la verborrea del país amazónico!); sí, los escritores ecuatorianos escriben con ira, una venganza tenebrosa. tienen, después de nada, razón. cómo se puede escribir regocijados en una nación donde la inquisición está en las manos de las señoras de sociedad, esas brujas melifluas que suelen volar a eso de las seis de la tarde alrededor de la cúpula de una iglesia gótica acementada, ¡con lo caro de todas las necesidades y la carestía del cemento! debe ser porque todo el cemento habido en el ecuador se empleó en hacer ese monumento insolente en pleno siglo de la molécula partida o del átomo desperdiciado.

una mosca maldita y verde no me deja escribir. ordeno cremar mis despojos para que estos insectos repugnantes no me hagan visitas a la hora de mi solitario... placer de leer y leer hasta el delirio. balzac y flaubert. ¿hay algo más? sí, me olvidaba del divino stendhal.

rabalais y anatole son punto aparte.

aun diderot. y, si comienzo a recordar, entonces abrumaría a los lectores futuros (no hay presentes ni testigos de este testamento en el cual dejo todos mis bienes y parabienes a los hijos y hermanos dados por la vida. no la sangre, pues un hermano, testigo de jehová, me ha

dicho que la sangre, bueno, espero el entendimiento de ustedes. lo de hermano lo dije para regocijo de la secta).

amanecer en mallorca, junto a una cala.

aminta, como un supositorio, se había colocado entre nosotros para esas vacaciones. la cala era bellísima, pero había, para colmo de la dicha, una mancha oscura en la piel de la mar. era petróleo, si bien no podíamos aprovecharnos de ello, por ser el derrame de un barco.

—el agua está contaminada.

laszlo se puso triste. había comprado un pantalón nuevo de baño y no pudo, por lo menos esa mañana, usarlo en otra parte que en el retrete, eso es, pues ahora, por puritanismo, opus no sé cuántos, se lo denomina «baño».

—¿me presta el baño? —pregunta la visita elegante.

una contesta luego de reflexionar con lentitud y seriedad:

—la bañera está sucia.

la visita se turba, carraspea, balbuce:

—bueno, la taza...

una mira a la visita con interés casi apolítico:

—aminta, traiga una taza para la visita. —la visita se estremece. está a punto de orinarse en la sala junto al piano. toda una sonata.

aminta, solícita, aparece con la taza de consomé.

—es consomé de ave de corral —anuncia con fe y alegría.

la visita se compunge.

—oh, no, bueno, yo decía...

aminta, letrada como toda empleada de hogar, interpreta:

—el sabio decía como decíamos ayer...

y entonces es cuando, con refinamiento, se oye el rumor de un pedo solitario, con lo cual la interesada cobra un aspecto diferente. y sin embargo, más puede en la visita el candor levítico y con un pretexto vano huye de esa casa de gente sin dios ni baño.

laszlo estaba indignado con aquel barco que había dejado su cagarruta petrolífera en el mar mediterráneo. bueno, estábamos en ese sitio gracias a un tour de la casa bianciotte, tantas pesetas por persona, en una cabaña tan hermosa como pobre, tal para recordar los tiempos de guerra.

a la hora de la comida, laszlo no pudo más y dijo por lo alto:

—esto es bazofia pura.

aminta, al oír por vez primera la palabra, se quedó putrefacta.

laszlo tuvo la galantería de explicar a la doncella el significado de este vocablo furtivo.

en efecto: sobre la mesa estaban platos con fiambre de persona rica, pero, al fin y al cabo, fiambre; cuatro aceitunas poco aceitadas y una porción de arroz pálido.

aminta trató de masticar algo y enmudeció de espanto. laszlo, por su parte y no la nuestra, mostró su enojo al poner una cara especial, con una palidez tan extraña que hizo murmurar a la doncella:

—me siento pielroja ante un carapálida.

—aminta —protestó laszlo—, a partir de ahora deberá hacer la comida en la cabaña. al fin y a la postre, hay una cocina y a usted no le faltan manos.

—eso mismo decía mi novio.

nos enteramos de esta manera que aminta ya había dado su pierna a torcer, algo desacostumbrado en el

género humano y habitual en el reino animal. hay autores para quienes la coyunda también la realizan las plantas, pues, antiguamente, cuando un hombre deseaba follar, decía a la pretendida: estoy a sus plantas.

nos levantamos de la mesa con aire yodado y airado y espetamos al funcionario indiferente de ese establecimiento:

—¿usted sabe lo que nos han servido?

—claro que sí, las sobras de anoche; deliciosas, ¿verdad?

aminta faltó al respeto y eructó en la cara misma del empleado, para demostrarle la calidad de la comida.

—oh, deben ser las sobras de hace dos días. levantaré la protesta adecuada —manifestó con un interés vago.

—es culpa tuya, edu; escogiste el peor tour del mundo.

aminta, como no sabía mucho del mundo, estaba estupefacta. a la noche cenamos en la casucha.

se oía la mar afuera y los grillos dentro.

¡oh, gloria del verano!

no se podía hacer nada. la cabaña era estrecha y nos hallábamos como si cada uno vigilase al otro. la doncella era contraceptiva —neologismo por anticonceptivos—, pues los ruidos más pequeños suelen gastar bromas de intensidad insospechada. la castidad forzada nos volvió dinámicos pero levemente melancólicos, pero, al segundo día, aminta, toda imaginación, supuso que los dos... bueno, dijo que se marchaba para dar unas vueltas en el tiovivo del crepúsculo. entonces descubrí que hacer el amor en el ocaso era tan bello como hacerlo a la noche, a la mañana o al medio ambiente.

por la tarde, luego del baño en petróleo salado y la ducha en la cabaña, cuando había agua, de comer con

abundancia, hacer la siesta de una media hora, cada cual tomaba un libro. aminta, entonces, se descomponía. la lectura afectaba sus nervios, pues de inmediato se metía en el personaje con mayor complejidad, y lo más agradable para ella eran los libros de terror. sábado, por ejemplo, o palacio valdés, o el padre coloma. sus pelos se ponían de punta y era capaz de llorar a baldazos.

laszlo había descubierto a un novelista español desconocido en la españa misma: braulio foz, con una sola novela, titulada «pedro saputo». una delicia, como todo lo ignorado por la turba de los best-sellerianos.

de todas maneras, y a pesar del mal acondicionamiento y de la impertinencia encantadora de aminta, recuerdo aquellos días con un amor de madre, pues los tres hombres de mi vida fueron, en muchos sentidos, mis hijos.

advierto algo insólito: ¡mi edad es cada día más avanzada, como la ciencia! unamuno se quedaría de una pieza al escucharme. este autor del sentimiento mágico de la vida avala mi parecer, pues los peninsulares toman siempre la vida por los toros y yo pertenezco a la sociedad protectora de animales: recogí tres abandonados por la vida. sí, unamuno, una monada.

nunca leo en orden. mi tío manuel decía algo inolvidable:

—huye de la lógica y la solemnidad; los tontos son los únicos con derecho a mostrar virtudes.

esos días son también inolvidables por haber encontrado el libro más amado: «las ensoñaciones del caminante solitario», del desventurado rousseau. desde ese año hasta hoy, en mis ochenta, nunca ha pasado época en la cual no lo haya releído con delicia y la impaciencia

propia de una joven «creyente» en la esperanza o simplemente «amante».

los encadenados por las leyes, o peor, por supersticiones de índole religiosa, se escandalizan cuando alzo mi mano, pero los muy hipócritas se sentirían felices si yo levantase las piernas; por eso, hace días recibí una carta de mi sobrino paco, cuyo comienzo era: «carísima» tía.

al no tener hijos, nadie heredará de mí talante ni talento.

mi dinero lo dejo ya sabe para qué propósito, descabelado para quienes entienden de toros, pues a mí, después de la muerte de werner, el descabello, a las cinco de la tarde, me da bascas.

nada debo. tal vez deba injurias, pero las trago con las vitaminas del borrachín a cuyo cuidado me encomiendo. como nada poseo, nadie desea mi muerte, mientras en mí crece el ansia de perdurar. carlos es menor y yo lo miro como a una criatura, o muchas veces como a un anciano pobre, viajero descuidado sin billete para proseguir su itinerario.

pero estábamos (me siento acompañada, lector desconocido) con laszlo y aminta diminuta, en la mesa, por la noche, una cena como los dioses mandan. hay ocasiones en las cuales ella dice eso tan encantador de dios se lo pague, y yo bondadosamente le replico: es el amor, el amor lo puede todo. ¿vale algo llamar al dios dudoso si nos odiamos a nosotros mismos y envidiamos a todo quisque? uno de los pocos sacerdotes admirado por mí fue el padre fructuoso de evia: «el amor, hija mía, es maravilloso, mientras no se entera el esposo...». lo he recordado siempre y ha sido una de las razones poderosas para no contraer ni el matrimonio ni el sida, ambos mortales, digo, enemigos del hombre.

cierta noche salimos a caminar. aminta se quedó para escribir una esquila a una parienta lejana, como deben ser todos los parientes. la noche era estrellada como ocurre en los versos más cursis.

—laszlo —le dije con pasión—, jodio a los oradores, los poetas!

él me miró fijamente a los ojos y musitó arrobado:

—a pesar de las estrellas, no veo nada en ti de malo.

supe que me amaba de igual manera, en el presente, y en su mente no cabía el engaño, solo el presente es verdadero. el pasado es trapacea, engaño, y pocos son los seres con visión del porvenir. por eso, en las novelas españolas hay esta pregunta constante:

—¿qué nos depara la vida?

cabrones del mundo, desuníos (groucho marx).

íbamos con las manos entrelazadas cuando nos dimos manos a boca (¡la expresión es reveladora de la estupidez profunda de los hombres! una vez más estoy por el feminismo, pero sin revanchas de cocinera desahuciada... ¡cuidado!), pues nos dimos de bruces con una pareja de encadenados.

el encuentro fue encantador; pero a la noche siguiente, cuando laszlo dijo que éramos amantes, se persignaron y nunca más volvieron a vernos. sin embargo, mucho tiempo después, laszlo comentó haberlos visto a lo lejos. yo maticé.

—tienes una vista inmejorable.

pensativo, se inclinó, mientras echaba el humo de su trigésimo cigarrillo:

—¿me amas tanto como a ti misma?

—¡ah, los celos, laszlo, los celos! la vida es una cama de dimensiones colosales; por eso jamás he tolerado una

estrecha. solo la gente egoísta suele dormir tranquila en esos ataúdes blandos. mi vida es ancha y propia, para parodiar al cojudo de vargas llosa. ¿o lo dijo sofocleto?

como es lógico, laszlo lo tomó todo con seriedad.

—edu... —se detuvo como un tres en una estación desconocida, volvió a inclinarse—. edu, ¿alguna vez has sentido afición por la abogacía?

—no hay jurisprudencia al respecto —respondí tinosamente, y eso sirvió para aumentar el respeto de ese compañero maravilloso por mí.

en la noche nos amamos, una vez más, sin leyes.

—sí, laszlo, habría estudiado código penal para defender a todos los seres buenos de la ruindad de una sociedad confusa y deforme. la gente parece encarnizarse con las personas capaces de defender su personalidad. ¡cómo agradezco a tío manuel! nunca permitió a su sobrina ir a la escuela. allí se desodoriza toda inteligencia, se adocena el conocimiento.

laszlo había aprendido la lección. me sentí una madre de verdad. por eso, cuando un desaprensivo, en la ciudad andina, me gritó «puta», yo abrí los brazos y exclamé a voz en cuello:

—¡hijo mío!

la noche se hizo en mí una carcajada.

lo de voz en cuello me suena a ocurrencia de jorge isaacs.

si el aventurero del tiempo gastó más de tres mil palabras para demostrar el sabor del recuerdo encerrado en una golosina, por qué no se me ha de dar permiso para narrar sin hipocresía algunos hechos banales, esos llamados por los romanos pecados veniales, pues en las

capitales de provincia una lo pasa muy mal. recuerdo una tarde, por ejemplo, en palencia, cuando transcurrieron horas y horas sin otra variante que devorar, una tras otras, pasas.

así, pues, una mañana entró laszlo en mi recámara, palabra exigida por carreño, y al verme todavía en el lecho, algo entristada y con una batona soberbia, preguntó con el afán disimulado de los amantes de este mundo (no conozco otro, y no pienso narrar hechos dudosos de ciencia ficción):

—¿estás triste?

—no, dolorida. cruzo el mar rojo.

tal melodramatismo se hizo pedazos al entrar en el mismo momento aminta:

—ya no puedo más. el de los ultramarinos me preguntó dónde había dejado las plumas. desde luego le refuté con la rabia por usted inculcada y le dije poco más o menos: ustedes, los conquistadores, saquearon de tal manera nuestro país que no quedó una pluma. aquí hay pajarracos, pero los detesto y visto al igual que vosotros por cobardía mental, pues me gustaría ir en pelota viva.

laszlo la miraba como si revisara fronteras: de hito en hito.

—inaudito —apunté.

laszlo contó entonces haber escuchado rumores de cierta gente del vecindario, la cual nos tildaba de pimentones.

—fácil de refutar, laszlo; diles «somos nihilistas». los españoles no saben nada de nada y nos confundirán con los adoradores del nilo, ese río metido en australia.

—en egipto, edu.

—la geografía me enferma. todo son fronteras y pasaportes y visas y guardias civiles y militares. ¡nihilista, coño!

pero guayaquil anuncia el fin de un invierno singular. para comprensión de mis amigos de españa, debo informar lo siguiente: invierno en la costa ecuatoriana es la estación de las lluvias, y hace un calor de los cien demonios.

pienso, luego hoy debo pagar algunas obligaciones.

me despierto y sueño, oigo a españa dentro. pero prefiero morir aquí.

sin raíces, apátrida, cuelgo mi ropa o recuerdos o ficciones en sogas tendidas desde el continente viejo hasta la patria enferma en la democracia.

españa sale a mi boca, entra en mis entrañas. oigo su música, aun esa de andalucía, y la vida viene a mis pies y manos. danzo rumbas y me voy por peteneras, pero esto de regresar a mi puerto abrigado me parece la mejor elección y lo digo en vísperas de una contienda electoral.

madrid en el fondo, guayaquil en las vísperas de la muerte.

quito, córdoba, lejanas y solas.

acabo de hablar con ernesto pabón y me dice: quito ya no es lo conocido por ti. es una ciudad creciente. falso, es menguante.

mientras más crece en apariencia, más disminuye en comprensión de realidad. calles retorcidas, mentes desiguales, pies deformes y gente vulgar arañando el pasado, nutriéndose de religión, mientras se atraganta de chismes. ¡nada ha cambiado! por lo menos en guayaquil hay rumor de vida y bulla de futuro. allá, todo es ajeno, intrigante, vacío, lento, pesaroso y esquivo.

¿regionalista? ¡id a la mierda misma!

hoy vivo para el día de ahora, mientras carlos va de un sitio a otro, coloca los cuadros, nuestros cuadros amados, regalo de amigos invalorable.

mi casa, por fin mi casa. ¿la primera de mi existencia? mira a un brazo de la mar, y en la tarde, sobre un árbol vencido, caduco, se posan pato cuervos, presagio de males incurables.

—me falla la vista, laszlo, no, carlos. te ruego perdonarme, pasado y presente se funden.

—te tengo una sorpresa, he preparado una fondue de fromage.

—¡oh!

la ternura del amor convertido en amistad profunda, el respeto de dos seres en medio del desierto, al mismo tiempo que las parejas respetables exhiben su ignorancia y los abrigos nuevos, los collares y las esclavas de oro.

ay, aminta, te añoro. eran otros tiempos, ¿verdad?

ella se convertía en una persona de familia, tanto que a veces la miraba con el rencor o el recelo de una hermana. una experiencia insólita, en todo caso.

no, aminta, españa es universal, única. un día ha de morir el gran hipócrita y entonces todo será tan bello y cándido como una novela de hugo wast.

un día me desperté y vi, alucinada, que era el veinte de agosto de mil novecientos setenta. sonó el teléfono. era mi sobrino paco, para decirme:

—hoy se inicia mi vida. hui de la ciudad maldita y estoy al lado de ofelia.

—¿de qué lado? —picada, como es lógico, por la curiosidad.

aquella misma tarde vinieron a vernos. mi sobrino era el mismo de siempre, o sea, un conquistador poco frecuente. se dio modos para guiñar los ojos a aminta, quien vagaba de un lado a otro con su lunar. entonces, comencé a amarme más, brotada de la nada, impuesta sin leyes ni reglamentos, y nuestra amistad con paco fue para siempre.

me apena decirlo, pero él era un donjuán levítico, algo así como un cura romano que suele acostarse con todas sus víctimas, mientras ofelia, aldeana, en secreto exigía una casa y la seguridad del caso, pues, entre nosotros y vosotros, ¡la mujer se casa únicamente para la casa, los críos y la cocina! un mes más tarde conocí, debo reconocerlo, gracias a este sobrino natural y desaforado, a una de las personalidades más agudas atravesadas en mi vida. hablo de maría isabel arocha, venezolana, pero culta, displicente y soberana; era una reina en ese desierto de madrid, pues estábamos en verano. de hecho, la familia, breve, aumentaba. ya estábamos en la sala, a la hora de beber (para los romanos, la de rezar en familia), maría isabel, laszlo, paco, ofelia y aminta, pues a ella también le fascinaba beber vodka con zumo de pomelo, o toronja, según «vosotros-ustedes», como se dice en huelva o punta umbría (todo esto suena a poesía de verdad y no las huevadas de lorca o las invenciones del estalinista, quien intentó hacer residencia en la tierra).

aquello era reír hasta el delirio. beber hasta caerse, lo demás es vicio (mateo, cap. 2, versículos 1 al 234).

mi amistad con ofelia se convirtió en el pan de cada día. una ceremonia con ribetes religiosos, pues religiosamente nos veíamos todos los días lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábados. los domingos, ellos iban a los toros, hubiese o no hubiese, pues paco es fanático

de la tauromaquia, mientras yo, a causa de laszlo, prefiero la numismática.

ofelia inventada, la llamaba laszlo, y le sobraba razón. eso de «tras de todo hombre grande está una mujer» me parece horrible y machista. tras de mi sobrino estarían siempre sonia, isaura, yajaira, violeta, aura, etcétera, la más bella de todas.

cuando recuerdo cómo era mi sobrino, sorbido el seso por cuantas piernas contabilizaba en la semana, me da risa, siento un gorigori singular. solo ahora, cuando ha caído en la realidad, ha dejado de hacer versos a todas las damas pacientes anestesiadas con rimas, puedo perdonar su egotismo e imprudencia. entonces era un lope de vega, ínfimo aun en su arrogancia, a lo mejor reaccionario e ignaro. o a lo mejor lo ignoro.

—me agrada hablar con paco, le destrozo los esquemas.

le respondí: no es culpa suya, es la educación victoriana; le enseñaron a mentir desde la casa y la escuela. una vez más agradezco al tío manuel. él impidió una carrera parecida, ¡de católico nefando a hipócrita consumado! paco es un romano oculto, y eso debemos erradicar. ignoro cuál es el pesticida mejor para tales casos. es tan hipócrita que habla de dios y los curas con un respeto digno de mejor causa. es decir, se le debe encauzar hacia... ¿lo entiendes, amor mío?

—dudo —murmuró, como descartes, laszlo.

me irrita que el sobrino ni siquiera me haya nombrado en su novela «pares o nones». ahora lo hago en público: yo enseñé a mi sobrino el arte de sobrevivir por medio del cuento. se hizo narrador a costa mía. y a sus mujeres enseñé a cocinar como los mismos dioses, pues solo sabían cocer huevos, materia de bellas artes.

ofelia era la libertad, pero el poeta deshumanizado no comprendía nada. solo poeta. era egoísmo. me enseñó a detestar a los poetas.

aprendí, para ese entonces, algo de política, pues no siendo mi sobrina legítima o carnal, ofelia pasó a mi lado como la sobrina política. si bien había cambios continuos de sobrina... paco amaba a su manera. su mayor logro, hallar el nombre de verdad de la musa: cynthia. la de propercio.

laszlo los invitaba cada semana. la voracidad de los dos era inaudita, y aminta se quejaba, pues no aparecían restos para la cena, solo un ala de pollo, y con una sola ala no hay cómo sobrevolar, si bien las conversaciones eran de alto vuelo.

jamás, como corresponde a gente de veras culta, se hablaba de libros, de autores o de chismes semejantes. solo alguna vez se mencionaba una lectura cuando realmente valía la pena y nadie sabía cuándo había nacido el halacabuyas de rilke o cuándo había fallecido mallarmé, ese cojudo al cual jamás entendí, ¡o el gilipollas de baudelaire!

lorca estaba prohibido. igual echegaray, el padre coloma, palacio valdés, la condesa de ségur, chateaubriand a la plancha, pereda peñas abajo, graham greene janse-nista, mauriac ídem, kempis, vallejo el peruano, carrera andrade, devorador de zanahoria (sentencia de palacio, apóstol), la biblia en verso o en prosa y un largo etcétera que comprendía una legión de autores recomendados por el padre rivadeneira, ¡cuyo solo apellido ya es infamia desmedida!

fueron años maravillosos.

—edu, te amo.

dime, laszlo, ¿cómo eran aquellas tardes del verano último?

y él ya no está para dar crédito. hoy estamos en guayaquil.

en la terraza de aluche, los cinco, pues aminta no perdía ocasión, bebíamos mientras el sol se empeñaba en entremeterse en la conversación; se hablaba de todo.

a veces la reunión crecía. llegaban amanda y manuel andújar, el escritor más amado por paco, javier pardo y ester, y el conde de noroña, espiritado, especie por extinguirse de la faz o el culo de la tierra, y mara aparicio, la novelista cara de cielo. todos bebíamos sin reparo. maría isabel arocha arrancaba la conversación a cualquiera y entonces aquello era babel, pero tan hermosa, tan alta, que la noche demoraba. ¡la gloria del verano! madrid era la patria, la única, la bien amada.

manuel había editado «llanura». la leíamos todos, y después los otros dos tomos, cada una perfecta, si bien para mi sobrino paco la cima era «el destino de lázaro», pero sospecho que su preferencia se fincaba en la creencia de la resurrección, trazas de católico había en mi sobrino desventurado, que solo habría de comprender la grandeza del paganismo cuando logró salir del abismo (mierda, la poesía, las rimas y la hipocresía).

y un día, españa volvió a ser españa. el reino. el hipócrita enterrado en ese hueco funesto llamado el valle de los caídos, una infamia, millones de pesetas para honrar la guerra criminal de caín y abel, si es verdad la historia.

el rey se sentó en su trono.

al principio, hubo desperdicios. luego, llegó el orden y mi amigo felipe gonzález (posiblemente ya no se acordará de mí pues ningún político tiene memoria) comenzó a gobernar de verdad.

laszlo, radiante, gritó su alegría.

puse en la sala un retrato en blanco y negro (no soy racista, ya lo ven) del primer socialista español y esa misma noche casi laszlo se va a las manos con un comunista dogmático quien argüía que felipe era un traidor... ¡su madre, hijo de puta! felipe era nuestro. la política había entrado a la casa por la puerta grande.

mi sobrino cavilaba. aún no lograba salir del terror o la maldita tradición. costó rescatarlo, si bien jamás negó su tendencia anarquista, pues cagaba fuera del bacín.

otra vez debo repetir la frase escatológica del azteca rulfo: la felicidad no tiene historia.

la historia sagrada siempre me ha sacado de quicio y resquicio.

—amén —dijo aminta, loca como una cabra.

pusimos la mesa entre las dos y comimos a las tres, paco, isaura, amiga reciente de paco, manuel andújar, amanda, javier, mara y aminta. carlos, experto en su arte culinario y otros no olvidados, había hecho un gazpacho muy rijoso y, luego, una suerte de arroz a la ucraniana. la receta es tan complicada que no la transcribo, pero el secreto está en no poner arroz.

no, era carlos. otra vez la memoria de esta vieja máquina donde escribo ha vuelto a fallar. o mi memoria. era laszlo, lo sé.

—no eras tú, ¿verdad?

carlos me mira como si lo hiciese ante un charco y se arregla la corbata. él ama a guayaquil de una manera solo explicable en el hombre de la sierra que ha dejado la sierra y la cambia por el martillo. lo de la hoz, para los

estalinistas, pues, vamos a ver, a estas alturas del partido (el comunista, claro), ¿se puede ser tan torpe como un kagebé?

—aun la pornografía me parece más tolerable —dice carlos. pero laszlo era quien presidía la ceremonia.

maría isabel llegó a los postres y puso dulce la ceremonia. paco y maría isabel se habían descriado juntos, de ahí el afecto profundo y no automático, como ahora sucede con las amistades, a tal punto que uno desconfía.

ah, cuanto buscas es mi dinero, ¿verdad? ¡pues vete a tomar por el culo, baboso pariente!

paco e isaura tenían hambre y se amaban de la misma manera, si bien él tenía asimismo sed de vino y justicia. una botella no bastaba.

—no se puede beber sin escribir —decía como un jesuita.

—un asunto desagradable me descoñetó la mañana.

era maría isabel la de la oración, mejor dicho, frase, pues las oraciones me descomponen, de inmediato recuerdo a la gorda infame, mujer de sófocles el cojudo.

laszlo me ruega hablar con mayor finura.

—¡a mi edad, imposible! no he de bajar la voz ni la cabeza. —debo admitir, la frase no es mía, sino de conchita gómez, la mujer de paco ceprián. el mejor amigo de paco, es decir, otro borracho grado treinta y tres. hoy, treinta y dos a la sombra...

a la sazón, no la de carlos, excelente, paco tenía como cuarenta y nueve años, pero solo se le notaban dos, vale decir, era igual a todos los hombres: un niño de pecho. lo supe cuando seguí su mirada y vi la forma de mirar las tetas de las mujeres de edad poco avanzada, pues,

cuando avanzó en edad, retrocedió en sus costumbres y fue una lástima, como suele ocurrir a los seres solitarios. también corrí esa suerte; mas no me adelantaré a los hechos, pues, como decía el padre cortázar, al hecho, el culo.

manuel acababa de editar un libro de cuentos. paco decía son extraordinarios, pero se precisaba la imaginación del escritor y la de ese lector para llegar al fondo del libro. yo me quedé a las puertas y deslumbrada.

—y está escribiendo verso —intervino amanda.

ella era una mujer admirable, una compañera soberana, de esos seres venerables y santos que, por supuesto, no figuran en la hagiografía o guía telefónica de los levíticos.

cómo me desalienta ver en el lugar de los dioses a esos seres elevados a la gloria efímera.

manuel parecía no estar del todo conforme con la marcha de la política socialista, pero callaba con esa discreción santa, suya propia, con ese silencio en el cual hallé, más de una vez, respuesta a mis angustias.

paco aseveró que el papa era un hombre venerable.

—le prohíbo, sobrino, hablar de hechos venéreos mientras comemos. nada es venerable.

—tal vez —se corrigió—. tal vez, solo baco.

—eres un cabrón.

aminta añadió con fina educación:

—¡coño!

la comida fue festejada. el café olía delicioso.

los días eran enjambres de claveles rojos.

paco fue siempre boca sucia, pero delante de manuel fingía ser apostólico, algo indignante habiendo hecho

teatro desde la cuna. no era, sin embargo, raro tal comportamiento. idos manuel y amanda, se destapaba, es decir, abría otra botella. no se creía ante la barra de una pagoda o taberna, pero indudablemente desbarraba, pues entonces era cuando comenzaba a intransigir, eso de «henry james es el mayor novelista del mundo».

—james es tan aburrido como una misa cantada —grité enfurecida.

laszlo hizo una aseveración cauta:

—no lo he leído.

e isaura, cachonda como su maestro, mi sobrino, añadió:

—me lo presentaron el otro día.

—sí, conserva algún amigo aristócrata —aduje.

sin duda alguna, la conversación era inadecuada para la hora. paco se fue al trabajo felizmente, y nos quedamos aminta, maría isabel, isaura y yo; en otras palabras, había quórum, y se inició la sesión cuando maría isabel habló de su embajador, fatuo, como suelen ser los diplomáticos sin diploma, o un majadero en el arte de la solemnidad.

—el cabrón habla ante la historia.

—¡coño! —sin duda era aminta, quien luego se alejó un tanto para tocar el piano, manera de decir voy a lavar los platos. lo hacía en silencio, una dama de verdad, y jamás rompió alguno, por lo que la gente decía que tenía cara de romper platos. la gente es así, y el prójimo, generalmente un amigo vestido de ocasión. claro, a veces, aminta decía vulgaridades como: dios, cuánto ha subido el aceite, pero era explicable, ya que casi nunca tenía la suerte de follar (los hombres, al advertir el tremendo lunar, creían que se trataba de una mosca y no abrían la boca).

cuando terminó de lavar los platos, regresó a la sala. con esto daba a entender su posición en la casa: no era empleada de hogar, sino carente de hogar, y por eso, de aquella manera, quería pagar la estancia. simplemente era necia: la amábamos, tal era en verdad, pues, por lo común, amamos las apariencias y de ese modo huimos de la realidad, siempre con lunares. aminta, después de sentarse, dijo:

—hace un calor del putas, con el perdón de los ausentes. —los presentes casi no nos enteramos de esta sentencia.

pasé una noche desdichada, con miedo a que algo me arrebatará de la tierra. tengo cerrados los ojos y carlos entra, todo bondad, para espiar mi salud. los abro y miro al hombre más noble de esta vida. pienso: si hay otra, ¿encontraré otro tan sutil y bondadoso?

se sienta a mi lado y me reprende piadoso:

—edu, debe verte el médico, digo uno de verdad, pues estás confundiendo el pasado y el presente.

me incorporo, le ruego explicarse más claramente.

—¿cuándo me conociste?

me sonrojo, de pronto me he percatado de la verdad.

—fue a comienzos del setenta y nueve.

me miró con una bondad capaz de hacer daño, eso de los amores que matan.

—te suplico, trátame como a un ser viviente. ponte en mi caso, carlos. tengo casi ochenta años, bebo como se debe hacerlo. no me exijas a estas alturas la sensatez propia de un notario. si vuelo en libertad, ¡contempla la excelsitud existente en el hecho de un vuelo de la

senilidad! y además, no te quito el sol. esa mancha, tan lejos, es el futuro.

nos callamos. ahora me doy cuenta: he escrito laszlo, cuando el protagonista es carlos. cuando vivía al lado de aquel extranjero diminuto, con un corazón desmesurado, cada día más grande, me ocurría lo mismo. creía a ratos que era werner, tan amigo de los chistes alemanes. ahora es carlos, impaciente ante un olvido o confusión. ¿no son las novelas de ahora tan inciertas como este relato que ya va para rato?

¡la conversación me vuelve espasmódica!

debo viajar por el pasado con escafandra. ¡es el planeta agua! en aquel entonces, odiaba la muerte. todavía me cuesta creer en la muerte como parte de la existencia. pero también pasaban días tan vagos, que, de alguna manera, pienso, deseaba escapar, y esto me sucedió precisamente cuando me llamaron de blanco y negro, para decirme... bueno, señorita (¡cobarde!), ha fallecido el señor laszlo... y, como es lógico, no pudo repetir el apellido de mi compañero de años y años.

después me confiaron (alguna confianza debían tener en mí) cómo había ocurrido su muerte. estaba de misión en san sebastián, cuando pum, un tiro, debía ser ciudad con nombre de santo. eta o aquella, ¡causas del deceso!

otra vez entierro. casi nadie, un puñado de gente española amada por él. unas palabras sabidas, y me vino dolor de ser mujer sin importancia para esos bastardos incapaces de expresar sus sentimientos reales o monárquicos. todo lo perdono al pensar que estábamos bajo la tonsura y la censura. solo un hombretón de más de dos metros, con voz serena, me consoló:

—si en verdad hay otra vida, allá estará bien. era un amigo realmente señero.

lo miré, lo reconocí. varias veces lo había encaminado hasta la casa cuando la borrachera había sido titánica.

y me habría hundido como el títanic, si no hubiese sido por la buena de aminta...

fueron año y medio de dar tumbos. aminta me seguía, y todas las tardes, al dar las siete, entrábamos a la taberna de don juan.

aminta temía por mi salud. se me hincharon los ojos de tanta lágrima no derramada y vagaba como todo vagabundo sin conocer itinerario.

hice estupidez y media. todavía me mostraba de buen ver, pero trataba por todos los medios de mantener mi seguridad. nada, de repente asomó un cabrón y me fui con él. duró una semana. pasó un tiempo, y otro muchachito me gustó. por lo visto, era el miedo a la muerte o el terror a la vejez.

en el setenta, precisamente, hice la mayor locura, tal que no recuerdo cómo sucedió ni cómo dar entierro al mal recuerdo. y así, una noche, cuando por casualidad fui a otro bar, con urgencia de tomar algo de comida, conocí a ese hombre de ahora y siempre: carlos. estaba, bien pueden adivinarlo, borracho como una cuba.

—¡no me cuentes tu vida, cabrón, porque te canto un tango!

—soy corredor.

no tenía aspecto de atleta. todo lo contrario, y me pareció un condenado farsante; pero había sido mi falta de información: corredor de bienes raíces.

—yo no las tengo.

—¿de dónde eres?

la pregunta era grosera, pero tomé fuerzas y le enseñé mi pasaporte.

—¡oh, no! maldita sea, vaya encuentro. —y desfallecía de la risa—. mira, mujer, también soy ecuatoriano.

nos vimos como dos muertos que se saben tales y de repente sospechan haber estado hablando. era el diálogo de dos seres profundos, como dijo el poeta.

—¿esto es una fosa o una fonda? —preguntó todavía riendo.

por lo menos tenía sentido del humor. no quería preguntarle cuántos años tenía, pero él mismo había de caer en la trampa y confesar, imberbe, sus cuarenta y un años las citas. también era aficionado regio a los toros. me citó y yo, res brava, embestí el trapo, lo agarré, no hubo quite posible y lo encumbré hasta los tendidos.

así, tendidos en la cama, al día siguiente, vimos todo destendido.

carlos había ido a españa por un negocio de lana, y lo trasquilaron. apareció de milagro un compatriota y le tendió la mano. el compatriota, al ver las cualidades de buen vendedor en él, se tomó del codo. en otras palabras, para ir al grano: se fueron a las manos y mi carlos sufrió una fractura del codo.

poco a poco se fue manifestando de verdad en verdad. era limpio; si al principio me trató como una vieja loca, luego supo que la cordura es una dolencia como la sífilis (los antibióticos todavía no habían dado alas al sida).

trabajaba con ahínco, pero sentado, y las comisiones rescatadas no eran moco de pavo.

lentamente vino la amistad sagrada. ambos nos respetábamos, si bien la ternura suya sobrepasaba los límites de la... no sé cómo se llama aquello. ya, la loca de la

casa (no tengo miedo de citar a la teresa. ella fue solo una mujer admirable, lo de santa le regalaron ya muerta). no hay honor que venga a tiempo, sobre todo en los actuales.

jamás se comprende cómo se inicia una gresca entre amantes. anoche ocurrió eso. carlos habló de platón y ese marica me horroriza. en resumidas cuentas, tengo aversión a la poesía, la metafísica, la química, el álgebra, las ecuaciones y toda suerte de perversión sexual, incluida la psicología, pues díganme ustedes: ¿quién sabe qué es el hombre? hemos alcanzado la luna, castigo para los poetas, hemos rodado en marte, inventado el sida, pero el enigma continúa: nadie sabe nada del hombre, este antropoide del cual se dice tiene la facultad de reírse y puede hasta llegar al colmo del desarrollo intelectual cuando ríe de sí mismo.

carlos se extasía. por precaución no me tilda de loca, pero conozco perfectamente sus intenciones.

aminta me trae el periódico. nada para leer y, aburrida, comienzo a hurgar en los cartones traídos de española. doy con el «ulises» de joyce en inglés, una edición bellísima. lo abro, lo coloco entre mis piernas, pero no siento placer alguno.

después de leer con esfuerzo inaudito unas veinte líneas, arrojo, con singular desprecio, el libro. ¡un verdadero lanzamiento! entra carlos. siempre lo hace igual que un ladrón, pues dice algo incomprensible sobre mi carácter.

—odio a joyce, no lo entiendo.

él, piadosamente, recoge el libro del suelo y me mira con ternura sin igual: en el fondo, se compadece de mi vejez:

—edu, pero si no sabes inglés...

—eso no tiene importancia. si en realidad fuese un libro divertido, me habría gustado aun en una lengua desconocida. es otra historia como la biblia. hombre querido: los tres seres amados por mí han tenido el defecto gravísimo de hablar lenguas diferentes del español y el francés. si tú lees en inglés, te perdono, pero no insistas. solo las lenguas latinas no se devalúan: en los estados unidos se hablará español dentro de unos meses. el inglés es una lengua muerta y te ruego preparar el desayuno, pues me muero de hambre y voy con la lengua afuera.

me visto en uno o dos instantes y voy al comedor, donde aminta me recibe con una sonrisa señoreante.

—educación, sobre todo —le digo.

—la mañana es preciosa y hay menos basura que ayer. han pasado los carros esta mañana, digo los carros de basura. mañana son las elecciones.

la miro con rencor. no me agrada la política, odio la democracia, la demagogia, la tiranía, el orden y el aseo. el poder es una enfermedad más temible que todas las pestes y los políticos se hartan de infamias, y sus campañas, donde prometen el dorado, son despilfarro de paciencia y dinero. los intereses políticos son usuarios y quienes financian dichas campañas cobran después con impaciencia.

—el doctor julio tobar donoso enseñaba eso de la ciencia política. nadie comprendió a ese mártir y, ya ves, su hijo, mi sobrino paco, es poeta. luego, la ciencia política no sirve para nada. te he dicho mil veces: el único político admirable es velasco ibarra, por haber inventado el divorcio, y malthus, por defender el derecho de no nacer.

carlos disimula, esto es, unta mantequilla a su tostada y sorbe el zumo de lima hecho por aminta con cuidado y dos trozos de hielo. ella, tan inteligente, observa:

—hoy hará mucho calor.

—sí, las elecciones son el domingo —comento, pues a la hora del desayuno no quiero enterarme de nada. solo café humeante, cigarrillo con más humo y las claras de los dos huevos que nadie sabe si ha puesto una computadora o una gallina de campo.

entonces cae una bomba:

—debo contarles que es verdad lo de tal palo tal astilla. sí, en otras palabras, a causa de un palo, me he quedado en estado de buena esperanza. —aminta, entonces, espera nuestra reacción.

boquiabiertos, escuchamos el dislate.

—será para noviembre. escorpio —insiste la débil mental.

—un hijo —comienza el discurso carlos, y felizmente se atora y nos ahorra una plática lastimera.

—espero no lastimarles con esta nueva.

—ya estoy vieja —respondo.

—dime, aminta, ¿tienes parientes? —carlos.

—no, solo trastos viejos —responde, alejada del mundo.

pienso que seremos cuatro en casa. los niños no me gustan, se orinan cuando uno menos piensa y se deben cambiar los pañales a cada paso. en realidad, ¿ella había dado un mal paso?

—¿cuándo se te ocurrió dar la pierna a torcer? —preguntó algo desafinado mi compañero.

—fue la noche de san telmo y casi por compromiso; pero el desvergonzado ahora dice «na».

—ah, en madrid...

—no se puede culpar, era el fin del invierno y yo había bebido algo menos de la cuenta anterior.

—hay razón para admitir que el amor embriaga.

aminta añadió su alegría a la mañana y dijo estar satisfecha porque ya era hora de parir. contaba entonces con treinta y cuatro años, edad poco discreta para una situación embarazosa.

—¿has pensado ya en el sexo de la criatura? —claro, carlos; siempre hace preguntas desconcertantes.

—el sexo está de moda.

ambos me miraron como si tuvieran legañas en la conciencia.

—abre los ojos, edu. más bien el sexo está de retirada. hoy son la política y la droga los imperativos. aminta, ¿vas a votar?

dijo algo en secreto o algo sobre el voto secreto. no acabé de entenderlo por estar atenta a esa barriga con presentimientos.

—sí, tal vez a mi vejez venga bien la risa de un niño... o sus berridos. a mi edad, ¿tiene alguna importancia esa distinción?

aminta comentó en tono de reproche:

—le aseguro que era un caballero distinguido. usó una táctica extraordinaria, pues comenzó por calentarme las orejas.

otra vez el comentario de mi compañero me puso en vilo:

—¡oh!

carlos es géminis y morirá seguramente de cirrosis. yo soy modestamente virgo, nadie me creía cuando lo

afirmaba a los veinte años, a causa de canuto, quien me desacreditó ante los demás, esa gente siempre de más.

aminta, insensata, machacó su teoría algo religiosa:

—lo hice por eso de amar al prójimo como a una misma.

—encima eso —dije.

—no. él estaba debajo. sigo sus recomendaciones, edu...

carlos permanecía amedrentado, algo funcionaba dentro de él, inexplicable. así, nada nos sorprendió su pregunta bien calculada:

—vamos a ver, aminta, ¿estás segura de que esa criatura es tuya?

el desayuno, en suma, fue fuera de lo común, y esto ocurría comúnmente, pues los tres viajábamos por el mundo con boletos solo de ida, lo que ponía de vuelta y media a la gente conglomerada.

carlos hizo un intento de charla literaria:

—anoche leí un libro escrito por uno de nuestros compatriotas.

—sí, tiene mal aspecto —comentó aminta—: es como si él esperase el niño y no yo.

—no tenemos el mínimo sentido del humor. lo que se publica son telenovelas escritas con severidad o cuentos experimentales en los cuales el lector experimenta deseos de ultrajar al autor por su falta de corrección. tanta protesta me fastidia. la denuncia se debe hacer en la policía.

—yo opino lo contrario; la novela debe tener una tesis, el autor debe comprometerse —arguyó aminta.

carlos temblaba del coraje. preguntó a bocajarro.

—y ese hombre con el cual tuviste relaciones, ¿era casado?

—no, estaba ebrio. no importa en realidad, pues estamos en nuestro país y figurará simplemente como hijo o hija, depende de la hora en la cual dé a luz.

fue insoportable para carlos; esa mañana tomaba los hechos en serio, y se marchó a la calle. lo mismo sucedió en madrid, hace muchos años, el día siguiente de conocernos.

—no te privas de nada... dime, edu, ¿de qué vives?

me senté a la orilla de la cama para ver si pescaba sus palabras. explicar a un hombre cómo vive una mujer de casi sesenta años, sin despertar su codicia o su machismo, es tarea ardua; pero yo tenía la escuela del tío manuel.

—mira... al principio traté de vivir del cuento, pero ahora vivo del chisme.

—habla en serio, mujer.

los hombres son seres combustibles y él ardía de impaciencia. no hice el mayor caso. semidesnuda, le traté de llevar hacia la realidad.

—mi padre me enviaba algo de dinero, bueno, lo suficiente para subsistir. de repente, la loca de la casa se metió en mi vida y escribí seis cuentos. afanosa, triunfante, los envié a seis revistas distintas. las respuestas habrían podido desalentar a dumas padre, era algo así: sentimos no publicar su historia por no estar de acuerdo con nuestras normas. sin embargo, hubo una. la recuerdo con exactitud hasta ahora, no sé si hasta mañana. decía claramente, escrita a máquina y con una rúbrica barroca: «su cuento nos parece exótico y desproporcionado. imposible publicarlo, pues heriría los sentimientos y moral de los lectores. por tal razón opinamos que no vale la pena devolverle las páginas enviadas». cuando

alguien habla en plural, es porque no tiene esa persona nada de singular; habla así para sentirse respetable.

—¿y después? —preguntó ya más tranquilo.

—vino el chisme. me enteraba de la vida de las estrellas, es decir, como ves, algo hay en mí de astronómica: y narraba hechos vulgares, la forma de vestir de la gente conspicua, sus amoríos casuales, sus divorcios usuales y urgentes, necesarios, sus comidas, preferencias y referencias, con un largo etcétera. lo mandé a una revista famosa, claro, con seudónimo, y me remitieron, sin palabras, un cheque con unos cientos de pesetas, esto sucede hasta ahora, pero ni tú ni nadie conocerá mi seudónimo. además, ahora, cuando te conozco y siento una confianza sin límites, he resuelto, como el doyle, matar a mi personaje, y hoy mismo redactaré una esquela, la cual dirá poco menos o más: «debo comunicar a ustedes el fallecimiento insensible de la señorita pecos (insensible por haber muerto sorpresivamente, pues era dada a las sorpresas), ocurrido el día de mañana».

—edu, te amo. salgo a mi trabajo.

—corre, amor mío, para algo eres corredor.

me dio un beso como una mariposa posándose en un clavel luminoso.

nunca hay razón para amar. la vida es irreal, única y bellísima. esto lo escribo totalmente desnuda y, por lo tanto, es la verdad.

la mentira es un olvido, y el pasado huele a naftalina. abro los armarios y echan a volar los recuerdos o polillas.

carlos me ha dicho que ahora hará sesos en salsa negra.

¡ay, cuánta gente sin sesos anda por el mundo! o sin sexo...

la criatura nació con suerte. su madre estaba en casa y la recibimos carlos, que resultó un patólogo de hecho, y yo, tan nerviosa como la paridora.

después de examinarla con frialdad, la madre dijo:

—sí, es mujer y ya tiene nombre. eduviges, como tú. una edición tan bella como tú debe tener una segunda impresión y tengo la impresión de que mi hija, o nuestra hija, será aún más inteligente que la abuela doña eduviges.

—por los dioses, no repitas mi apellido. tú sabes que la pobre gente me llama eduviges ruiz.

me olvidaba de decir el apellido de mi compañero. ahora ya lo saben y pueden correr con el chisme a la curia o registro eclesiástico o civil. ¿no da lo mismo?

—bueno, ahora llora eduviges aristiguieta.

aminta nos contó en madrid, mientras reía a carcajadas, la forma por la cual cambió su apellido de verdad, troncoso, por aquel tan extraño, por vasco, pues en esos días había servido a una familia de origen español con caras de indígenas panzaleos o barrigas, si bien aminta decía que probablemente aquella gente debía descender de los caras, antiguos pobladores de manabí, capital portoviejo; sí, caras, por los rostros desportillados que osaban mostrar a la muchedumbre.

gracias a la fortuna, nadie dijo eso de «se parece a la madre, igualita al papá, el parecido es notable con la señora edu, o peor; cómo se parece al señor carlos...».

en todo caso, la niña era feísima y, lo insólito: padecía de estrabismo. desde ese día creo en los milagros de la naturaleza.

ruego al lector movilizarse en forma poco burocrática. amárrese el cinturón de castidad y observe la señal de fumar e inhale el humo con toda fuerza, mientras aquellos abstemios tragan su propia saliva, la cual considero un asco. regresamos a madrid con la memoria.

la escena es primorosa. cámara de eduviges, la heroína, y personajes, el compañero inolvidable de una de mis vidas, digo carlos, y el borrachín, médico sabio y escuchimizado.

causa de su presencia, anoche sufrí otro desvanecimiento, debido a una revisión del calendario. hay meses propios para los malos pensamientos, ese pasatiempo divino donde uno halla la evasión real, y hay meses en los cuales se precisa tener la sangre fría, el corazón quieto y el bolsillo lleno de pesetas, pues los inventores de la higiene también son responsables de los días de la madre, del padre, de los enamorados, la navidad, el día del obrero, el día de la suegra (en tal fecha, los seres humanos se distraen, buscan en los lugares inmundos sabandijas, venenos sutiles, ratas de aspecto normal, abogados turbios y otras especies que puedan producir una muerte segura, pero con la lentitud precisa, exigida al tratarse del ser llamado en francés «la bella madre», pues nadie gana a ese pueblo en el arte de disfrazar maldades. bueno, tampoco los ingleses, pero tienen sentido del humor y denominan a esas personas irremplazables «madre legal». nosotros, partidistas y políticos, las denominamos «madres políticas», argucia manejada por los jueces levíticos).

la causa remota de mi desvanecimiento fue en realidad, hasta donde recuerdo, la visita inesperada de una madre cuyo hijo podía ser ese desvanecido pablito con

quien tuve la suerte de experimentar el amor legal, lo cual fue una deslealtad del destino. vino la señora y se sentó en la sala.

—ay, señora eduviges, estoy consternada.

la miré como a perro al cual se suele tirar desperdicios y, con un tiro de esquina, la deshice:

—la aspirina es lo más adecuado.

la digna señora mostró su asombro (no podía mostrar otra cosa por ser tan digna: además, los pechos y las sienes, suena a tango, estaban ya marchitos) y replicó con cortesía untada con una capa fina de crema ponds:

—¡no, querida amiga, no he dicho constipada!

era una protesta con semejes de huelga en una fábrica destartalada. pero mi exactitud franciscana la redujo a nada.

—mi hijo, el hijo de mi corazón, quiere casarse con una pelandusca de azogues.

como puede advertir solo el lector letrado, se refería a la condición de ecuatorianidad de la dama mencionada con voz proveniente del purgatorio. una pregunta más a la entrometida:

—¿de veras?

su mudez habría podido impresionar a las momias de guanajuato, tan bien conservadas como mi visita. como no sabía casi nada de gramática, no pudo articular palabras, y solo brotaron de sus labios adjetivos audaces, avispas zumbonas, como para pensar en la vida color de rosas.

—¡una tipeja, de qué familia será!

una de las virtudes nuestras es la familia. cuando alguien, ecuatoriano se entiende, o no se entienda, la pregunta es inevitable.

—¿y de qué pérez será?

entonces, llena de odio, replico que sí ha de perecer.

—ay, mi hijo merece lo mejor y ahora esa mujer de azogues.

—pues, azóguela. en ella usted verá de este modo sus virtudes escondidas.

aminta trajo el té. sabía servir con una elegancia envidiable para una suegra en ciernes y, además, cernió el té con pulcritud inaudita.

la visita sacó del bolso un pañuelo, seguramente para impresionarnos, y consiguió, algo admirable, una lágrima furtiva. puso el énfasis de una cantante de ópera.

—ay, amintita, usted que es prácticamente de la casa... ay, ay, mijito se quiere casar.

—¡qué horror! dígle que viva, no más.

carlos hizo su entrada a tiempo, por la izquierda.

—oh, ¿qué tal?

cuando quería demostrar su cultura y cinismo, procedía de este modo verbal.

la visita lo vio. tartajeaba su desgracia otra vez, cuando el santo carlos dijo zalameramente:

—¿el mozuelo no se da cuenta de que madre solo hay una?

—jeso, eso!

la voz era patética. carlos, en este trance, comenzó a dar unas piruetas por la sala. yo, a temblar. ahora me daba cuenta de que mi compañero, a más de haber bebido toda mi sinrazón, tenía el pensamiento vertiginoso.

—su marido, solo él, comprende la hondura del problema...

—tanto he viajado —comentó carlos.

—sí, un hombre leído, solo usted.

—tanto he leído, y voy a los cementerios mucho, mucho.

a mí me hostigan los conciertos, pues la gente suele toser en los intermedios; pero ahora se trataba de un desconcierto, y la visita estaba entre la perplejidad y el egoísmo, frase digna de cortázar.

—¿ha leído a confucio? —preguntó discretamente carlos.

el estupor, o la estupidez, eran enormes.

sinistro personaje de collins, de chandler o saki, gesticula sin decir esta boca es mía (después nos besaríamos en la calidez del crepúsculo, es decir, antes de ver nuestro programa favorito de la televisión: las noticias, siempre a la espera de la desaparición de la hipocresía, pues se rumorea que de un momento a otro...).

igual al demonio con la manzana mixta (dulce por un lado, granada de guerra por el otro):

—nunca los hijos comprenden en realidad a las madres. —no conozco un solo hijo desprendido. todos viven prendidos de las madres—. ¡además, qué bello prendedor lleva usted!

—¿de veras? no es sino una bambalina...

—oh, oh, oh...

aminta se tragaba la risa y solo se escuchaban de tarde en tarde unos gases con semejes de duendes bucólicos.

—su esposo es un hombre extraordinario.

ahora me tocaba el turno.

—¿sabía que no somos casados?

aminta mostró una escoba. la vecina salió en fuga de bach, tocada malamente. carlos añadió, ya solos:

—únicamente la moral y la religión sirven para librar batalla con esta gente cuya sola verdad es el cuánto tienes y cuánto vales.

—¡coño!

claro, era aminta, que aún no había disfrutado de la vida en forma recia y continua.

mudamos de conversación, de semblante, y hasta carlos cambió su camisa de mangas largas por unos pantalones viejos.

siempre lo admiré por estos y otros muchos gestos.

—te quiero mucho.

—edu, eres tan bella como una serpentina.

te cuento, lector vecino, no puedo decir amigo, nadie nos ha presentado, que aminta jamás leía nada; una vez tuvo en sus manos al nobel garcía y comenzó a penetrar en la selva de los cien años. en un momento indeterminado, puso el libro en el suelo, donde debía estar, y me preguntó con rabia sana, demostración de su belleza interior:

—¿y este cagueta se dice escritor?

me limité a sonreír. el tío manuel comentaba: «no se debe jamás escandalizar al inocente».

nunca más volvió a tomar un libro, excepto para colocarlo en un sitio diferente, ya por petición mía o una orden dada al acaso (o al ocase, no recuerdo con firmeza) por mi compañero. la realidad supera a la imaginación, y aquella misma noche, para confirmarlo, se presentó un sujeto de oración, harto señero y con una pizca de miedo. digo de oración, pues, sentado en la sala, a poco de llegar, admitió su estado precario:

—no me puedo fiar de nadie... pero dicen que ustedes son nihilistas. yo soy cura obrero y desde hace unas semanas alguien vigila todo cuanto hago. por favor, escóndanme por un tiempo.

admito, tuve recelo: ¿si ese tiempo se convertía en el de proust? pero el hombre parecía bueno. nunca creí estar al lado de un estalinista dogmático. no lo habría soportado y, si alguna vez se discutía, era tinosamente y no tiñosamente, como lo hace la gente fanática. la confesión de su nombre sí nos desbarató:

—fructuoso, para servir a dios y a mis prójimos.

limpio de corazón, solía bañarse los jueves. justificaba esta hazaña al argumentar que lo prohibía la regla de su orden, pero no lo creí jamás, pues era el desorden en persona y, además, aminta, que lo averiguaba todo (por esto tuvo su hija), nos enteró de la condición real del curita espiritado. a esos curas los llaman sueltos...

ella me preguntó días más tarde si había curas amarrados.

—sería una gran idea, amarrarlos, así no meterían horror en los niños con eso de las llamas, y se suprimirían los santos.

fructuoso pagaba nuestro hospedaje de varias maneras:

con carlos jugaba a eso de la aridez castellana: el dominó.

con aminta hablaban del pueblo. él, de tomelloso, donde había visto la luz, y ella del suyo, parida en la noche. todo era una incógnita en ella.

a mí trató de enseñarme buenas costumbres, pero lo dejé plantado.

—usted es una mujer con sus años y no debería beber de esa manera...

—y usted también tiene sus años y no debería meterse donde nadie lo ha llamado.

—perdone, señora... he visto la preocupación de su esposo.

solté la carcajada y le expliqué que también nosotros éramos sueltos, con lo cual se divirtió bastante. le propuse llamarlo por el nombre, pero, como era tan largo, llegamos en nuestro gabinete a una conclusión: él sería toso, edu yo: aminta y carlos seguirían llamándose así.

tosos, como buen castellano, me fascinaba; no traduzco el catalán metálico, ni el vasco percutido en la noche de los siglos, o el valenciano desdentado. el dialecto más gracioso fue siempre para mí el gallego, y una de las ciudades de España mía más recordada es Pontevedra, donde pasamos Carlos y yo las vacaciones otoñales de no sé cuál año. cuando los recuerdos varían de estación y los trenes se detienen ante un paraíso poco concurrido, es señal de vejez tranquila junto al ser amado.

ahora estamos los tres con toso.

alguna ocasión, posiblemente por hallarse algo aburrido, toso inició una conversación acerca de la religión.

le canté las verdades. él repuso que, pese a mi edad, mi voz era de soprano ligera. admití lo segundo, lo de soprano me pareció cursi.

pequeños incidentes matizan la paz. así acontecía. debo reconocer que, a lo ancho de mi vida, siempre he sentido una confusión quizás propia de la gente cuya vida discurre entre la realidad dudosa y otra parte del

tiempo, inmersa en la inmortalidad del cangrejo, al decir del tío manuel.

pese a la certidumbre de estar en aquel piso, de repente sentí como si las alas me llevaran a otra parte, y entonces vacilaba. no sabía cuál era el mejor camino para regresar a casa, es decir, a mi propia e incierta nada. de esta suerte, nada hacía y lentamente volvía la vida con sus altibajos, pues carlos era más alto que toso, y este un poco más bajo que aminta, sin decir con esto que tuviesen bajas pasiones.

—patas de chatka —decía, y sobre la mesa estaban las patas colosales. las imaginaba de un monstruo amable y sensual, pues la carne era deliciosa.

luego vino, el de beber, pues a nadie se le permitió venir a casa en bastante tiempo a causa del cura obrero, quien obraba con tranquilidad suma y sin dar la tabarra.

alguna vez le ofrecí un cigarrillo. me agradeció con esa elocuencia levítica, tan admirada por el vulgo:

—gracias. —y gesticuló para darme a entender que yo iba camino de un final bastante oscuro.

le sugerí que encendiera la lámpara para vernos mejor las caras.

aminta dijo:

—cada día están más caras las cosas.

—la verdad —testimonió carlos—, nos vemos las caras pero no los corazones.

ella nos alarmó:

—¡por favor, nadie debe morir de entuertos!

abismado, toso estuvo a punto de rodar de la risa. aminta era de verdad desafilada.

—¿qué es eso?

muda, hizo otro gesto como el de toso y aquello no paso de ahí.

carlos salió un momento y volvió con «el quijote», una edición de aguilar.

—aquí sabrás, inés, qué es un entuerto.

—no, libros no, no y no.

—tienes una incultura de enciclopedia. es maravilloso.

carlos, al borde de la cordura, exclamó con voz rotunda:

—¡entuertos, maldita sea!

aminta, roja, con un vestido de verano, mugió:

—no sé qué sea eso, pues no he parido aún.

tosó, refinado, se sentó en el sofá, frente a un sol enfermo, para testimoniar el fracaso de un día más sobre la tierra.

—estoy hecho polvo —dijo.

entonces, decidimos jugar al monopolio. fue maravilloso, pues carlos estuvo casi toda la noche en la cárcel, y, al salir, ansiaba cenar. como el pescado le hacía daño respetable, prefirió mi propia carne «al jugo».

como comprenderán, eran otros tiempos (lucas, 28, 3-5. si la línea está ocupada, vuelva a marcar, como en la época de moisés). jugar es un placer algo pañoso, desde luego. mientras jugábamos, dimos cuenta de varias patas de los cangrejos colosales, conseguidos en la esquina de rodas y embajadores.

no sé, de pronto me acuerdo de pablito, ahora embajador ignoro dónde, me imagino un lugar preñado de palmeras y muchas madres de senos grandes, no por haber sido mamadas a manotazos, sino senos inflados por bebés iracundos. ¡oh, la diplomacia!

días más tarde, con motivo de la visita de una prima segunda (la tercera era realmente infame) de mi compañero adorable, tuve una caída moral de la cual, sospecho, no habré de recuperarme nunca. hasta el nombre de ella era aparatoso. se llamaba enriqueta. en su lugar, ya me habría descompuesto, por lo menos el estómago.

la desdichada, turista al fin y al cabo, propuso una tarde agónica, pues el sol no refunfuñaba:

—podríamos ir al valle de los caídos.

llegamos a aquel sitio y sucedió lo inevitable: ¡caí de bruces en esa realidad del mármol y silencio granítico garantizados! carlos iba delante. yo, detrás de la ignominia. para mí, nada me es tan desagradable como el recuerdo de las maniobras desmesuradas, llámense escorial, escoria de felipe, el segundo, o este dichoso valle donde se esconde un pretérito infame, la desangrentación de mi españa, ¡mía hasta los ovarios!

menos mal que la visita permaneció poco tiempo en aquella atmósfera «francamente» irreal y propuso con hambre ir a comer en algún paradero cordero (esa mañana las rimas abundaban, pues era tiempo de melones, y los conejos de villaconejos habían salido de excursión). pero fuimos a un salón chino...

—¿van a selvilse los señoles?

el mozo era chino. ojos rasgados, pies planos, cabeza undívaga, dientes amarillos (de ahí la denominación de la raza, y, oigan ustedes, no soy racista).

—nos vamos a selvil rollos imperiales y luego chofán a la china, dientes de león a la beiguinesa, arroz con melocotones y pomarrosas a la mariposa.

el chino nos miló como calne a la milanese. toso, con mala leche, lo hizo polvo, que no es lo mismo que leche en polvo, el alimento de los niños ecuatorianos:

—¿de qué palte de andalucía es usted?

el mozo comenzó a temblar de cabeza a pies. seísmo, grado siete, una serie de contracciones, extendiéndose desde el cuello hasta las plantas de los pies. desesperado golpeó nuestros oídos:

—no, andalucía, no. chino, chino de taiwán.

—pero si no puede negal que su oligen es andaluz con ailes de coldobés o, quién sabe, de manolete.

—manolete, no, chino de taipei.

carlos se rio. aquello descompuso totalmente al infeliz.

—peldón, se me ha descompuesto el estómago, peldón.

—¡maldito andaluz!

aquello era el infierno. tropezó. dijo ser el primer tropezón dado en vida. se incorporó a las filas de la cocina y regresó con aire lívido (debido al aire acondicionado del restaurante famoso) con el jefe de la cocina.

al ver al jefe de la cocina, mi compañero se indignó:

—¿es usted el jefe de cocina?

—sí, señor.

—pues, sepa usted, odio la burocracia.

—no entedel...

—tráigame el liblo de leclamaciones —dijo toso.

—pol favol.

—a estribor —clamó aminta.

como comprenderán, todo esto sucedía para exasperar a la prima segunda de carlos, la de nombre enriqueta, con apariencia de antigua bragueta. hoy las rimas saltan

como conejos en el prado o el pardo, donde continúa la agonía de la hipocresía.

—voy a quejalme al mismísimo claudio —protestó el chino.

—¿a quién?

—bueno, chinito no tenel confianza pala decille «claudillo de española».

la prima segunda terció en la conversación:

—es un lugar maravilloso y, mientras ustedes salieron a pasear por la pradera, yo tuve la ocasión de escuchar la santa misa.

no entendimos de la misa a la media.

a los postres, melocotones, pues estábamos en tiempos de melones. bueno, hijos, para joder, para joder.

el paisaje era divino. es decir, no faltaba el vino para emborrachar la memoria. ¿algo hay más hermoso como el recordar la vida color de rosa? ¿o color de vino de la tierra? pues, como decía la pardo bazán, no hay vino color de cielo.

la visita, a ratos en la ventanilla del tren, nos anunció:

—la tarde ha sido linda.

aminta se levantó y le pisó con toda fuerza un dedito del pie de la segunda:

—por tercera vez me ha pisado el callo.

aminta se calló.

eso sacó de casillas a la visita, y, al llegar a casa, anunció con voz de defunción:

—he resuelto marcharme mañana a andalucía.

aminta comentó con absoluta franqueza:

—olé.

nos puso una tarjeta postal desde sevilla. decía: no se pueden imaginar la lindura de sevilla. luego, de granada:

estoy ya fatigada. más tarde desde jerez de la frontera: pesqué una borrachera. desde cádiz no envió nada, pues no halló rima adecuada.

por fin, el fin de la guerra. el armisticio. no más judíos en las cámaras de gas, ni gritos de torturados.

los parientes son una tortura y además, retienen los gases, por lo cual la conversación, dentro de semejante hipocresía, se convierte en una verdadera reyerta.

le fuimos a dejar a atocha, desde donde partió hacia parís, el sueño de todos los cojudos, pues no saben que ahí se habla otro idioma, otro film sin subtítulos en español.

partir es reír un poco —el cojudo de mauriac—.

por eso, cuando le vimos hacer mutis, nos partimos de la risa.

—juro, no habrá más parientes —protestó carlos, hiposo.

epílogo, tarjeta postal desde francia: «lo más impresionante, la torre inclinada de niza».

era un bello ejemplar. además, carlos se encargó de deshacer toda la imagen romántica de su prima segunda cuando me refirió una noche, toda música de alas:

—¿sabías, edu, que la señora presta dinero al veinte por ciento mensual?

—rara delicadeza —dijo aminta por todo comentario.

toso obraba en silencio. se me antoja que para ese entonces ya había profesado, o procesado, no sé la palabra exacta, el cuerpo de aminta, lo cual le debió dar trabajo al curita obrero.

y, de repente, toso nos dio la despedida. bueno, en verdad, lo habían despedido de la curia al descubrir que no estaba consagrado, digo a su magisterio.

—¿entonces era un impostor? —extasiada aminta.

—y tú diste tu pierna a torcer —bramó mi compañero.
aminta estaba lívida, luego grávida.

pero, para no dar escándalo, salvo el de pedro antonio de alarcón, complaciente, admitió:

—habría sido un aborto del infierno, pues me enteré que el sinvergüenza era, además, maestro de capilla, o sea, una barbaridad.

me acordé de la vieja gorda, mujer de sófocles, quien solía decir en las tardes de tormenta: santa bárbara centella, líbrame de esta doncella.

ese mismo día, carlos se dio un golpe feroz, tanto que decidió estudiar con toda seriedad astronomía; había visto las estrellas y dijo que eran «lindas».

al día siguiente se presentó a la hora de la comida con el profesor bonilla, una pura maravilla.

bonilla era nigromante, algo inminente, astrónomo, astrólogo, alquimista, purista del lenguaje, agricultor, profesor de gramática parda, aunque nunca había estudiado para maestro de capilla ni aprendido a tocar el órgano, pese a lo cual, al cabo de unas semanas, dejó preñada a aminta.

—no confió en la astrología —intervine.

pero quien intervino fue el ginecólogo, para el segundo aborto.

la cuenta del abortólogo dejó escueto a carlos.

si bien todavía no podemos morar en la casa adquirida, guayaquil es un aliciente para mí. escribo en la suprema libertad, el calor me sienta como el luto a la electra, y el

ruido es indispensable. una se entera de cuánto desea y de cuánto no quiere. ¿se puede pedir más?

mi compañero, un día, al ir al mercado, algo fascinante para él, para mi alivio, pues nada detesto como encontrarme con gente de otra época, ávida de saber mi vida y la ajena, descubrió un cafetín cubano. desde ese día, vamos con frecuencia a tal sitio e, inevitablemente, pido un plato de arroz y fréjoles. los garbanzos me parecen destellos de trapo, y su sabor me deja estéril.

claro, vamos con edu, mi nieta. sus lloriqueos me espantaban al principio, pero ahora son, lo admito, menos dañinos que los comentarios de mis contemporáneos, pues nada sé de aquella gente desaparecida, como tampoco de la que vendrá más tarde; ¿será por eso mi encuentro a la ciencia ficción?

alguna vez...

me he olvidado cómo seguía a la frase comenzada, es decir, la historia de nunca acabar.

aminta, después del desacato con el astrónomo, se decidió por la astrología y hacía horóscopos a todo el mundo.

—carlos —me dijo una tarde— tiene doble personalidad. no me confundió la hipocresía.

bonilla, considerado por sí mismo invulnerable e importante, negó la paternidad del aborto, pues la maternidad la pasó en su integridad; carlos aseveraba que el fin de los tiempos había llegado.

por la noche, con binóculos y otros obstáculos, veíamos al cielo. fue cuando aminta descubrió fallas en el cielo raso de la sala.

bonilla, circunspecto, se paseaba por la azotea bajo un sol de calumnia, pues era invierno. era ducho en genealogías.

—primo de rivera....

le tapamos la boca con una manta. podía ser peligroso hablar de esos raros parentescos.

pero ahora me voy a guayaquil. acabo de inventar una amistad estupenda. como les decía, íbamos a un restaurante cubano, y una tarde —no comíamos sino a las tres o tres y media, y a veces éramos cuatro para comer— disfruté con la conversación de una mujer salida de años, como cuarenta, casada o qué sé yo con un inglés (lo supe por la pipa apagada que llevaba en los labios) de nombre roy. ella se decía michita. era gordezuela, mulata. solían ir todos los días, pues ella profería palabras horribles sobre el arte de cocinar.

—mi marido y mis dos hijos —se presentó. nos presentamos. era algo difícil explicar a ciencia incierta nuestra relación con aminta, y más decir que la hija de ella no era nada para mí. desde luego, la criatura llamaba la atención hasta de los policías. su estrabismo era impresionante.

roy preguntó un buen día, no era malo:

—¿esa niña es una profecía?

la pregunta nos descoñetó. con todo, la madre, con fina educación, murmuró «gringo 'e mierda». felizmente, roy no la escuchó, pero habría dado lo mismo, pues padecía, como la criatura, de estrabismo en español. en resumidas cuentas, no sabía nada de la lengua del hijo de la saavedra y, como el inglés fue siempre mi débil, eran carlos y él quienes hablaban confusamente en esa lengua difusa.

el paje nos preguntó, solo por cortesía, qué íbamos a comer.

—espárragos.

—caldo de bolas de verde.

—zanahorias.

roy y su mujer, con los dos hijos:

—bife a la criolla.

michita, la mujer, explicó con harta educación:

—no me agradan mucho los huevos.

el gringo la miró con disimulo, pero sin esconder su contrariedad:

—vas a fastidiar nuestra unión.

el hijo mayor exigió ese plato tan complicado, de nombre hamburguesa. el mozo se quedó perplejo ante la exigencia moderna del pajarraco, y replicó que solo se hacían bordelesas y andaluzas.

—entonces tráigame un caimán.

así, llanamente, nació la amistad.

roy y michita. venían cada tarde a la casa y era extraño: conversábamos. la televisión era una perfecta tortuga sobre una mesa vulgar, hecha especialmente para soportar esa clase de animales apagados.

roy era sorprendente en sus afirmaciones:

—guayaquil es muy confusa.

—quito, inconfundible —replicaba yo con carácter endemoniado.

a veces, tenía arrebatos de genio:

—no echo de menos londres, para nada.

aminta, siempre advertida:

—para todo hay remedio.

entonces callábamos. las moscas, divertidas, paseaban por la mesita de televisión, una araña de cristal, muy antigua, tejía su luz sobre nosotros. el silencio se mostraba amable, mientras la noche caía por las gradas.

roy habló de inglaterra. literatura inglesa, y de la aburrida. temo que se llevaba bien con meredith, a quien no soporto por el egoísmo mostrado a lo ancho de su obra, y de james, ese carantamaula norteamericano quien, en el colmo de la cholería, aceptó la ciudadanía británica.

—¿de quién es esa fotografía? —preguntó el mayor de los hijos de michita y roy.

mi mirada funesta lo acorraló, y le dejamos, desde entonces, en el corral. era una bestia, y estuve tentada a creer en algo, pues, una buena tarde, a lo mejor dios se lo llevó de paseo y no regresó nunca.

cómo odio los cementerios, pues las flores puestas ayer apestan a muchos kilómetros, no voy a caer en la vulgaridad de narrar la ceremonia.

echemos tierra sobre el asunto.

convertido el uno en fiel difunto, vamos a suponerlo, pues el vergajo no era fiel ni a su sombra, solo queda roy junior, algo como para ciscarme en el mundo entero o, por lo menos, en la estepa siberiana y parte del medio oriente, esa zona detestable donde alá vigila las fronteras y se habla una jerigonza solo entendible por aquella gente de muchas mujeres y escasas palabras.

era algo como ménage à cinq. roy, michita, aminta, carlos y yo, con la sola diferencia de situarme yo misma algo alejada de esa muchedumbre, pues estaba, de lleno y de vacío, dedicada a la ortografía desde el día aciago en que carlos me dijo que uevón se escribía con hache.

¿saben ustedes? ¡el libro más amado por mí es el diccionario! como alguna vez escuchara en mi infancia, junto a esa bestia redonda y el tío sófocles, que alguien de mi familia había nacido o berreado cerca de nobol, el domingo siguiente nos alejamos de guayaquil hacia esa población donde se veneran los restos, o sea, lo que queda, de una sierva de dios.

el carro de roy era incómodo y ruin. solo dos puertas y, para pasar al interior, una debía rebajarse hasta un grado extremo.

salir resultaba una maniobra increíble, algo de guerra, pues había una de colocar el culo en la puerta, inclinarse ante lo imposible y recular con suma destreza.

—es alemán, hecho en el brasil y ensamblado aquí.

—coño —dijo aminta, experta en estas maldiciones. ella llevaba la peor parte, pues iba en el lugar de las maletas.

expliqué a los acompañantes algo sobre nobol y el parentesco aparente con la santa. ellos desfallecían de la risa. estaban habituados, y el hábito no hace al monje, a que yo dijese de improviso, pues me agrada improvisar, «esta señora es mi pariente en segundo grado». claro, no explicaba que era el grado de la escuela, pero ellos me creían a pies separados y nada de juntillas, desde el tiempo en el cual fueron abolidas las juntas militares y advino la democracia con todas sus fieras. el camino parecía ser de asfalto, pero tenía huecos a porrillo y tropezones como gazpacho preparado en cartagena de murcia.

no me importa un tomate si no lo comprenden. digo tomate y no rábano, pues los rábanos me producen acidez.

roy preguntó de pronto en macarrón:

—¿y a qué vamos a esta población?

—vamos a esta población para buscar aire no contaminado.

la respuesta de roy nos dejó anonadados. se parecía mucho a aminta:

—oh.

a partir de ese momento, nos partimos de la risa. llevábamos la ventana abierta a causa de los pedos feroces del extranjero, el cual jamás se inmutaba y, además, tenía el desparpajo de anunciar con soltura:

—va pedo.

un policía nos detuvo:

—¿su destino?

carlos, todo serio, contestó:

—vencer o morir.

el policía era un hijo de puta y carecía, por lo tanto del sexto sentido. únicamente exigió con aire de la sierra:

—su licencia...

roy asomó la cabeza y preguntó con aire extranjero, lo cual resultó algo extraño:

—¿cuál licencia? ¿la de matar?

—son mil sures de multa por burla a la autoridad.

el hijo de puta quería beber a costa nuestra. es lo que sucede en la costa, nos explicó michita, sonriente.

—un momento —dijo roy, y se bajó espectacularmente del abominable vehículo. ya afuera, sacó una pistola de juguete, aquella regalada esa mañana misma a su tierno hijo, y encañonó al policía:

—¿sabes tú, hijo de otra madre, qué es un agente de la cia? —el policía palideció—. eres un carapálido —rugió roy, y le puso la pistola en la nuca.

—por favor, les ruego que sigan. no sabía, en verdad, que usted trabaja para el gobierno. ¡vivan los estados unidos!

—soberbia —comentó roy, al guardar la pistola.

sin embargo, no se quedó satisfecho.

—ahora, vas a repetir contigo esto...

—lo que quiera, míster.

—míster, no. yo soy lord.

lo de lord fue tal como un rayo.

—repite contigo: soy hijo de puta.

el policía obediente lo dijo cuatro veces.

—¿tú eres católico romano?

—la romana de la casa no funciona bien —respondió el policía honrado con tales palabras.

—yo soy proxeneta —dijo roy—; es decir, opuesto a todas las religiones.

—es que en esta religión somos ignorantes, míster.

roy le dio un puntapié en el culo.

—¿ya entiende?

el policía estaba mudo de espanto.

—no en tienda, sino supermercado —gritó triunfante roy.

el de uniforme, aterrado por la informalidad del supuesto agente de la cía o compañía de jesús, que allá va a dar, estornudó de puro miedo.

—por favor, míster, no le cuente a nadie. soy casado y tengo nueve hijos.

noches más tarde, pues nada tenía sentido contrario y todo se desenvolvía con una naturalidad tal que nunca

sabíamos la hora exacta, roy se presentó de pronto en casa. traía el ánimo descompuesto.

michita se sentó a mi lado y trató de hablarme de asuntos serios. esto irritó a tal punto a carlos, que dijo:

—podemos llegar al divorcio.

sonreí: ni siquiera estábamos casados; pero luego me preocupé seriamente. el divorcio, entre dos seres no casados, puede ser doloroso.

roy, junto a la ventana, murmuró con impaciencia:

—leo cien años y pico de soledad. la traducción es excelente, porque entiendo algo; pero, decididamente, el autor es muy lluvioso y cuenta hechos nada importantes para ingleses.

carlos me vio de reojo.

aminta calló con prudencia. sabía necesario el desahogo del extranjero, miembro ya de la familia.

el pequeño roy seguía una procesión de hormigas, la cual arrastraba una mosca azul hasta algún recoveco.

—latinoamericanos solo cuentan chismas.

—es verdad —asintió carlos—. la falta de cuidado para seguir de cerca la realidad no obliga a acudir a lo intemporal y estrafalario.

el extranjero movió los brazos, verdaderas aspas de molino: cada uno lleva el agua a su molino.

—vargas llosa es otro pollino —afirmó sin titubeo mi compañero.

—y lozana limón —dije yo, para asombro de ellos. tal vez me habían creído inculta, y una también tiene derecho a hablar de cuanto no sabe. nadie sabe nada, por eso se habla.

—en suma...

—¡nada resta!

dickinson, mi perrita, de la cual no he hablado hasta ahora, semejaba anonadada.

basta de hurgar en mi intimidad, lectores indeseables.

¿algún día me comprenderá la inhumanidad? los seres humanos no responden sino al llamado de la televisión.

esta mañana, sin ir más lejos, solo a dos calles de mi casa, me encontré con la susanita baquerizo, hija de gertrudis, hermana de mi abuelo, prima segunda de los plaza, con una nieta horrible parecida a una zanahoria ni blanca ni amarilla.

como debía decir algo concertado, le espeté:

—¡oh, esa niña!

me avergüenza decirlo y escribirlo, pero lo hago para que nadie dude de mi razón: y es preciosa, añadí con un desprecio soberano.

—ay, querida, le doy siempre teleblit.

me quedé como si viviera en la floreana, con morgan, más allá de las islas.

—estoy leyendo «la virgen pipona» —contesté ofendida.

la señora, parienta mía, como queda indicado, lo cual será deshonor para ella, pensó estar hablando con una sordomuda, pues mudó su semblante y, al sentirse acorralada ante la verdad, o por obra de ella, desapareció en lo más oscuro del supermercado, pues se había ido la luz y nadie sabía dónde.

la sinceridad ante todo.

todo o nada.

salí del supermercado sin nada, pues soy pequeña y no alcancé a tomar cuanto deseaba, por estar todo en las nubes.

al salir, me tropecé de boca a manos con otra pariente. era uno de los días procaces, es decir, aquellos en los cuales todo sale y entra mal.

—oh, te veo maravillosa, eduviges.

—tomo telegerontal.

—oh, déjame escribir ese nombre.

—pierde cuidado, querida, lo anuncian cada cuarto de minuto en tu telenovela de las siete y media, esa, «la perra silvestrina».

—¿verdad que es divina?

las desgracias no habían concluido.

en casa me recibió aminta para decirme que en el recibí me esperaba una persona para entrevistarme.

—¡pero si todavía no he terminado de escribir mi autobiografía! ¡no hay duda, es el país de la calumnia y el chisme!

entré. era una mujercita desmujerizada, sin pintura en los labios e, imagino, con corsé, compungida, trazas de pergamino, o sea, de familia honorable, ojos asombrados de mirar la vida, piernas de hambre bien administrada, y de busto, lo que se dice, una monada.

—buenas noches, señora... ¿o señorita?

la observé con el desprecio de un biólogo al examinar una ladilla a punto de morir.

—¿no da lo mismo?

—hay personas muy puntillosas.

—a mí nadie me pondrá la puntilla.

las últimas sílabas le hicieron tartamudear.

—bueno, en realidad, estamos haciendo una encuesta.

—no me gusta ir ni cuesta arriba ni cuesta abajo. ¿le cuesta decirme la verdad?

—bueno, vayamos al grano.

—eso me agrada más, pese a que los médicos me dicen que debo evitar los granos. vayamos, pues, al meollo.

se desconcertó. tal vez confundía meollo con melloco, algo delicioso y bueno para la salud mental.

—¿cuántos aparatos de televisión tienen ustedes?

—el nuestro, el del vecino de la derecha, el del vecino de la izquierda, el de la cocinera. todos se escuchan al mismo tiempo, señorita...

—sí, sí, sí. —y la hija de su madre hacía unas rayitas coloradas en su folletín.

—su programa favorito.

—el pájaro loco, es lo único con cordura en esa caja de basura programada para la deshumanización de la bestia terrena.

—¿qué piensa de la agresividad?

—si me sigue haciendo preguntas de ese género que se encoge, la saco a puntapiés de mi casa.

—¡oy!

—fuera, hija de puta. y además diga que uso pasta de dientes elefante y no me pongo desodorante y no compro cuadernos de la reforma agraria, no soy nada teledirigida y no digiero telenovelas. irreligiosa, irrespetuosa e iridiscente.

anoche, en guayaquil, título para telenovela, carlos estaba más cerca de mí que nunca. ahora me confiesa haber

tenido miedo de que ocurriera algo, y, es verdad, soy muy ocurrida.

pero, carlos, ¿te acuerdas de esa tarde, no hace mucho tiempo, cuando comenzaste a tocar mis pezones?

¡ah, solteronas, mujeres insatisfechas, ya podéis zurrar! ¡a mi edad casi prehistórica, aún me desea un hombre! aún soy capaz de producir euforia en el compañero de marras, suelta las amarras, con la mar delante y detrás el pasado.

a las cinco y veinticinco de la tarde, en todos los relojes, para enfado de algún poeta ya muerto, el cual todavía es recitado en veladas literarias y en otras descubiertas, para bochorno de la iglesia romana, sucedió aquello.

¿os pica la curiosidad? bueno, os dejaré a la entrada de la iglesia, junto al bueno de sancho, quien todavía no comprende la importancia de torquemada, uno de los pocos santos que en el mundo han sido.

hoy, más que ayer, detesto a los poetas. solo rescato a machado, el antonio, pues el otro, manuel, tiene trazas de torero.

voy al diccionario, aquel vendido por entregas por la editorial sálvese quien pueda, y compruebo hasta la saciedad y la embriaguez absoluta que el manuel tenía cara de torero; antonio, solitario, triste, errabundo en mi tierra de soria, donde algún pariente lejano dejó su cagarruta. bueno, admito, unamuno, cuando una vez dejó de joder con sus escarceos de orden filosófico, también escribió algo notable: ¡un poema a su perro!

odio a los poetas machistas de hinojos ante las amadas móviles e inmóviles, por razones superfluas o energéticas.

¡machistas de mierda!

los poetas con permiso para amar y olvidar.

total: carlos y yo hicimos el amor en la habitación de aminta, pues mi compañero había llamado a mi prima idelfonsa (¿verdad que el nombre es auténtico y diverso?) a fin de que ella pusiese en orden la contabilidad de la casa donde todavía no habitamos; pero, como él dice razonablemente, más vale prevenir que curar...

aquello fue inverosímil.

—carlos, después de hacer el amor conmigo, ¿no crees que te has vuelto arqueólogo o egiptólogo? ¡soy realmente una momia!

—por lo menos, los muelles de la cama no hicieron ruido.

el comentario de mi compañero me transportó a tierras lejanas donde el viento muda de parecer a cada instante.

nadie nos perdonará nunca: somos amantes y felices. todo es contrario a la doctrina en boga.

como decía, odio a los poetas y, de manera especial, a mi sobrino paco, el impostor, nacido poeta, poeta en vigencia, decadente y ordinario. os juro, lo he visto a la intemperie, y es inalcanzable. solo juliana, julieta e isaura pudieron tolerarlo. esto lo afirmo para ser refutada, pues ahora es poeta reputado, vale decir amigo de las putas, los ebrios, si bien jamás toleró a los políticos. ¡se presenta poeta y vagabundo y la gente cree que ha llegado un circo! paco ahora odia las órdenes religiosas. desordenado en su pensamiento, gira como la rosa de los vientos y hace aspavientos para librarse del pasado. mas yo me digo: donde hubo fuego, cenizas quedan, y

esto lo compruebo, pues, cuando vienen, los ceniceros quedan llenos de colillas.

anoche estuvo en casa y se bebió una botella escondida, guardada por alguien, no en un día determinado sino cualquier otro, pues mi amigo es un santo.

paco fue un machista endemoniado. tan solo ahora reconoce la verdad. por eso amó a yanira. ella le puso en vereda, pues las otras mujeres pretendieron dejarlo en la calle.

debo librarme de este humor satánico o volcánico. amén.

otra vez, el maníaco de carlos trajo un médico, pues ayer, tras el arretrato o arrechucho, me gusta más esta expresión, casi me vino un soponcio. ¡médicos, hijos de pilatos!

gracias a los dioses. se trataba de otro borrachín encantador, y se sentó a mi vera.

—pedro jorge es encantador —me dijo.

hablamos sobre las bestias impuras y los animales puros, sobre efigencia de la parra y eugenia viteri. una delicia, y nos amanecemos hablando bien (algo inaudito en el ecuador) sobre mi sobrino paco, el turquito adoum, pareja diezcanseco y alicia yánez. ya en el colmo de la borrachera, luego de haber limpiado otra botella, nos enredamos a hablar de luis campos martínez y ramón astondoa, mis mejores amigos, ambos extranjeros anclados o surtos en la bahía de guayaquil, pues eso de golfo no es grato para los españoles, ignaros en cuanto se refiere a literatura ecuatoriana.

a eso de la una de la tarde, yo en mis trece le dije:

—de los españoles, me quedo con el hijo de la saavedra, el hijastro de la carpio, el autor de «la celestina»

y, en la modernidad, andújar, paco el del tomelloso, sender y barea y cela. nada más, pues los otros me aburren, me aburren a torrentes ballester.

—jazorín es un santo!

—coño, de mi cabecera —murmuré—. bueno, ¿qué es lo que tengo?

el borrachín me dijo:

—¿hay de comer?

—de la mar el mero y de la tierra el cordero.

pasamos al comedor. se habló de pornografía o política, no lo recuerdo perfectamente. en todo caso, temas procaces y ridículos, prohibidos para edu, la pequeñita, quien daba muestras de mala leche. la niña, en efecto, con apenas dos años, prestaba atención a cuanto decíamos y, sobre todo, a cuanto callábamos.

aminta era una madre naturalizada, pues amaba a su retoño, como dice pemán. joh, qué poeta fue pemán! el peor de todos. autor de «la casada fiel», ¿verdad?

pemán, perdonad la digresión, era hombre tan perverso que parafraseó a lorca, y escribió:

«yo me la llevé al valle de los caídos,
una noche de vahídos».

por compromiso, el borrachín dijo: la comida está exquisita.

—todo lo freímos en aceite lastimoso, recomendado en la tele.

quedó pasmado ante la intervención de aminta, como suele suceder en las novelas sentimentales, tipo perez y perez.

a la hora de los postres llegaron roy, michita y los críos. bueno, solo uno, me olvidaba: al mayor lo

enterramos hace dos semanas en un lugar detestable, digo el cementerio.

sin embargo, la conversación no desfalleció en momento alguno, y hasta alguien resucitó palabras adorables del guayaquileñismo, tales como «enantes» y una expresión festiva, «hasta la vez no me ha llamado», al referirse al presidente electo, de quien esperaba alguna atención, sin haberlo logrado.

edu, niñita, opinó:

—agú.

como para volverse cuerda.

acto seguido, o segundo acto de la comedia, pasamos a la antesala, donde escuchamos el cuarteto número trece de ludwik; si no se escribe así, perdonad vosotros ustedes. hoy estoy desenfrenada, pues el dentista, ayer, me quitó el frenillo de los dientes, digo de los míos, pocos en verdad, pero altifieros, verdaderos colmillos de cetáceo.

el borrachín opinó a su manera:

—mi querida señora, debe hacer dieta.

—¿para que usted pueda comer más en mi mesa?

el hijo de puta cobró entonces la cuenta. era elevada.

con elevación, tal como me enseñaran en la infancia, pagué sin sonrojarme, pero reprendí a carlos:

—déjame morir a mi aire.

él me hizo un desaire: se levantó de la mesa sin contestarme. imperdonable, pero en ese mismo momento hallé un imperdible, perdido en la noche de borrachera.

al cabo de un momento, como quien dobla el cabo de hornos, regresó candorosamente:

—¿sabes, amor mío? temo por la vida.

se acurrucó a mi lado. aminta, cauta, hizo mutis.

nos quedamos intactos él, la cría por el suelo y yo, casi por tierra. no es agradable saber que se acerca el día de marcharse y ciertamente, sin prosa alguna.

una vez más detesto a los poetas. son unos maricones, se pasan la vida llamando a la muerte y, cuando llega la desgraciada, confiesan su temor o, simplemente, se confiesan.

en verdad, ante la muerte, a la cual jamás he llamado, me cago de miedo, y sé que, entonces, nadie me limpiará.

¡ay, el día en que en mi cama desordenada haya una lápida!

bendigo a alguien. él me trajo de regreso al recuerdo, a mi país y ciudad. en guayaquil, la memoria crece, siento de repente raíces, eso nunca experimentado: pero ¿no es verdad, manolo (es con manuel andújar con quien hablo, de modo, coño, que no me interrumpa), que Madrid era una fiesta?

tú, ananda, maría isabel arocha, mario parajón, anabel, javier y ester, paco e isaura, alfredo luna y gladys, ¡qué tarde aquella! el verano glorioso parecía haberse inventado, contra un cielo de velázquez, la torre de las galerías piquer, y volaban palomas herejes sobre las antenas de televisión, las mismas que reemplazaban a viejos signos.

reinaba juan carlos.

era otro el aire, se respiraba profundamente. la conversación era rijosa y anhelante, y las palomas seguían

revoloteando sobre palabras comunes y bellas. como dijo virgilio, no el de la eneida, sino virgilio peñaherrera, ¿hay algo más hermoso que vivir hasta la muerte? indudablemente era un filósofo fuera de serie, pero nadie es profeta en su tierra, y en la suya se aplicó a fondo la reforma agraria, con lo cual el pobre hombre se murió de hambre y a plazos. de paso, es bueno decir que virgilio murió en nono, una población al norsuroeste de la capital ecuatoriana, cuyo nombre se debe, según la leyenda, a que, siendo llevado por la fuerza el demonio a tal sitio, miró el hueco y pidió auxilio:

—no, no.

nono. debe ser de ahí de donde arranca la palabra nonato, o esa expresión tan común entre la nobleza: «no me jodan», quién sabe. todo esto será materia de un libro que prepara el insigne polígrafo colombiano, javier pardo tovar, para nada mi pariente, pero hombre inteligente. si los hay.

¿dónde, de verdad, me hallo?

despierto con zumo de papaya, luego existo. es guayaquil, pero paco, mi sobrino, se presenta al desayuno y habla con la zeta y la ce. carlos hace igual, yo le sigo. solo aminta confunde las sílabas, da la teta a la niña y vive a tropezones.

a todo esto, pienso que alguno de ustedes, lectores del futuro, se preguntará: ¿y de qué vivía la vieja puta si no cobraba honorarios? bueno, en primer lugar, nada de honores. los honores se pagan caros, muy caros, y con esto de la inflación...

pues vivo de los intereses producidos por el capital dejado por pedro el del gallo; además, carlos tiene lo suyo. yo he sido feliz con ello y no entro en detalles,

pues tal hecho sería quitar el campo a henry miller en su desafuero sexual. cada uno a lo suyo, como dicen los neoliberales que no han liberado al país y, más bien, lo han hecho mierda, materia tradicional y no exportable.

mas no entremos tampoco en el campo de la política, o sea, el campo minado desde la época de los nazis.

bendigo esta mañana de sol escaso en guayaquil. me acabo de bañar en agua de rosas, pues mi compañero de tantos años me ha dicho que hoy estoy más hermosa que nunca. me guiña un ojo y se marcha a jugar a la bolsa. él lo había hecho desde rapazuelo, pero entonces su madre santa le daba de bofetadas, al tiempo de decirle: si te vuelvo a ver jugando con eso, te marco... y, como bien, mientras el dólar se devalúa, el marco se afirma, a propósito, hay que poner otro marco al cuadro regalado por paco coello, pues en el trayecto se ha descoñetado.

leo a madariaga. su bolívar me divierte y educa.

los grandes hombres, las figuras impares (no las pares y, además, ustedes saben, jamás he parido), terminan en soledad.

ahí están napoleón, bolívar y, más que este guerrero de la libertad, ella, manuela sáenz, grande por su amor y, además, por ser inocente: ella no tuvo la culpa de amar a un hombre nada economista, pues jamás tomó medidas de emergencia.

—¿quieres un poco de nata, querido?

la pregunta inocente de aminta me trajo a la memoria otras de la mujer de sófocles, quien lo hacía únicamente por joder.

carlos entra y me dice que han hallado el testamento del hijo de atahualpa. a mí qué me va ni viene. total, no me dejó nada, salvo alguna marca de fábrica.

michita y yo hicimos migas, pues nos volvían locas las palanquetas de la panadería francesa. al pan, pan, y al vino, la morcilla, como diría el gran ercilla.

(esta página la escribo mucho después que la anterior, pues vino una visita y, si bien divisó la escoba tras de la puerta, permaneció como dos horas en la antesala, en busca de datos, dice, para escribir mi biografía. no le creo nada, por eso me precipito a transcribir estas memorias casi de ultratumba, y no lo son, pues ya saben cómo detesto el chateaubriand cuando está muy hecho). otrosí: me cago en la leche.

¿verdad que las digresiones son agradables? en casa de mi tío manuel escuchaba con frecuencia esta máxima:

—nunca seas lógica, eso es propio de la gente aburrida.

pero tampoco se debe ser irracional como carroll, pues no es sino una capa de moralidad para esconder viscosidades sexuales, como en el caso de susodicho párroco protestante. ¿conque jugando con niñas desnudas, so hijo de puta?

el casero es una bestia. ayer me dijo:

—es admirable, señora. muchas personas no llegan a su edad. si no es indiscreción, ¿cuántos años tiene?

—vengo del pleistoceno —le respondí y, como el desdichado se educó con los hermanos no sé cuántos, se quedó en baba.

después se rasca vientre abajo, con lo cual demuestra que todo en esta vida se reduce a un problema sexual, ¡me cago en freud el vegetariano!

—¿qué lees?

—vargas vila, lo del cóndor...

es inefable. siempre rebusca en las librerías de los amigos viejos y vuelve gozoso con una ganga.

casi nunca hablamos del pasado, pero cuando carlos me habla de su padre, llamado joel, me parto de la risa. es sin duda, un nombre inefable, de novela.

—¿y tú?

—alternó, ya sabes. un solo libro me aburre a tiempo completo.

estoy con madariaga y al mismo tiempo con azorín. tú sabes, jamás ha pasado un mes sin abrir un libro de azorín.

—sí, el español de los estruendosos me azora. todos los cortázar, los vargas loza, los garcía, los sábato y los domingos y más fiestas de guardar me revientan —dice alguien satisfecho.

—te amo, carlos. te amo, desconocido. ¿quién eres en verdad?

en mi santiscario nadie manda, de modo que ajústense los cinturones y regresemos a madrid. el vuelo será muy movido, pues hay corrientes brucas.

bruscamente nos acomodamos en la vieja sala, todavía con el olor característico de carlos, su sempiterno cigarro, y el vapor de aminta, afanada en las tareas de la casa.

carlos inicia el día con su salida a la calle para comprar el abc y el pan. el desayuno, de manera invariable, consiste en huevos, altramuz (chochos, para el ecuador amazónico) y café negro, pan y mermelada.

a veces llega el médico borrachín, quien finge ser atento con mi salud. en realidad, o ciencia ficción, llega

por estar solo, sentirse solo u ateo. niega todo, hasta su existencia, pues se trata a sí mismo como suelen hacer los médicos con los impacientes y aun con los pacientes. fuera de eso, se automedica menta, se atiborra de pastillas: vitamina e para la caída del cabello (y es calvo de nación), vitamina ah, la cual llama la atención, y vitamina u para evitar el aedes aegypti, propalador del dengue. la enfermedad existe en el caribe solo, pero él teme esa dolencia pues nunca aprendió a bailar.

me divierto al verlo como un mosquito alrededor de aminta. entonces le dice: usted tiene mala cara, y calla lo del buen cuerpo y otros detalles menudos; la invita a la cama para auscultarla y programarla. escucha su corazón, oye el latido de sus pechos, le hace masajes, todo en el mayor silencio y compostura, si bien jamás he investigado cuál es la postura favorita de ella. siempre se debe evitar, aun con los propios, esa suerte de conversaciones, conllevan propósitos callados.

después del desayuno, carlos iba a la universidad a distancia, la cual estaba muy lejos, lejísimos, del departamento donde vivíamos: dictaba sus clases de contabilidad, y regresaba agobiado por razones fútiles a eso de la una de la tarde, cuando se sentaba en la sala, de verdad, nunca se quedaba de pie, y rogaba una cerveza bien fría, así fuese invierno.

había aparecido otro personaje, como les he referido, con referencias vagas, legendario. tenía barba blanca y aspecto de ogro: alguien no sé cuántos, el escritor argentino, no adicto al boom y, por tal causa, desconocido para la ignorancia suramericana, como usigli, mujica láinez, otro de los comensales nuestros, bianciotti y, de modo especial, el autor genial de «zama», la novela más recia de toda la literatura nuestra y ajena.

ese alguien y antonio, amigotes, se trataban de usted y con una altura soberbia. aminta era quien más participaba en las conversaciones de los dos genios, mientras soportaba con estoicismo mi carácter desventurado y el malgenio de carlos, una parte en tierra y otra en veinte mil leguas de viaje submarino, pues, como los obreros franceses, disfrutaba con verne, autor nunca socorrido por esta vieja desaforada, ¡pues no suele hablar del sexo! bueno, en el centro de la tierra o en varias semanas en un globo, o preocupado por los quinientos millones de la begún, resulta improbable que haya espacio para una buena escena de sexualidad esplendorosa. verne es pitágoras en francés.

carlos nunca fue santo, pero sí de mi devoción. yo callaba su vida secreta, la cual compartía con mi sobrino paco, incurable callejero, amigo de tabernas, las calles desiertas donde todo permanece a escondidas, sobre todo en aquella época de franca hipocresía en españa toda. callaba, pues mi amor era total. igual al de isaura, la cual callaba su desventura con mi sobrino paco, de mujer en mujer, de hembra en hembra, hilvanando sueños, soñando descubrimientos. ¿isaura o juliana? ya no sé... pese a todo, lo respetábamos.

si yo estaba como una cabra, mi sobrina adorada isaura estaba como un rebaño. a ese par de locos disolutos solo podían amar dos mujeres con amplias caderas y sin fronteras. esto nunca lo comprenderán las señoras de medio pelo o pelo largo en la ciudad andina cundida de naftalina.

ayer, una periodista intrusa preguntó a carlos en otra de esas famosas encuestas, sin saber de dónde había brotado mi compañero:

—¿sabe usted cuál es la capital del ecuador?

la respuesta de carlos fue violenta:

—pascuales.

ella, al parecer, se descuartizó ante las palabras. si follaron más tarde, lo ignoro. yo estaba haciendo la siesta.

ustedes me comprenderán: no se puede creer en un hombre que dice siempre la verdad.

paso sobre ascuas al hablar de la intimidad de carlos, y santas pascuas. sin embargo, puedo asegurar que, ni aun en el frío de quito y sus alrededores, jamás usó calzoncillos, con los cuales el hombre de los andes refuerza su castidad.

una mujer decente no puede desvestirse con esa temperatura, y la última vez que estuve en la ciudad maldita tenía treinta y ocho y décimas, a causa de una gripe viral.

aquí en madrid suceden hechos extraños. nada menos que otra encuesta, ahora para carlos:

—¿cuál es su música favorita?

—con la música a otra parte —respondió.

la señorita, bobalicona y estudiante de periodismo, como es de rigor, o sea, estúpida en grado sumo o último año de la facultad, disimuló su impaciencia.

—¿schubert?

—mozart.

—¿casetes o discos?

como la chica era de muy buen ver, carlos no vaciló en llevarla a la biblioteca. le mostró la colección formidable de discos, desde luego sin decirle que gran parte era herencia recibida de werner y laszlo.

—oh, esto es como las mil y una noches —tartajeó la alumna de periodismo.

—casi dio en el clavo: mil ciento diez discos, desde los primitivos hasta los neoprimitivos como britten y maiguashka.

—¿japonés?

—casi.

—oh, oh, oh...

la chica estaba maravillada al ver cómo tenía los discos.

—es increíble: dice comprado en nueva york en 1964.

carlos, al mirar el culo estupendo de la muchacha, le explicó con bondad suma:

—trato con cuidado singular los discos y las mujeres, y los uso por ambos lados.

ella se inclinó para ver un disco de dowland, en el suelo dejado por eduviges, la compañera de don juan.

prudente, saltó sobre el asunto. ignoro de qué color tenía las bragas esa estudiante, pero, en todo caso, carlos estuvo esa noche circunspecto o, quién sabe, agotado.

ah, los hombres, como dijo teresa de ávila.

los hombres son machistas e inseguros de su sexualidad, por eso nos tratan de demostrar su funcionamiento al ejecutar maniobras militares con otras mujeres, las cuales lo hacen para satisfacer sus ansias de saber, si bien, al menos en los andes, jamás lo consiguen.

a mí jamás me perdonarán por decir la verdad.

desnuda vine al mundo, desnuda me he paseado, desnuda abro los brazos al hombre escogido para amar.

odio el estreñimiento literario, el de los españoles del siglo diecinueve, el de los jansenistas tipo mauriac, o el de los victorianos que follaban por correspondencia; así

como detesto a los realistas a deshora, pues para hacer el amor se necesita una hora en punto (menos, es desagradable), y abomino a los cultivadores del supuesto realismo mágico o del gargajo literario. de la hoguera bárbara solo rescato a alicia yáñez cossío, quien escribiera, antes del tal garcía, bruna, soroche y más líos, confesando, a la vez, que de sus obras es la menos hermosa. amo la lejanía, más mía mientras más lejana, y la de más allá de las islas, y este mensaje meto en una botella, acabada anoche, y la envío a alicia.

¡diablos! este rato acabo de recibir carta de luis campos martínez, sociólogo, relatista, periodista, el hombre con mayor conocimiento de cine en el mundo occidental, armador de viajes, bajeles y sueños, antropólogo y gigante sin estrellas, hundido en los andes, cuando él nació en cuba, cosa más grande, chico, amigo de mi sobrino, lo trajo a mi casa, en madrid, una tarde a eso de las cinco y quince en casi todos los relojes, y hablamos de todo, menos del prójimo, de los vecinos y de poesía, tres materiales fecales abominables. tampoco se habló de apellidos, pues paco me martirizaba al descubrir cada mañana las imposturas de los abolengos desenterrados en casa, viudas de extremadura y andalucía.

yo estaba por entonces escribiendo una novela, pero la prohibieron. mejor dicho, fue prohibida por carlos, al aducir que en ella yo estaba de cuerpo entero y que no cabía que una mujer a los setenta se expusiera a pescar un resfriado o, lo que es peor, a mostrar un cuerpo ya gastado, pues, afirmada la monarquía, una debía gastar más en la casa y en la calle. eso del peculado, que la sola palabra me parte de la risa.

¡tantos hombres! ¿acaso tengo culpa del sonido extraño de sus apellidos? acaso los escogía para mi intimidad.

aminta, entonces todavía doncella, regresó a casa, en madrid, con una nueva: había conocido a un ecuatoriano que, sin haber comprado título alguno de nobleza, pues esta no se hereda, sino que se adquiere a buen costo, era noble de verdad. para qué decir, nos emocionamos, esto es, reconocimos nuestra condición de tercermundistas, gente en búsqueda de amparo en el pasado, amantes de los títulos, etc.

una buena tarde, el pretendiente a la corona, o lo que fuese, se presentó en casa. lo vi en su salsa y se me antojó vástago cualquiera de una tribu vulgar andina. sin embargo, era príncipe.

estaba vestido a la usanza europea. tenía color de pez disecado, labios finos, tamaño irregular, corbata de color a gritos, cabello lacio, cuello fino, nariz rectangular, manos irregulares y un acento como de extranjero en pos de nacionalización.

—a sus órdenes, cushi —se presentó con amabilidad untada de prehistoria.

aminta hizo su comentario sagaz:

—¿verdad que no tiene nada de tupac yupanqui, el invasor peruano?

—jamás. no tengo, en realidad ni ficción, nada de incásico, pues desciendo en línea recta del rey cushicagua.

—¡joder!

ante mi asombro, él desarrolló toda su tesis, y lo graduamos esa misma tarde doctor honoris causa en genealogía y geología primitiva.

aminta estaba orgullosa de ser la prometida (si bien las promesas no se cumplen, pues ya lo dijo lucrecio, poeta latino: «prometer hasta meter; después de lo metido, nada es definitivo») del indio aristócrata.

yo comencé a sentir por el visitante extraño una amistad y simpatía bastante raras. su presencia daba otro aire a mi casa y a la vida misma en madrid, la cual, confieso, comenzaba a ser tediosa en alguna porción.

—¡el incario fue la peor infamia de la historia!

esto hizo crecer mi admiración hacia él y a su raza de manera desmesurada. sus palabras eran fertilizantes y nuevas, rotundas y distintas.

—también yo he odiado el incario —dijo carlos, y añadió con ira sagrada—: ¿no es verdad, señor, que los incas fueron depredadores de la ecuatorianidad?

el príncipe indígena dio una pitada a su cigarrillo y pronunció con desdén estas palabras:

—invasores...

carlos, quien siempre me había hablado de los indios con una agresividad histérica, ante esta aseveración de orden histórico se envaneció:

—¿no te he dicho, edu? ¡los incas son una vergüenza monstruosa!

el príncipe sonrió para mostrar una dentadura nunca jamás profanada por kolynos u otra pasta dental. arguyó que el quichua no pasaba de ser una jerigonza destemplada y que, antes de la invasión horrida, las lenguas aborígenes eran mucho más hermosas. además, eso de «quechua» era ya la perfección de la infamia.

—y guayaquil fue también adorable —apuntó carlos.

yo no decía nada. soy racista y, desde la más vieja infancia, he mirado a los indios como inglesa en una diligencia del oeste americano. sin embargo, por vez primera admiraba a un indígena ecuatoriano y lo veía con traza dignísima.

—jamás los antepasados se rindieron al ímpetu cobarde de los incas. estos eran de una raza totalmente inferior y, por lo tanto, guerrera. los incas fueron los nazis de suramérica, el que no comprenda esto sirve a los propósitos infames de quienes desean dar la vuelta total a la historia. ¡yo soy «malaba» hasta los huevos! ¡los malabas no fueron conquistados nunca!

aminta lo contemplaba como los romanos al nuevo papa.

pero carlos estaba lejos, muy lejos:

—¡cuán bruto fue colón, creía la tierra redonda!

en este punto, como en otros, debo decir que él leía con fervor a quino y su mafalda, y el personaje más admirado por mi compañero era el hijo del tendero.

cushi, sorprendido ante semejante aseveración, anotó:

—nosotros no somos semejantes a los incas. ellos eran la corrupción y el desorden. su maldad no contenía límites: trasladaron pueblos enteros, por castigo, de un país a otro, e implantaron una lengua bárbara, peor mil veces que los españoles.

la conversación nos condujo al orgasmo, si bien debo admitir, según versión de aminta, que ella lo había experimentado la noche anterior en la intimidad.

mientras la escena se desarrollaba, en la televisión se podía admirar «la clave», una de las pocas horas en las cuales disfrutaba una al ver una buena película, si luego tenía la precaución de apagarla, pues de seguido venía la discusión bizantina sobre el filme, y los españoles, de cine, ¡na!

con la monarquía, pasaron a un estado mejor. los españoles se quejaban, sobre todo los autores dramáticos, de no poder crear a causa de la censura; pero, fallecido

el gran hipócrita, nadie hizo nada de nuevo o, por lo menos, válido, con la excepción de «las bicicletas son para el verano», y bueno, vallejo, tan resentido, no pudo ni bajar las escaleras. cuando no hay talento, la censura es válida como pretexto. al existir genialidad, los dictadores se sienten castrados o mueren el infarto.

aminta parecía otra persona. el aborigen la estaba tallando a su antojo y hasta sus caderas escuchimizadas de pronto se volvieron rotundas.

—lo que me preocupa es que, si me quedo encinta, mi hijo será inevitablemente cholo...

cushi sonrió cautelosamente.

—hay hombres con dones, y yo los uso. no tendrás hijos, aminta. no quiero tenerlos en una mujer blanca. mi verdadera mujer debe ser indígena, igual a mí.

su declaración puso pálida a aminta. se escondió en mi regazo y el indígena soberano le dio las espaldas.

—no es respetuosa su postura —intervine, me vi obligada a ello. al fin y al cabo, era para mí casi una hija.

—mi orgullo es inmenso —arguyó el príncipe.

felizmente, en ese mismo momento entró carlos:

—me temo que «elefante» no sea palabra española.

—¿cómo?

—he buscado en la ele, y no existe.

un periodista de moda habría escrito: llovía sobre madrid, pero da la casualidad de que no sucedía tal cosa. cushi se volvió hacia aminta:

—te amo.

—vaya, qué cursi, todos los hombres aman.

—solamente una vez y nada más.

la situación era equívoca, por decir lo más. y entonces, con más o menos precaución, pregunté al príncipe de los páramos:

—¿a qué vino usted a madrid?

—¿y usted?

nos quedamos a fojas uno, como si hubiésemos abierto una novela de lezama lima. imposible avanzar.

ella salvó la situación:

—hace un tiempo divino.

—humano —repliqué para herirla.

—edu, me ha hecho daño.

le recomendé usar alcohol, no el de beber, pues mi compañero lo había agotado durante la noche.

carlos regresó dubitativo:

—¿cómo llegó de allende los mares?

—por la caída de allende —contestó el misionero indígena—, pues todo hombre tiene su misión.

—¡estaba en santiago estudiando eutanasia!

—qué divino —subrayó la amada, y añadió con una voz cautivada—: «los hombres deben tener una actividad, de lo contrario...».

—eso es, era contrario a los militares —añadió carlos.

—bueno —dijo cushi—, vine de polizón.

aminta, amedrentada ante dicha confesión, se acurrucó a mi lado; en otras palabras, ya había tomado partido.

en medio de esta discusión, llegó javier pardo. no tardó nada en sentarse a la mesa. eran las tres de la tarde, hora de la comida, y nos servimos una japuta (en tiempos de la tonsura, la llamaban pez teleópito del suborden de los acantopterigios, de color

plomizo, de unos treinta y cinco centímetros de largo y casi otro tanto de alto, de cabeza pequeña, boca redonda, armada de dientes finos, largos y apretados a manera de brocha, escamas regulares y romboidales, que se extienden hasta cubrir las aletas dorsal y anal, cola en forma de media luna, y aleta pectoral muy larga; vive en el mediterráneo y es comestible apreciado, como que aminta lo había comprado en setecientas pesetas) –ver página 766 del mataburros, o sea, diccionario de la academia de la lengua, órgano sexual que los antiguos usaban para hablar, edición de 1970, regalo de mi autoría (pongo la palabra autoría para demostrar la posibilidad de convertirme en cojuda ad honorem) a mi carlos en el año de 1973, su cumpleaños–.

–pese a la palabrota, el pescado está delicioso –sentenció el aborígen, quien se las sabía todas e ignoraba algunas.

solo faltaban mi sobrino paco e isaura.

llegaron, como en las comedias de óscar, a los postres, y manifestaron ya haber saciado su hambre, lo cual fue noticia bien recibida, pues a todo había dado fin el aborígen tostado.

isaura disfrutó de una fruta, y paco de un nuevo cigarrillo y un vaso de pernod con agua y hielo.

mi casi hija todavía estaba nerviosa.

aminta «era así», y este tema cachondo fue robado por una compañía embotelladora de veneno para la sed, color abetunado.

después fuimos a la sala y nos sentamos rendidos, pues la distancia entre la mesa de comedor y aquel otro lugar era considerable, si se considera lo caro de

la vivienda en la España del mercado común. entonces hacíamos todas las compras en el mercado de la cebada, más arriba de la casa.

cushi dijo algo humano y, por lo mismo, cursi:

—dios le pague, doña edu.

carlos no pudo más y le interpeló:

—¿cómo un marxista envarado puede usar esa fórmula?

—precisamente por eso.

—claro: si se suprime el dogma del dios de barba y cabello, imagen del conquistador...

—nunca mejor dicho —asintió el aborígen.

la conversación se tornó algo mecánica, pues se habló de cuál podía ser el mejor carro (coche para los españoles peninsulares) para ese año, y nadie se puso de acuerdo.

aminta, con su enorme talento escondido, concluyó:

—el mejor carro es el usado.

—depende de cómo se lo haya usado —intervino carlos, siempre puntilloso.

cushi pronunció las siguientes palabras con solemnidad:

—mis antepasados viajaban, ora en canoas, ora a pie, ora en cabalgaduras hoy desaparecidas, como el onagro.

—basta de orar —pidió la amada móvil.

como para ese entonces no había nacido la pequeña edu, y no podía mandar a la mierda a nadie en su nombre, dije el mío y me cagué en la concurrencia:

—¡leches! ¿se va a hablar de carros toda la tarde?

javier, siempre ecuánime, propuso hablar de aviones.

mientras tanto, la tarde caía. carlos estaba en las nubes.

y esta última palabra me lleva a narraros mi caída, la más grave de todas. y de esto le culpo al príncipe malaba.

—¿por qué no salimos, mañana sábado, de paseo?

—¿todos? —pregunté desesperada, pues no me agradan las manifestaciones.

al día siguiente, me enteré por casualidad el propósito nefando del aborigen americano. el tren rasgaba el paisaje chato de castilla.

—¡oh, no, no puede ser! el valle de los caídos.

jamás he sentido una frustración como aquella. era todo asqueroso, o sea, majestuoso, la solemnidad de quienes han caído con dignidad, el mausoleo de esos seres a los cuales nunca habré de respetar, la lengua de los canallas trata de borrar todo vestigio de honradez sincera. la honra no la hacen los demás, sino uno, como decía alejandro dumas, hijo.

cuando terminó la tortura (creo haber entrado inclusive en una basílica, lo único bueno, pues por fin supe el significado de ser o estar hecha un basilisco), ¿hasta cuál extremo había llegado mi desdicha?

—carlos, ¿cómo pudiste consentir esta humillación?

—edu, te juro, yo mismo lo ignoraba...

los hombres siempre mienten (eclesiastés, libro 3, capítulo 6, versículo uno al uno y medio). si él ignoraba, ¿debía llamarlo listo?

aquel día aciago llegué a dudar hasta del hamor. sin hache lo escribe jardiel poncela, un hombre chiquito con bastante amargura en el estómago.

—toma esto, amor mío —me rogó carlos, ya en casa.

me hizo bien para la acidez, pero, en cambio, vaya pedos los de esa noche: fueron tales que él me dijo no bien despuntaba el alba:

—por favor, edu, suprime la guerra química y los gases... ¡seamos leales en la lucha del hombre y la mujer!

—¡cínico!

—oh, es una maravilla, me has hecho acuerdo: esta noche podemos ir a una película titulada «cómo follar a una mosca en el verano», ¡naturalmente de saura!

—¡divino! —exclamé, pues jamás duermo mejor como cuando veo esa clase de filmes.

carlos se puso de rodillas:

—edu, será maravilloso, es con la geraldina chaflán.

—pone en orden, chaflán murió hace fuuu...

—nada importa cuando se ama.

nos derretimos con miel de abeja. el azúcar está prohibido a carlos. peligro de tía betty. ¡ay, esa tía desdichada!

si yo fuera cruel como joyce, un proust, un henry james o un garcía vulgar, os referiría la visita de la tía betty. pero no quiero morir con odio. deseo partir sin rumbo cierto llena de optimismo: sé que mañana estaréis comiendo mierda, pero con refinamiento.

paso sobre ascuas y santas pascuas.

en el fondo, cuánta gana de embarrar vuestros días con la visita de la tía, pero me aguanto.

no, no puedo más, voy este momento al retrete.

hace un momento me puse un supositorio. voy a cagarme en todos esos noveladores mundanos. no hicieron sino inventar historietas llenas de llantos y mocos para narrarlas en forma demagógica, porque, vamos a ver: a ti, ¿qué te va ni qué te viene que llueva en latacunga, o que hasta virgilio, el de las bucólicas, haya tenido pretensiones homeopáticas?

eso es hablar con finura. otra persona con menos ingenio habría dicho sencillamente homosexuales. ¡sería el colmo!

me pongo el batón largo y paseo por las terrazas.

mis perras fieles siguen mi rastro. ya les he dicho, vivía en el rastro, al pie de madrid, y estoy de pie desde las cuatro de la madrugada, a causa de una disentería de la vecina. como las paredes son tan delgadas, escucho su manera de expurgar el estómago y no necesito encender la radio, pues me basta con la de la vecina. la pone y escucho las noticias con claridad supina; pero si por desgracia, pasadas las once de la noche, eructo, efecto de un gazpacho tremendo, llama el portero para decir «el vecindario se queja por la bulla armada por vosotros». ¡total, estamos desarmados ante la turba! y el portero andaluz.

nadie ha de entender mi odio-amor a españa y ecuador, nadie, a excepción de ese genio, ramón astandoa. quien me decía ayer: «demostramos gracias a los dioses por haber pisado españa y américa, ¡pues esta experiencia es tan honda y grata como la sexual!».

y esto no está escrito en los manuales, ni en el almanaque de «selecciones», la enciclopedia de los cojudos, o en la página social de un matutino ecuatoriano, ¡coño!

¡cosa más grande, chico!

recojo esta frase hallada al pie de una cama en el hotel donde pasamos carlos y yo un fin de semana o picnic, como dicen los de reagan. la letra era de una mujer. no tenía música.

¡odio los desodorantes y me cago en la leche!

todo esto me suena a conciencia o reloj sin punteros...

amo a carlos y a walter, amo a laszlo, werner, al tío manuel. en el ecuador —no lo olviden, país amazónico desde el machángara— hay la costumbre sana de hablar bien de los muertos y denostar a los vivos (si bien se suele hablar bien de los vivísimos o políticos de turno). voy contra corriente. solo hay un muerto con el cual tengo batalla: el presidente velasco ibarra. me injurió una tarde a las cinco en punto en todos los relojes:

—usted, señora, es una mujer sensata.

era en buenos aires. de un bar cercano llegaba un lamento de cabrones más conocido como «uno busca lleno de esperanzas»...

nos habíamos topado por casualidad.

amé con toda el alma a doña corina. fue mi amiga maravillosa, y el ecuador jamás le perdonó el ser inteligente, noble, bella y primera dama. por ella, sonreí al viejo embaucador y agradecí complaciente: lo más admirable en usted, señor presidente, es su cordura y sindéresis.

después se escuchó aquello de «adiós, pampa mía», y nos separamos.

desde entonces, no engraso los ejes de mi carreta y suenan mis huesos al caminar. es la vejez, proclamo.

—¿sabes, carlos, lo que más te agradezco? enseñarme con amor a valorar y bendecir mi vejez. me siento digna, gorda y alegre. ¿se puede pedir más a la muerte?

tantos se van tristes por no poder llevarse el dinero ahorrado durante el vano ajeteo de estrujar el tiempo.

si no hubiese gastado todo, habría dejado a los descendientes cuentas pendientes y líos de herencia.

yo moriré como este día (ese será mi secreto).

todo esto es de mi santiscario y no de lucrecio y otro filósofo inmaduro. ¡ah, cómo me gusta el maduro frito!

pero ahora me hallo en guayaquil, a la espera de cumplir muy pronto mis ochenta años, de acuerdo a la united press y la roiter. yo me siento en mis trece.

ayer, por vez primera en la vida, vi televisión como seis horas, y he amanecido algo así como amortiguada, con tensiones nunca experimentadas y dolor a las niñas de los ojos. parece que las niñas se afectan por otra parte, pues queda vista la una, o sea, la televisión propia, me siento transportada a regiones ignoradas. esto es previsible, o lo era, pues, como he dicho y repetido, no pasé por la experiencia de las escuelas ni colegios. no me siento teledirigida y odio a muerte las computadoras y los relojes desechables, y al japon, ese país donde se inventa el tiempo extra.

en otros tiempos, el sexo lo simplificaba todo.

mi sobrino paco me ha regalado, sin ton ni son, un libro maravilloso, del autor más amado a través de mi existencia, siempre realizada en primera clase, como desquite de mi ausencia escolar. gombrowicz. lo leí la primera vez hacia 1967, endilgado el libro por un cura. ¿no les parece extraño? se trataba del secretario de la nunciatura, en madrid, un señorito polaco, el cual conocía misterios sobre su país, inimaginables. cuando concluí la lectura, no antes, pasé el libro a mi sobrino paco, y él, ya en madrid, escribió su novela, la cual debe mucho a ese raro bicho centroeuropeo.

nunca me he tomado en serio, pues sé mi valor real, pero continúo esta digresión por considerarla adecuada a mi salud. enciendo un nuevo cigarrillo y leo con la tranquilidad solo posible para los condenados a muerte.

la gente se apresura a vivir y en realidad no vive: todo su tiempo lo emplea en huir de la muerte, y esta únicamente vacila ante el ruido de una carcajada, o sea, la negación magnífica de la nada, ¡léase mierda! el aborigen de aminta no leía nada. argumentaba: «todo se halla en la naturaleza».

un día, toda excitada, entró en mi recamara (esto suena a padre coloma o corín tellado) con una tarjeta postal, no articuló palabra alguna. lívida, sentándose al borde de mi lecho —sigue el tono romántico de los best-sellers—, me enseñó el sello. la postal venía de los estados unidos.

tardé mucho en comprender las palabras de ese nombre trashumante, pues, además de su caligrafía hórrida, tenía una manera de redactar hartó sui géneris.

al fin, cuando ella encendió el bombillo, pude leer a conciencia. el cabrón aborigen decía poco menos o más: «por fin he conseguido poner orden a mi vida. esto es el cielo, vivo en miami, una ciudad preciosa, hablo inglés, una lengua divina, voy al cine las noches, y mi señora es una estrella, antes trabajó en el cine porno. tiene un nombre divino, se llama mary y es presbiteriana. sin embargo, debo confesarle, aminta, su recuerdo me ha dejado quemaduras de segundo grado y su olor todavía no se desvanece... pero no hay cabalidad en este mundo, por lo que espero reunirme con usted en la eternidad. mary es de sangre indígena y reservada».

total, aldrich en «la venganza de ulzana» o «ulzana's raid», como se titulaba en inglés, con burt lancaster.

—¿y ahora qué hago?

—te recomiendo la castidad —le respondí como una buena madre.

carlos se presentó para completar el melodrama.

—lo sabía desde un principio. era un bribón.

—no —protesté—. todo hombre debe buscar su conveniencia, y el aborigen lo ha hecho a carta... ¿o se dice a la carta? te aseguro, paco, que no lo sé a ciencia cierta. este condenado autor polaco me sacude.

—el idioma polaco, al ser traducido, se vuelve absurdo. edu, piensa tan solo en esto: el polaco no tiene diccionario.

—¡tendrán mapas, al menos!

ella reflejó su tristeza al decir:

—y él me decía siempre: «¡cuando estemos juntos en cracovia!».

esto me molestó mucho, pues soy ignorante en historia.

carlos, con suma paciencia, trajo un mapa de europa y lo extendió sobre mi cama; pero mi curiosidad innata me llevó hacia noruega. le pregunté a aminta:

—¿y si buscara para ti un nórdico?

—no me gustan los analgésicos —protestó con humildad.

pensé: en realidad, la gente nórdica es analgésica, no sienten dolor a nada y caminan en la nada. tienen hasta el sol de medianoche y nueve meses de semioscuridad. ¡la inquisición del tiempo!

paco dijo algo así como: guayaquil es maravilloso.

estuve de acuerdo conmigo misma.

¿cabe discutir si el tiempo es bueno y vuelan los recuerdos? me visto del presente y salgo a la calle.

nadie me conoce. todos tienen rostros de apellidos finados, de gente finada hace muchos años.

las calles están vivas. yo soy la sombra recorriendo el pasado en una chiva, o sea, una de esas unidades móviles traccionadas por asnos pacientes. hace calor y es preciso decirlo; de otra manera, nadie te comprende. hablar del tiempo es darse importancia.

vamos por la nueve de octubre, aquí estaba el fortich, pienso, pero no le digo nada a carlos. ¿para qué?

todos somos ignorados. cada cual va con su comedia, y los gilipollas con sus tragedias, al igual que buero vallejo.

tal vez un día morí en madrid.

¿quién soy ahora? y, sin embargo, camino sin distraerme... a mirar los escaparates llenos de disparates y joyas falsas.

nada es real. solo lo que uno lleva dentro se parece a una novela bien escrita. decididamente solo amo a rabelais, cervantes y gombrowicz. lo demás, paja.

alguna vez «rojo y negro». otras veces, películas a todo color.

—hace mucho calor —indica un intelectual, quien acaba de hacer la presentación de su último libro anoche, en la casa de la cultura.

—sí —afirmo con un viso de dignidad, para impresionar al escritor de marras. y luego, le descoñeto el día—: ¿sabe usted? el príncipe se ha casado en miami con una mujer de raza indígena muy reservada...

—oh...

el cojudo se aleja con aire de distancias. nunca he tolerado a quienes se autodenominan intelectuales. gente insoportable, no hace nada, no da golpe, como se suele decir en mi madrid embadurnado por la nostalgia, pero, para obtener el respeto de la sociedad, ya está eso del intelecto.

¡o el recto, partida de maricas tristes!

prefiero que me digan que soy torcida o retorcida, a ser una falta de ortografía en la historia de la literatura.

pasamos por la calle del oso, en madrid, ese día. paco se detuvo pensativo:

—edu... ¿sabías que por esta calle anduvo montalvo? los españoles lo desdeñaron siempre, no por su talento, sino por su pigmentación.

—no me asombra, los españoles son pigmeos intelectuales.

me sentí rencorosa.

paco estaba de mala leche.

—edu, los ecuatorianos somos más cojudos aún. creemos que eso de los capítulos es una imaginación de lo escrito por el hijo de la saavedra, y todavía no hay nadie que se haya atrevido a decir la verdad: cervantes...

—ya lo sé, montalvo escribió «los capítulos que se le olvidaron a cervantes» para cagarse en los españoles. es una broma colosal, pero somos necios y ciegos, y sostenemos, desde luego con mucho esfuerzo, que se trata de una obra donde montalvo trata de emular... unas mulas, los críticos, y los españoles, ¡asnos!

salimos a embajadores y descendimos, como quien va hacia atocha, donde carlos tuvo una idea fuera de lo vulgar:

—¿qué me dices de un chato donde juan?

—ya sabes, me apunto a un bombardeo.

¡tan castizo el macho!

entramos a eso de las seis, y salimos a las de villadiego, o sea, con una melopea de aquí te espero, y nadie nos esperaba, solo aminta; estaba acostumbrada a vernos en

ese estado, no en otro, pues queda escrito que jamás me casé en vida, y luego, supongo, será más difícil.

nos tendimos en la cama y navegamos hasta las cuatro de la mañana, hora en la cual, tambaleante, llegué hasta el frigorífico para arrancar unos trozos de hielo y añadir al vaso de brandy.

—¡salud!

nadie estaba en la sala. lo hacía solo para curarme en salud. y en la sala, a eso de las once, me despertó, después de haberme hallado, ella.

—edu, te estás matando. ¿quieres otro cubo de hielo?

—no, estoy hecha una cuba.

la muy desdichada, desde el fracaso de su intento para unirse con el aborigen, me dio un sermón cuidadoso:

—el alcohol es una droga, así de fácil.

no soy adicta al impropio, no es propio en mí, pero eso era demasiado:

—¡yo he de morir en mis catorce! eres una suegra con cara de melaza.

ella, poco letrada, lo confundió con lezama lima.

—yo no hablo de autores nefarios.

silencio agujerado por las moscas matutinas.

el desayuno, con un té y simpatía a porrillo, nos animó, y, enseguida, carlos y yo nos pusimos a hablar de montalvo.

—nunca sabré a ciencia cierta dónde me hallo.

—yo encuentro que te hallas mucho mejor, edu.

—gracias. —entonces puso cara de acontecimiento.

—edu, estamos en guayaquil y anoche festejamos el triunfo de la democracia.

lo miré con perplejidad, porque todavía no me había puesto los anteojos.

—¿y franco? (era la primera vez que lo trataba por el apellido).

carlos y alguien dieron un respingo. aminta, para corroborar el paso del tiempo, me enseñó los primeros dientes de la pequeña edu.

—tengo un problema: todavía le doy el seno y ella ya tiene sus dientes.

lo pensé cuatro veces, y le dije:

—no es un problema, es un dilema, pues o usted la desteta a edu, o edu la desteta a usted.

no lo entendió a cabalidad, pues ya sabemos que los antiguos solían decir «no hay cabalidad en este mundo».

—estoy haciendo un sancocho...

—de mal en peor; yo reclamo a gritos un gazpacho. hace un calor de verdadera democracia.

carlos me detuvo en seco:

—no, vida mía. la gente de verdad rica no pasa calor, están los «aires».

—se da tantos aires esa gente...

—los aparatos de aire acondicionado. el calor es solo para los pobres.

—bueno, allá que se ventilen esos hechos. yo siento calor, y no pongas el ventilador, lo odio a muerte, hace volar las páginas del escritorio y, lo peor, ideas de la mente.

—te sugiero salir a caminar un rato...

me negué en redondo. cada día estoy más gorda, pensé.

todas las radios sonaban. en la una, salsa; en la otra, pasillos de julio jaramillo; en la otra, carlota jaramillo; en la de más allá, una rumba de jaramijó.

—¡la puta que me parió! —grité indignada ante la intromisión de la vida moderna. pensé que era mejor la vida en la era de los tornos y confesionarios. esta bulla era una blasfemia.

al poco rato, me consolaba:

—pero es una ciudad viva, todos vivimos. no es el silencio de los sepulcros en las arribas de los andes.

la pequeña edu echó a perder una taza de café humeante.

—¡está la pequeña en plena actividad!

paso de nabos a coles. la dieta debe ser variada.

en las mañanas, cuando carlos sale a sus distracciones, las mismas que nos permiten vivir con holgura y no otra gente, me dispongo a la lectura.

ayer, para conocer algo de ese señor llamado borges, traté de leer uno de sus libros más famosos, llamado, si mal no me acuerdo, pues la vejez nos juega malos ratos, «fricciones», pero no me enteré de nada. entonces, furiosa ante mi falta de cultura, leí a flaubert con distracciones sentimentales, y me fascinó, al igual que en tiempos idos «zama», la novela portentosa de antonio di benedetto, argentino, desconocido, como debe ser en el ecuador, y en la tarde, mi viejo anatole, esos cuentos donde el talento del escritor es deslumbrante.

adivino que mi vejez no se ha de prolongar mucho, como todo estado de sitio; me he situado en la sala, con la vista de ese remanso del estero: he escogido los libros para releer, nunca de corrido —la edad me impide ir de prisa—, sino al bisbís, unas páginas, y cierro los ojos. dejo el libro en su lugar y lo reemplazo por otro de mis

favoritos. si una de esas muchachas sin oficio me viniese a preguntar cuáles son mis libros favoritos, simplemente le respondería que la vida de su madre, ¡entremetida!

detesto los supermercados, donde no oigo palabras populares, añosas, sino copias mal habidas de barbarismos venezolanos y de las películas mejicanas. detesto la vida organizada y la comida a la hora en punto. soy desigual y extraña. no formo parte de este mundo ni del otro en el cual jamás he creído a pesar de brian de palma y tomás de aquino.

aquí me quedaré mientras den las fuerzas del orden o el desorden. la democracia no existe. solo la superstición a todos los niveles. la anarquía recia, natural, profunda, el desorden, en apariencia, pero estimo que la del aborto es necesaria a fin de evitar las historietas trágicas de muchos escritores de cartel (el de medellín también).

carlos dice que me ve pálida. debe ser por la televisión, pues a él le agradan las películas del oeste con indios pielrojas y carapálidas temerosos, llegados de la vieja europa para hacer varias diligencias.

yo prefiero el cine de terror o salir a las calles de guayaquil a dar una vuelta en el carro de walter. es terrible.

carlos me obligó en la práctica (sus teorías nunca me parecieron del todo válidas) a viajar a la ciudad andina. resultó maravilloso. nada me satisface tanto como ir a su lado, si bien él cree, como todo macho humano, que nadie conduce como él. igual a los políticos: ¿quién conduce al país como el presidente de turno? esta pregunta me lleva a considerar cuál es la razón exacta para detestar esos letreros o avisos de las farmacias de turno.

el trayecto más impresionante fue sin duda el de la cuesta hacia los andes por la vía de santo domingo.

había una niebla densa, y era como si atravesáramos túneles empuñados de angustia, algo así como el pasado de un ser humano, y de repente viésemos la realidad: las enormes muelas de las montañas apedazando el día. el coche avanzaba temeroso, me ponía la mano sobre el muslo, a manera de caricia. esto me sobrecogía. era un terror al cual se nerviaba la belleza de los andes.

al fin, las manos callosas de los páramos y, al fondo, una llanura incierta. después la ciudad, los arrabales con gente silenciosa, cromos de tristeza, soledad, espanto.

atravesar la ciudad no era precisamente una novela rosa. mis sentimientos eran oscuros como la hora. las seis de la tarde, y ya he dicho: nada me fastidia como ver a esa hora al quiteño siempre amable deseándote «buenas noches».

de pronto sentí algo sumamente extraño. el odio feroz a la ciudad se convertía en piedad amorosa, y descubrí las calles con un recelo de quien regresa a un lugar donde nunca sabrá a ciencia cierta si fue feliz o ignorado por la suerte. lo de ciencia cierta me saca de casillas. odio la ciencia, las máquinas de computación y la programación de la vida. nada tiene sentido bajo las reglas.

gladys y alfredo nos esperaban felices. eso se veía en las caras y las manos extendidas.

—¿cómo dejaron a pancho? —preguntó alfredo, pues así llamaba a mi sobrino paco.

—bien, hecho mierda, y no cabe limpiarlo —repuse amable.

cenamos alegres, llenos de optimismo. la nación tenía un nuevo presidente, si bien yo pensaba que nada cambia en nuestras naciones y la vida, es igual que atravesar la pampa argentina.

como es de rigor, llovía. no es posible imaginar a quito sin un sol grande en la mañana y una lluvia perspicaz en la tarde. o pertinaz. no, lo primero, pues la lluvia sabe que es la única forma de velar de ese modo incruento la melancolía de los andes.

carlos fue para tramitar algo inseguro en la caja de seguros. es un desgraciado perfecto. jamás ha dado golpe, o sea, trabajar como el diablo ordena, pero ahora está realizando gestiones para jubilarse. esto lo hacen todos los ecuatorianos. no trabajan pero se jubilan. ¡cansa vivir en las alturas! los políticos de turno, cuando están en las alturas, sufren la puna, o soroche como dicen en el ecuador, y, al término de sus gestiones, caen rotundamente.

con gladys salimos a pasear y hallé una librería donde compré libros de verdad y no del boom.

—¡gombrowicz!

mi grito hizo descoñetarse a una dama muy pulida. la inocente todavía se creía en campaña electoral, y había temido que ese nombre extrañísimo fuera una consigna política.

inútil tratar de animarla. era de esa gente que solo lee los best-sellers y había estado afanosa a la búsqueda de un libro de robbins, un hijo de puta ganador de mucho dinero, porque los escritores en vida ganan premios o ganan dinero.

gladys, cautivadora, me arrebató el libro de las manos. yo, al indagar el precio, me quedé parálitica.

«peregrinaciones argentinas», se llamaba la obra. costaba la mitad de un sueldo mínimo.

las musas son esquivas y caras, dije, pero más las ediciones españolas. ¡este felipe de la porra nos está haciendo la puñeta!

pero compré el libro y no me arrepiento.

a la hora de la comida, la anfitriona nos brindó un pato a la pera, debido a mi alergia a la naranja, y luego una bavarois de fresa. el paje, entre cándido y conspicuo, me miraba con cierta insolencia. seguramente se preguntaba cómo una vieja redonda (lo de gorda no lo soporto) podía devorar con tanto melindre platos tan deliciosos.

el vino clos de pirque, cosecha del noventa, aunque estuviéramos en el ochenta y ocho... solo para que se fijen qué adelantos hay en materia de vinos.

alfredo tomó las de villaconejos, pues ya no suelen decir villadiego, y se marchó al ministerio. antes, me hizo reír estrepitosamente cuando, por enésima vez, trató de explicarme eso de lo geoestacionario.

—oh, no, hijo mío, no lo entenderé nunca, es como si me hablaras del devocionario de sófocles o la espasa calpe.

a las dos y treinta, me llamó, desde mi casa en guayaquil, aminta.

—edu está con dengue.

—no la reprendas, en primer lugar, y no le des remedio alguno. no abras la puerta a nadie y, si ves a un médico, escúpelo. el dengue no se cura con nada.

ella, como toda madre, lloraba.

—no llores. el dengue no mata niños.

cerré la comunicación y le comuniqué a gladys noticias sobre el vector, ella se quedó como yo al oír de lo geoestacionario. salimos del comedor y pasamos a la sala, sin esperar nada, ya que las salas de espera solo las tienen los políticos de turno, con la lucecita y todo eso.

—¿de qué hablábamos?

—de nada.

—oh, sí —repuso ella sonriente.

la gente con inteligencia casi no habla. los tontos dicen:

—me muero, ¿no? ¡qué frío que hace!

la persona comprometida en esta conversación típica de quito responde:

—llueve y llueve.

esto explica la presencia de los garcía márquez y compañía.

no cambian mucho en guayaquil. sentadas dos damas elegantes en la antesala del verano, dice una de ellas, quizás la más avispada:

—¡ayer le picó a mi hijito una avispa, qué horror, y además qué calor ha hecho!

—bien hecho —responde la otra dama, mientras mueve sus pergaminos o muslos con celulitis.

si entra otra dama, dirá sin duda alguna:

—con este calor... ay, me derrito.

y, lógico, va al baño, como ahora llaman al retrete. en mis tiempos, se decía voy a hacer pis, y era chic.

a las cuatro y doce, entró el paje para anunciar algo importante:

—siento interrumpir a las señoras, pero ha dejado de llover. —la noticia nos llevó a la calle, armadas de abrigos y sendos paraguas, no precisamente de cherburgo.

salimos por la Amazonas, lo cual habría de arruinar mis zapatos de la quinta avenida.

vimos gente importante:

un abogado tumefacto

un militar retirado

una mujer embarazada

una chica con los brazos desnudos y minifalda en busca de trabajo

una amazona (no olviden que era la avenida Amazonas y no podía faltar este espectáculo)

unos idiotas —extranjeros— en shorts

indios (sin flechas, pacíficos, mendigando, o vendiendo su miseria a la buena y a la mala gente)

cholos, sin percatarse de que lo único digno es la mezcla de sangres. los indios puros adoran al sol. los blancos puros, la lluvia. solo un cambio de dioses.

casa de cambio

un prestamista en un volvo invulnerable

una señora de copete

una jirafa, o algo semejante

muchos semejantes

no vimos al prójimo de nadie

no vimos a nadie con quien hablar

y vimos, asimismo,

un cocodrilo que lloraba su desgracia

un loco que corría (Gladys me explicó que se trata de una nueva afición en el mundo: correr porque les da la regalada gana. otra forma de masturbación mental)

vimos a un deshollinador al salir de una central política

a un fumador con boquilla

a un idiota en espera de justicia

a un lunático esperando la salida de la luna

a otro extranjero con cara de cholo

un cholo con cara de alemán

muchos hijos de puta, sin su madre, como es lógico
—nunca seremos.

creí que era otra broma de alfredo.

—es decir, no somos conscientes de nuestra ecuatorianidad.

ahora lo veía con claridad extrema. somos incapaces de reconocer el mestizaje. es la mayor ventaja dada por la vida: el haber palpado ambas partes de nuestro sino: américa y españa. los demás se consumen en la ignorancia o, peor, en la envidia tuerta, la que solo ve a medias.

me levanto, me veo en el espejo y advierto una seriedad crítica en mí. intolerable. cuando una comienza a tomarse en serio, puede terminar con delirio de persecución.

dormí silenciosamente. carlos hace lo contrario y se levanta por lo menos tres veces en la noche para orinar.

—desde niño sufría de insomnio, por eso me levanto.

—hay muchos médicos obligados a levantarse en la noche, especialmente los parteros.

aclarada de una vez por todas lo del parto de los montes, algo incomprensible a lo ancho de mi vida.

—edu, no pongas esa cara. además, cuando alfredo hablaba de límites, tú parecías distraída.

—pensaba en una propaganda horrible de la televisión, algo sobre una tarjeta de crédito cuyo lema es precisamente «un mundo sin límites».

al día siguiente, no el de antier, dimos una vuelta por el quito monumental, donde el descuido es realmente monumental, monumento de la nación a la discordia, sin la plaza de la concordia. concuerda con el ambiente la abundancia de gente con canastas de mote y fritada,

o sea, carne de puerco, marrano o guarro, preparado con plena suciedad y servido al desgaire en plena calle.

no recordaba haber entrado en las iglesias de quito. ahora lo hacía de la mano de esta nueva virgilio, o sea, de gladys. todo aquello me dejaba fría y no había posibilidad alguna de reactivarme o calentarme, algo muy discutible a mi edad, y todo aquello visto a medias lucía como el deterioro de mi edad avanzada. digan lo que dijeren, no aprecio el arte colonial que despidе olor a tiempo.

—españoles, hijos de puta.

horrorizada, mi sobrina política me habló de las elecciones presidenciales. menos mal. aquel tour de marras me había dado mal de orina. contagio de todos los perros de quito meando en las esquinas.

—los centauros —dijo carlos, y aludía, claro, a los hispanos de lejos mares— fueron menos crueles que los incas. estos no solo arrasaron los territorios nuestros, sino que impusieron una aculturación sin parecido alguno.

yo, mientras decía mi compañero tal panegírico sobre la raza de los usurpadores de la nobleza indígena, digo de la auténtica, la de los quitus, los shyris, los cañaris sabios, pensaba, como es ilógico, en cristóbal colón y los hermanos pinzones, quienes llegaron a américa antes de los hermanos cristianos.

en casa, ya descansados, escuchamos a mozart. menos mal. mozart es uno de los pocos músicos al cual se puede escuchar antes, después de comer, en vez de comer y antes y después de dormir.

llovía. en quito llueve como es debido.

—carlos, regresemos de prisa antes de congelarme. comienzo a sentir la memoria aterida en una esquina,

siento ciertos síntomas de esquizofrenia, con la venia de los habitantes de esta ciudad.

—quito puede ser agradable... depende... edu, debes mirar la ciudad desde otro ángulo.

—nunca me ha agradado la geometría, y no trates de comparar esta avenida de las amazonas con la gran vía. allá hay vida, aquí, murmuración. ¿estás sordo? ¡por lo menos veinte veces me han invocado! claro, aquí soy importante. todo el mundo es importante e impotente en quito. saben la hora en la cual me despierto, cuándo salgo o entro, cuándo me siento en la bacinilla, saben todo respecto de las camas de todas las señoritas de la ciudad, pero desconocen la historia. se vive del cuento y del chisme. ¡no hay derecho! habré nacido en esta ciudad por un descuido de mi madre, pero ahora estoy vieja y necesito cuidarme, y ya te digo, no soy regionalista. amo a los serranos, especialmente a gladys serrano de luna, un encanto: mal de muchos, consuelo de bobos, dicen, pero me alivia saber que el desdichado de mi sobrino paco también fue parido en esta mezquita andina. todo aquí huele a emoción religiosa e hipocresía consumada, y estoy consumida de impaciencia. conqué al grano.

así, pues, regresamos desgranados a guayaquil.

¡la alegría de aminta, al revisarnos, fue elocuente!

comenzó el rebullicio, ruidos y desórdenes tan bellos. qué suave resultaba sentarse en el sitio verdadero. aquella ciudad en los andes, guindada del cielo, se me antojaba pesadilla.

aminta alborotaba con cómo les fue, qué cara de cansancio tiene, edu, cómo le fue, don carlos, etc., frases todas sacadas del manual antiguo del maestro carreño,

cuyo cumpleaños se cumple mañana, por lo cual le festejaron hoy, pues nunca dejes para mañana... ya saben ustedes, partida de asnos.

me siento apuleyo.

carlos dice que plebeyo, y habla del mestizaje, la cruz, las cruzadas y otros tiempos históricos felizmente desvanecidos en el rigor álgido de las décadas pasadas.

los gases acumulados en la indigestión andina salieron en libertad. todo era música de alas y pedos atolondrados gozando de una temperatura agradable. los pedos, golondrinas.

la pequeña edu bamboleaba en el pasillo.

carlos bebió más de la cuenta. pienso que los borrachos no son sino críos que nunca aprendieron a caminar debidamente.

—¡a tu salud, cacho ‘e cabrón!

bebimos hasta caernos. como decía propercio: beber hasta caerse, lo demás es vicio. uno de los pocos poetas latinos agradables cuando uno está con sarna o tristeza. da lo mismo.

aminta insistió, como fiel ecuatoriana, en escuchar pasillos y, ya bebida, lloraba su vida, o no haber vivido.

nos agrada tanto rascarnos hasta ver la sangre en las manos y el alma en los labios.

no me jodan, hijos de puta, a mí nadie me meta en una vasija de barro, ni me tiren, ya muerta, al tarro. lancen mis cenizas en el mar. el día que me muera...

pero todavía habrá tiros. estoy de pie. sueño con la libertad.

¿no existe? entonces, ¿para quién bailamos?

—a tu salud, carlos. te amo (en esto, llega walter):

—edu, debes reparar la puerta de entrada.

los hombres son materialistas. nosotras usamos otros materiales para vivir. las hembras somos idealistas. bueno, ¡es encantador esto de la guerra de los sexos! hurra.

el bueno de carlos me llevó a la cama. feliz y borracha hasta las cachas. ¡cuán cachonda es la vida!

aminta, sola en la sala, hacía trabalenguas y lloraba por un amor extraño, el del poeta toledo.

¡hurguemos el pasado, que nos hará reír!

me despierto como a eso de... y entonces veo la noche innumerable, no tengo noción del tiempo. nadie me siente.

voy a la sala y pongo música de mahler, el tercer movimiento de la segunda sinfonía. regalo de mi sobrino paco, quien me convenció de la grandeza de ese judío wagneriano y ególatra, con aires marciales y ecos de soberbia.

cojo la botella de vodka y la coloco cerca de mi pie derecho.

antes lo hacía cerca del izquierdo. al fin y al cabo, soy tía política de pascualina, isaura, amalia, las musas de paco...

¡dioses, soy feliz!

cuánta gente me envidiaría si lo supiese. todos son desgraciados, pues se empeñan en ser bien vistos por los demás, y ¿quiénes son los demás? aquellos que están de más. nada menos. el prójimo tiene buen sabor cuando es preparado de la mejor manera, guisado, por ejemplo. o al cabrón. como nadie se ama a sí mismo, algo casi imposible de lograr, detesta al cabrón que se le parece. todo parece y nada nuevo hay bajo el sol. hoy más que nunca te bendigo, tío manuel, por haber impedido

mi educación en una escuela. si lo hubiese hecho, hoy tendría una conducta regular y una mente cuadriculada. odio los cuadernos, los cartapacios y las matrículas.

anoche sollocé de iras al escuchar a aminta. pretende poner a la diminuta edu, apenas cuatro años, en el prekindergarten.

—ella es un colibrí, déjala libre. en los jardines de infancia, o de infancia, se cortan las guías de las almas amantes del aire lejano. ¡crezca desnuda y libre, aspirar el aire vívido, beba distancias y, si hay dios, que lo reconozca en la hierba que canta, en las voces de la naturaleza!

edu, menuda, me mira arrobada o borrosa. es mi edad, nada más. ¿cuántos meses me faltan para cumplir los cabales ochenta? cinco. carlos asoma todo agitación para decirme que probablemente hoy nos entreguen la casa nueva.

no importa nada. hoy quiero ver el mar, salir con aminta y edu. la playa, la arena, los recuerdos, las conchas como rosas, pues odio las flores naturales, los pequeños cangrejos en mítines políticos, y en la tarde, la procesión alada de los pelícanos hacia posorja, algún rincón del planeta agua, después de haberse tragado todo el mar, y centenares de pececillos coleantes. coño, nada es importante cuando una se despierta con el alma llena de presente. arrojé por la borda el pasado, tristeza de todos los seres conocedores de la verdad. me lanzo a la vida y canto como una sirena; no de fábrica, desde luego, pues tendría problemas con los obreros, sobre todo ahora, tiempos de paros.

el único que no protesta es carlos, ¡un buenazo!

—¿cuál es el hombre a quien más haya amado?

pregunta formulada por la muchacha de las encuestas.
—al hombre —respondo abrupta.

la muchacha se sonroja como si la violase una legión extranjera, pues las ecuatorianas siempre sueñan en extranjeros en paños menores y hablando de pormayores. lo de siempre: tenemos vergüenza de ser cholos. hasta el jabón puede ser azul, nunca la sangre. sin embargo, la chola mal lavada es terrible. tiene la osadía conquistadora, la armadura de la ociosidad, la arrogancia de la ignorancia, la astucia de la pantera rosa, la estulticia de la raza vencida por el hambre, la simplicidad heredada de simplio, senador. la chola lavada mal muere en la creencia de su sangre azul añil, la hija del albañil y la matrona. cursi hasta el extremo de llevar escudo en el coño solo para sentir el gustirrín de la violación, ay, he sido ofendida, y el macho, con el pucho en los labios: le hice el favor. hijo de tu madre, ni siquiera puta, pues no hay mujer más despreciable como la honrada y condecorada por la sociedad, con su diccionario de vulgaridades y su devocionario y «dios mío» a cada paso, sobre todo en el mal paso.

¡soy feliz como los ingleses!

los ingleses son felices por vivir en una isla lejos del mundanal ruido, título de una obra de hardy. a ese le conoce paco. yo no pierdo el tiempo, maldito historiador.

di la voz de mando. la democracia está en crisis y una debe ordenar la vida de los demás. en otras palabras, cuando se esperaba que aminta fuese a la cocina para preparar la comida, se me antojó dejar la ciudad e ir a posorja.

posorja fue el balneario de guayaquil hace sesenta o setenta años. después se descubrió ese montón de

edificios a lo benidorm, o sea, salinas, refugio de gente adocenada, villamil, donde la mar es agitada antes de usarla.

conducía con cuidado y guantes, carlos. a su lado, mi gobierno. atrás, alguien la entremetida edu, y un señor de aspecto vulgar y heterodoxo, llamado hermenegildo. el solo nombre, como comprenderán, era como si la batería se descargara; pero debía soportarlo, pues era la reciente conquista de mi amiga. algo así como recoger en la calle la última esperanza, el último chucho.

¡es tan hermoso huir del ruido de las radios y las telenovelas! ir hacia el campo, con los animales crudos, como dicen los civilistas ingleses, y ver el ganado, y algunas veces lo perdido, pues recordaba a medias cuanto decía sobre esas tierras que abandonó el primo joaquín. parece, en efecto, que dichas tierras, ignorantes o ignoradas, un día fueron pertenencia de la familia del primo. territorios vetustos, con arbustos y ceibos centenarios con semejes de dromedarios en ese desierto donde ahora no vive ni un enano. con todo o con nada, aquello me parecía maravilloso y a cada rato, exclamaba, igual que los ingleses: oh.

hermenegildo era profesor de primaria, pero, dados su índole y su traje, más tenía aspecto de comisario, es decir, persona habituada a comer a costa de los demás. como era mediodía y hacía hambre, olí enseguida que el novio de aminta había olido antes la posibilidad de vivir a la sombra de la muchacha en flor.

como nunca habría yo de firmar el armisticio con la creciente edu, daba guerra. en el momento en que el entremetido trataba de meter mano, ella berreaba, y el juego se interrumpía clamorosamente.

carlos iba dentro de sí y conducía con ese aire de arrogancia propia de los individuos acostumbrados a guiar camiones. sin embargo, no decía pío, o sea, no pitaba, ni le daba al claxon con esa ferocidad propia de los impotentes.

algunas veces, carlos se muestra sádico. por ejemplo, hoy puso la radio y cantaba ese raphael, «yo soy aquel», y yo me sentí al borde del asiento o la desesperación.

—julio iglesias —exclamó, con lágrimas en los senos, el cagueta.

no tuve piedad.

—no es julio iglesias, sino agosto capillejas. —y es que el llanto de ese gilipollas, que no puede decir una palabra sin poner los ojos y la boca en blanco, me enfurruña.

aminta protestó y profesó «julito es un ser maravilloso».

la refuté con energía eléctrica:

—no será maricón, pero trata de serlo. a mí me gusta wolfgang.

hermenegildo me dio la razón.

—era el mejor de mis compañeros y ahora es profesor de la universidad. debía ser italiano, le gustaban los espaguetis.

carlos detuvo el coche.

—¿wolfgang? —la cara la tenía descompuesta.

—sí, wolfgang hinojosa. ah, ahora recuerdo, era medio francés.

—majadero ‘e mierda —respondió con cortesía mi compañero.

sucedió lo inaudito, pues el entremetido añadió con voz pastosa:

—me ha molestado en algo su interpretación.

carlos salió del coche, hizo una maniobra singular, cual si revisara la máquina, y preguntó al profesor de primaria:

—¿qué sabe usted de la era terciaria?

hermenegildo hizo memoria:

—claro. mi papacito, que en paz descansa, era terciario franciscano.

estábamos en ciscos. el entremetido nos contó algo acerca de esa comunidad fervorosa, lo cual contribuyó a relajarnos. en todo caso, el viaje era un relajo. aminta murmuró:

—carajo...

edu se meó en los pañales y esto determinó que la madre se preparara para la tarea materna.

hermenegildo nos aturdió con su confesión:

—ayer, ordené a mis alumnos hacer una redacción sobre la madre.

—faltaba más —dije—, no iba a ser bajo la madre, que es lo tópico y típico del ecuador. me cago en la leche, apaga esa maldita radio.

mi ruego llegó a los oídos de todos y hubo un minuto de silencio como cuando se muere una persona que ha empuñado mucho, o sea, «distinguida», y se ordena silencio en el estadio. sin embargo, la tregua fue corta, breve, un récipe.

—los profesores estamos mal pagados.

—toma, por enseñar pendejadas —intervino mi amiga como si hubiera recuperado la lucidez, pues las madres, cuando llegan a serlo, pierden el sentido común y no vuelven a hallarlo sino en las rebajas.

—me alegro de no haber sido madre nunca —protesté con sadismo.

—todo extremo es malo —afirmó el zascandil.

en realidad, me fastidiaba hermenegildo.

—¿dónde conociste a este empleado de la ciencia?

—no lo recuerdo ahora —advirtió aminta toda temblorosa.

—nos conocimos la otra noche en el cine. fuimos a ver una película mejicana.

—¡dioses! —exclamó mi compañero, al que temía víctima de una crisis paterna, pues los hombres, cuando llegan a ser padres, se comportan igual que las madres. nada por hacer, el mundo es una telenovela, una perfecta mierda.

carlos tuvo una idea genial, por algo lo amo tanto:

—profesor, tenemos un problema en el coche y veo en usted la persona indicada. no pasa la gasolina, de modo que le ruego bajarse para chupar...

el chiquilicuatro chupó gasolina y desde ese momento su talento anduvo mejor, pues sus palabras fueron, al cabo o al sargento, estas, que estimo inolvidables:

—me sabe a rayos.

—ya puedes enseñar física —apuntó aminta con la bebe en brazos cagada y meada. ¡oh, los niños!

el olor del mar nos llegaba a ratos, pero era más fuerte el de la caca de la nena, como la llamaba el profesor de marras, y lo de nena me ponía los nervios mollados.

mas, debo confesarlo, desde que el profesor chupara la gasolina, el viaje se volvió más hermoso. carlos disfrutaba del campo:

—me encanta ver el campo trabajado.

—el campo es la vida. —aminta con suspiros brotados de lo más hondo.

—y al fondo, la llanura.

cactus, árboles enanos, verdor incandescente. y, desde luego, moscas para decorar el paisaje. ¡oh, el campo! villamil convertida en una ciudad de paso.

ruamos un momento por sus calles, pero nos rendimos ante la evidencia de un sol de justicia, o del carajo.

—sigamos hasta posorja.

como habíamos salido del coche, ahora nos tocaba entrar, y la entrada fue gratis y volvimos a disfrutar del paisaje, mientras mi hombre se divertía esquivando los más variados huecos de una carretera ecuatoriana, con chivos expiatorios y otras bestias ruinosas, palomas, gallinas, iguanas, patos y tangas. no creo verme en la necesidad de narrarles a ustedes la suerte de animales hallados para nuestra mala suerte durante el trayecto. más bien hablamos de hechos triviales, o sea, de política, de fútbol y ropa femenina.

aminta estaba en su día, pues se trataba en realidad de su onomástica.

la hediente edu dijo algo sorprendente:

—ma..., ma..., ma..., ma.

—esto se debe festejar —dijo hermenegildo.

nos detuvimos al lado de una tienda donde compramos cerveza, gaseosas y un paquete de cigarrillos con filtro para el profesor, quien discurría sin ninguna elegancia sobre gramática:

—armonía se debe escribir con hache.

—huevoón, sin ella —dije para divertirme, pero el invitado de deshonor no estaba en día de pesca, y apenas si sonrió, lo cual no me pareció de buena educación.

en data de posorja pedí a carlos detenernos. tenía en la memoria cuando hace siglos, con algún pariente lejano (a los parientes se los debe tener lejos), estuve en esa casa de ventanas verdes. todo se mezclaba en mi memoria, pues acudía a mi mente el recuerdo de una visita encantadora, en lisboa, al museo de las ventanas verdes. carlos, para estar a tono, espiaba a una muchachita de ojos del mismo color.

—te estás poniendo verde...

—edu, te amaré siempre, pero de vez en cuando se debe engordar la vista.

—sí, tienes los ojos más grandes que haya oído.

él entornó los párpados, y eso fue sublime.

—hay telenovelas maravillosas, no todas son cursis —dijo el profesor menguante, a pleno sole mío.

luego, ese brazo de mar. me acordaba de la mujer de sófocles, cuando decía que estaba hecha un brazo de mar. qué va, la vieja de mierda no conocía el mar. ese brazo era más bello que el de la hembra más bella del planeta agua.

—agu-a, agu-a.

otro cambio de palabras y otro de impresiones, pues el profesor le había impresionado a tal punto a carlos que me propuso abandonarlo en el camino, pero me acordé del dante, «en medio del camino de la vida», y, sinceramente, me dio lástima.

nos bajamos para ver la casa de nuestro antojo. la revisamos. con aminta, lejos del ruido mundanal de su pretendiente, examinamos el pasado. una mezcla de dolor, de alegría, de paz y de saber que una se aleja en el tiempo y al final únicamente queda el olor de la caca de un crío.

—amo este sitio —dijo hermenegildo.

—tiempo perdido —apuntó carlos con audacia y sin los guantes, pues se los había quitado para saborear zapote.

carlos me ofreció agua de coco.

es maravilloso saber que todavía hay cocos y brujas, las meigas de mi adorable galicia perdida en el recuerdo. pontevedra, santiago envuelto en la lluvia, bayona aún más lejos, y mi buen amigo, borracho en la playa, mientras yo paseaba con el terrible peso de la felicidad.

—jah, la vida, un puntapié a los huevos!

él era impredecible. debió ser gurú, sacerdote, ugán, pastor, menos hombre de verdad.

inútilmente buscamos en posorja, todavía original y primitiva, sitio para comer pescado. la gente vecina del mar prefiere el aguado de gallina o el seco de chivo. al fin, tras dar vueltas y más vueltas, al punto de marearse el coche, nos detuvimos ante un tenderete improvisado, en el cual dos mujeres, a la intemperie, preparaban carnes y tripas de vacuno.

el profesor examinaba todo aquel «horror» con la agudeza del maestro de matemáticas.

—cero microbios —dijo carlos, mientras tomaba un trozo de carne con la boca abierta.

lo mismo pasaba a hermenegildo, con la diferencia de que lo hacía sin carne. remilgado, observaba a las amenazas en plena manifestación.

mas el hambre puede todo, y terminó por aceptar el reto.

—rico, ¿verdad? —preguntó mi amiga.

pero a las oscuras y más a las claras se veía cómo aminta iba alejándose del conquistador. ya parecía una américa emancipada, lo cual no es tan fácil de explicar,

pues, fallecido y ultrajado el libertador de las seis naciones, las naciones colocaron en los altares flores que ni siquiera eran del suelo patrio, y la patria quedó en los suelos. así de complicada resulta la historia. carlos, que había seguido varios cursos por correspondencia (radio, mecánica, anestesiología, inseminación natural y artificial, orografía, anatomía en el cuerpo de una muchacha de servicio, caligrafía, cartomancia, etc.), como decía, había seguido también el hilo de mis pensamientos, y me dijo:

—estarás dichosa, aquí nadie habla el maldito quichua.

—tienes toda la razón. aquí no se impusieron los incas. aquí se habla el mestizo. ¿no es gloria ser mestizos?

—mi madre era de una familia muy encumbrada —terció el profesor de primaria.

esto acabó con las fuerzas de la amada:

—fuera, fuera, tendrás que regresar en autobús. yo no viajo con nadie caído de un árbol genealógico. ¡yo me honro de ser chola, mestiza hasta la cúspide de mis ovarios!

la comparación fue sublime. carlos y yo respiramos aliviados.

la bebe hizo caca.

—¡maldito bastardo, fuera, fuera!

el infeliz estaba ya a media legua de distancia.

—¿qué se creará? ¡familia encumbrada! parido en cuaresma, el año en que el viernes santo cayó en martes. edu, eso lo escuché ayer, en la tele, una miniserie sobre las pisadas de ulloa.

—los pazos de ulloa, hija —corregí sin dármelas de profesora.

—agua —dijo la bebe.

carlos, para no contradecirme, bebía de lo lindo.

—esto es vida —gritaba en el colmo de la dicha. y era maravilloso, pues yo le ponía la carne en sus labios, como siempre lo he hecho. mi pobre amigo, pobre carlos, tiene mala dentadura.

aminta no cesaba en el berrinche:

—que se case con una enjalbegada, pues no va a hallar a nadie sin mezcla.

instalados ya en la casa de las iguanas, como la bautizara mi sobrino, creímos que era demasiado grande para nosotros dos, puesto que aminta y su hija angelical decidieron arrendar un departamento no lejos de nuestra posada, nombre dado por walter, pues él decía no tener, caso contrario de neruda, residencia en la tierra. entonces se me antojó llamar a paco y pascualina como compañía, y ellos, después de consultar con las toallas, manifestaron su aprobación.

reglas del juego: cada uno de los tres bebedores debería tener su botella. no era problema: carlos bebía whisky, mi sobrino, vodka, y yo, mi acostumbrado ron. ocasionalmente pascualina vaciaba algo de nuestros vasos, y esto cuando había luna llena, o para llenar el vacío del tiempo.

algunas tardes salíamos por la ciudad. comenzaba la aventura con alegría notable, pero luego de la aparición de un camión o un coche agitado, a la salida de una bocacalle, paco y yo nos quedábamos mudos, para alivio de los dos restantes. cada vez que acontecía esto, ya veía mis restos en la caja.

la casa de las iguanas era un remanso únicamente turbado por el ruido insolente del tránsito y, en la noche,

por el de la radio de guarda, la cual dejaba escapar alguna melodía desconcertante. era cuando me levantaba de la cama e iba a la cocina para echar otro «pelotazo», o sea, una ración doble de mi bebida. algo extraño: casi siempre coincidía este acto con el desvelo de mi sobrino siempre atormentado por el politeísmo.

—¿hay un dios o varios?

no le respondía. ¿para qué? también walter, de noche en noche, solía hacerme ese tipo de preguntas comprometidas. yo callaba. como dice el refrán: para discutir hacen falta tres personas, lo cual aclararía el misterio de la trinidad, tan desesperante para los romanos en trance de convertirse en bizantinos.

a pesar de mis años sigo fiel a la lectura. ahora disfruto, como pocas ocasiones, con e. o. james, un autor posiblemente inglés, pero nada neblinoso en su libro «historia de las religiones». es como regresar a la infancia y revisar las páginas del billiken, ¡esa revista argentina con todo el olor de buenos aires!

—¿no crees que la religión es un taparrabos?

aminta, de visita el lunes, se queda perpleja. edu, por instinto, rompe un florero comprado hace sesenta años en roma. mi deseo de bañarla en agua fría y luego exprimirla hasta el extremo opuesto lo debí disimular con una sonrisa religiosa. no hay nada tan viejo como la hipocresía.

—pienso que se debe creer así sea en una piedra.

¿con quién estará en amores la diablesa? aminta no da para tales elucubraciones. sospecho algo oscuro. o, tal vez, un cura de sesenta años, cuando entra el demonio de medianoche en los hombres maduros y prontos a caer del árbol.

—¿estás enamorada?

quien calla otorga.

me da la impresión estudiada (no vaga, por tanto) de que ella esconde una pasión arrolladora.

—¡ay, edu, ahora casi nos arrolla un carro!

tardé en entender lo dicho; mejor dicho, hasta ahora no entiendo.

—es un extranjero. se llama no sé cómo. es desmedido...

—¿cómo?

—cada vez que hacemos el amor, me deja descuadrada.

edu, angelical, trata de romper un cenicero y me precipito a arrebatarlo en el momento casi preciso. el intento resulta vano y el cenicero cae en cámara lenta, lo cual aumenta mi sobresalto. walter da un salto y lo agarra en el instante de llegar al suelo: el cenicero y el intruso se estrellan.

ella pregunta de repente:

—¿cree, edu, que este mundo es para los niños?

enciendo un cigarrillo. estoy toda encendida. quisiera olvidar los buenos modales y dar una bofetada a la niñota.

la criatura luzbelina sabe más que todos los otros angelitos, y al cabo de un momento ya me tiene orinada y me llama «abelá» con tal tono, que el enfado resulta doblado.

—lo conocí en el oro verde, una noche.

—ya decía yo. no podías haberlo conocido una mañana.

se queda pensativa, o sea, satisfecha textualmente o sexualmente. es difícil definirlo. ¿no les parece?

—se llama clovis.

—¡eso no suena a extranjero!

si miente, debe estar enamorada. las mayores mentiras se dicen a la hora de amar o de morir. ¡el miedo nos hace hablar!

—no en verdad... es de el oro.

—con pico de loro. ¿deseas otro hijo?

se ruboriza. no sé la razón, pero pienso en que aminta debe estar estudiando por correspondencia apologética romana.

—es creyente. cuando termina de hacerme el amor, solo repite una y otra vez: «dios mío, dios mío».

—es decir, el bastardo piensa que sabe follar como los dioses. se me antoja, tú le rindes un culto especial.

—le hago alfajores, cuando viene.

pienso en mi manera de amar. amar es charlar hasta el delirio y follar a gusto, cuando una puede. ahora soy una momia egipcia y quizás la añoranza de esos tiempos floreados me acojona mucho.

—clovis es bestial.

—¿tiene relaciones con animales? —le pregunto, llena de horror.

aminta se resiente. para ella, bestial es lo máximo.

entonces comprendo cómo el calendario nos juega pasadas; si uno cata, el día de ayer ya está lejos, y se deben aprender los nuevos giros, las expresiones justas para estar, según dicen, en la onda.

amor en onda corta, o sea, no meterse en honduras, pero, de verdad, nunca he estado en américa central, soy extremista.

—ay, edu...

ah, dioses, aminta, por culpa del amor he cambiado y me declaro culpable, o, como solía decir pedro el del gallo,

mi padre casi desconocido: «hija mía, ten cuidado. la longaniza pierde a las mujeres, y una mujer perdida...».

pero ¿quién se atreve a tirar la primera piedra?

tengo la impresión (por lo tanto no es nada inédito), sí, la impresión de que ella tiraba sus piedras al río, y cada cual lava su ropa sucia.

la celestial edu merodeaba otra mesilla. carlos en vilo. el combate visual entre mi hombre y edu era un auténtico teatro protesta.

ella dijo entonces lo inexpresable:

—ay, le quiero, le quiero, estoy loca por clovis.

—ven a visitarnos con él —propuso carlos, condescendiente.

—¡ni se te ocurra! un hombre capaz de descomponer a una mujer hecha y derecha, bueno, un tanto, no debe ser persona recomendable. ¿quién es, en verdad?

—es de la secreta...

—¿te tortura? —preguntó con ingenuidad lampreada mi compañero de jaula.

ella bajó la vista avergonzada, con lo cual admitió la desvergüenza del macho acuciante.

—¡pero es tan lindo!

carlos y yo callamos sin otorgarle nada, sin darle ni siquiera crédito, pues ahora cobran hasta el veinte por ciento mensual. por eso, mi compañero, tan ducho en estas lides, de pie, en el centro de la sala, berreó:

—nos vamos a la mierda.

—fija ese rumbo, amor mío —le dije.

fue ana quien salvó la tarde. bueno, no les había presentado. delgada, con anteojos, color de marfil. era la

doncella, amiga, que hacía unas sopas de orgullo y sancocho de pescado, lengua, lenguado, mellocos, sancochos de carne, cazuela de verde, etc.

—afuera hay un señor...

—obvio —dijo carlos—, pues no está dentro.

a ana se le cruzaron los cables, todavía no era capaz de seguir a carlos en sus viajes por arabia.

—me perdonarás, eduviges, pero el apellido es raro.

—a lo mejor es de la secreta —intervino muy animada aminta.

—¡oh, es un secreto a voces!

ana casi cae de filo. todo era cortante.

aminta intervino con un nuevo número para explicar la situación dudosa:

—¿el señor es bastante escabechado?

—deschavetado.

carlos salió. al cabo de unos momentos regresó con un hombre extraño y altísimo. español, hijo de su madre, quien al verme murmuró (¡ah, cómo odio las murmuraciones ecuatorianas!):

—me parece que hay una equivocación...

los niños, como dijera julio verne, son extraordinariamente perspicaces, y edu no era la excepción, más bien la exageración.

en efecto, la niña miraba a la visita con una sonrisa misteriosa.

—ese señor...

carlos se adelantó con otra sonrisa. hizo su presentación de cartas credenciales. el desconocido habló como si tartajeara:

—traigo una carta de mario blanco.

joh! de inmediato lo instalamos en la sala y al cabo de un momento reía con nosotros estrepitosamente.

—tengo una impresión gratísima del país. la democracia recoge sus frutos y el triunfo de rolando vera ha hecho que la imagen del ecuador varíe en españa.

carlos, fibras de cordero, no amaba, al igual que los demás, la política, y desechó la conversación sobre ese tema escabroso.

—en realidad, soy portugués —dijo el visitante—, y mi nombre es marcus de noronha.

en ese instante entró paco, y el abrazo de los dos fue impresionante. nos explicó:

—marcus es mi amigo de marras.

¿cómo olvidó queiroz a este personaje legendario?

resultaba algo extraño: queiroz jamás olvida detalle alguno y él sería capaz de escribir de verdad todos los capítulos olvidados por el hijo de la saavedra.

—un país maravilloso —repitió al mirar el brazo de mar, a esas horas bañado de gaviotas y garzas.

—la casa es hermosísima —dijo pascualina.

lo verdaderamente espectacular era el asombro de edu ante el extranjero fatigado.

—me encantan los fados —dijo aminta para interpretar el sentimiento de todos. marcus estuvo a punto de marcharse ante esa impertinencia tan singular como fina, pues todos sabemos que la música de nuestros países es la demostración de una falta absoluta de musculatura sentimental.

edu, paso a paso, se acercó a marcus. sonreía con astucia. la madre no salía ni entraba de su extrañeza. de repente, la niña se colocó entre las piernas del caballero, largo como litigio antiguo de aguas, de poca carne, con trazas de ermitaño, del cual, sin embargo, se contaban hechos formidables, capaces de emular las acciones de don juan de mairena.

edu meona, al igual que la madre, o yo misma, ¿había encontrado su primer amor?

paco guardó la carta en su bolsillo, y explicó que lo hacía para leerla durante toda la noche, pues blanco, cuando se empeñaba en escribir, dejaba en empeño hasta el sueño, es decir, producía tanto como perez y perez, con enjundia, dicho sea de paso.

—¿usted está de paso? —preguntó aminta, otra vez brillante, como si hubiera olvidado a clovis, el de la secreta. ¿o admiraba también en secreto al visitante lusitano?

—oh, nací en coímbra.

—imba, imba —repitió alucinada edu.

el extranjero hizo un «pianissimo» en la niña angelical, y la niña volvió a mearse.

—oh, con perdón, debo cambiarle de ropita —terció la madre, algo angustiada...

—¿quiere lavarse las manos?

perplejo, el extranjero se veía la chaqueta y una parte delicada del pantalón.

—creo irremediable —intervino mi compañero.

—unos se cagan de miedo, otros de admiración —sentencié desde el tribunal dado por mi vejez, y todos se tranquilizaron.

paco se reía como una bestia; en otras palabras, no se reía, pues no sé de bestia alguna que haya reído, sea en libertad condicional o entre rejas, muy visitada.

estaba claro que el visitante debería permanecer un buen tiempo entre nosotros, hasta conseguir que la mancha se despejara, luego de una limpieza ligera hecha por la madre de la célica edu.

—oh, no es nada... en la guerra de angola...

marcus nos tuvo al borde de la noche mientras nos contaba sus hazañas en el continente donde una vez existió el misterio.

también chita, desde luego. desde entonces se suele decir a la chita callando.

es de mi cosecha. fue mejor que la del año pasado. en todo caso, la agricultura, con la democracia, bueno... ¿o les aburro con este tema? ya lo dijo lope de vega que amó muchas más veces que mi sobrino: cada loco con su calendario a cuestras.

carlos, en otro mundo, contó sus quejas:

—no soporto a miller. es la tercera vez que trato de leer «trópico de cáncer», y no puedo.

—el cáncer, dios mío —dijo aminta—. a veces pienso que tengo cáncer a las mamas.

—a lo mejor —dijo carlos—. unas veces viene a las mamas y otras a las solteras...

—carlos, vida mía, a mí me sucede igual. únicamente me agradan sus cartas, sobre todo a brenda venus.

estábamos en junio, pero paco hizo su agosto:

—yo estuve en casa de miller, en california, y con ella. cenamos dos veces.

—¿quién pagó la cuenta? —preguntó mi amiga, de regreso con edu a su lado, la cual daba saltitos de alegría

al comprobar la existencia del portugués. la cría se fue acercando a él con esa curiosidad propia de los niños, que algunas veces es juzgada como impropia.

—¿por qué no comes toda la comida?

marcus la tomó en sus brazos. la escena nos tenía en vilo.

aminta calmó los ánimos: «no volverá a repetirse», dijo.

—carlos, cuando se publiquen mis memorias, también a mí me dirán que no soy nada respetable, igual que a miller.

—y a una decena de otros seres audaces.

—eça de queiroz —afirmó con desparpajo el portugués.

paco nos explicó la procedencia de marcus: pertenecía a la nobleza de verdad, tenía escudo, un sable, arcabuz, era noble y políglota.

—¿y por qué vive en las cavernas? —aminta, ¿quién otra?

—políglota es la persona con varias lenguas.

—¡imposible! —gritó ella.

—sí, la confusión de lenguas —dijo carlos, siempre tan acertado, como que ayer acertó cinco caballos.

la mancha de la chaqueta de marcus había desaparecido. la del pantalón todavía dejaba lugar a dudas.

—¿hay algún lugar, digo una tertulia, para frecuentar estas noches de reposo?

en el ecuador se habla en las casas, y los temas, por lo general, son los mismos: el casamiento de mengano, el adulterio de fulano, el divorcio de zutano, el nacimiento de perencejo y la muerte de gente que antes no había fallecido. nada cambia desde la partida de los españoles.

nos dejaron acostumbrados a esto. nada más. pero mañana podemos hacer una cangrejada.

esto propuso mi amiga. el extranjero, al oír la palabra última, se puso muy alborotado, y se debió explicarle el significado de la ceremonia donde se escuchan risas y golpes terribles sobre una tabla, mientras las manos y patas de colosales arañas marinas son descompuestas para saciar el paladar de los amigos reunidos al son de golpes rítmicos.

—traeré vino verde.

—no verde —gritó horrorizada aminta, la cual había olvidado que en españa, carlos y yo bebíamos gustosamente el vino portugués—. ah —exclamó satisfecha y más tranquila. a veces, ya lo saben, se muestra así de elocuente.

cuando la mancha del pantalón se perdió y marcus pudo marcharse, eran las dos de la madrugada y nos habíamos bebido siete botellas de varios licores, pues, a lo usual, se añadió una de usher green stripe, preferencia de marcus.

en un estado casi como el del país, pero llenos de fe en el ayer, nos despedimos.

la divina edu, dormida desde hacía rato en mi alcoba, se quedó hasta el día entrado con nosotros.

a las once, cuando carlos dijo sus primeras palabras, advertí en su voz un pequeño escozor, como si de repente echara de menos el susto de la paternidad; mas fue él mismo quien jamás quiso tener descendencia. decía es mucho mejor tener ascendencia, y más ahora, cuando la ciencia había comprobado hasta la saciedad nuestro origen cuadrumaníaco.

en todo caso, estaba ebrio. me besó con amor muy grande y se marchó para comprar cangrejos.

una garza solitaria contemplaba la mañana limpia y adorable. envejecer amada no es dolor alguno.

el infierno son los propios. ¿quién dijo esta vulgaridad?

mi intención era referirles más hechos, pero hace más de una semana (integral) sufrí un nuevo desvanecimiento, el cual, pese a ser nuevo, me dejó más vieja. resultado: los fondos guardados para ir a buenos aires también se desvanecieron.

pero yo estaba envanecida, pues el médico dijo no haber visto en su vida una mujer más bien plantada.

—gracias, y eso que jamás usó mi madre abonos artificiales.

el médico se puso lívido, lelo. algo propio de los galeños ilustrados.

aminta vino después con una mujer altísima, agradable y soltera. era médica y me inspiró confianza. me examinó, primero de arriba abajo, y luego de abajo arriba, hallando mi condición humana bastante acertada (digo esto, pues hablaba en forma de acertijos). en esto, acertó a llegar marcus, con sonrisa portuguesa. no se dolió de mi mal y más bien dijo... ahora no recuerdo sus palabras. en todo caso, aun en los judiciales, marcus se comportó como un caballero, pues cabalgaba en su silla mientras le daba al tintorro acompañado de carlos, quien acababa de llegar.

la médica, de nombre poco ordinario, me recetó caminar diariamente. repuse: toda la vida he caminado, he dado malos pasos y estoy ahora demasiado fatigada para hacer eso. prefiero esperar mi destino en casa, viendo pasar el día, admirando el vuelo de los pato cuervos rasando el agua, y otros gerundios descompuestos debido al clima húmedo de guayaquil.

la galena dijo:

—bueno, haga lo que usted desee.

—por fin encuentro una receta razonable.

mi afirmación desconcertó a marcus, pero ense-
guida nos invitó a un concierto de la sinfónica. ¡más
desconcierto!

—van a interpretar la quinta de beethoven.

—insoportable —contesté—. vaya usted solo.

aminta se sonrojó. pienso que ella creía algo distinto.

así quedaron los hechos, y los por hacer me llevarían
como unas cien páginas más y ustedes me aborrecerían.

—entonces voy a ir al teatro. es curioso. hace veinte
años, en mi primer periplo (aminta se volvió a sonrojar)
por el ecuador, me satisfizo el movimiento cultural en la
capital, pero ahora veo mayor en guayaquil.

—mire, marcus: hace sesenta años, ocurría lo mismo.
las compañías de teatro daban sus temporadas más
largas en guayaquil.

recuerdo a los hermanos soler y la compañía de opera
bracalli.

lo dicho por mí fue como una lección de sociología
para marcus, quien, de repente, dijo:

—¡una iguana!

nada de raro. estos reptiles son parte de nuestra vida.
asoman en la mañana, reptan, como es lógico y natural,
viven, se reproducen. iguales a los seres humanos, pues,
¿qué es el hombre sino eso: alguien que nace de pronto,
crece, come, se multiplica y muere?

y ahora, cuando escribo, siento, palpo casi, una igua-
na junto a la puerta de la biblioteca, y soy enteramente
dichosa.

la decisión más acertada fue vivir un tiempo en esta casa, con el estero a mi vista, y soñar sin levantar el vuelo, mientras la naturaleza ríe. ¿de quién habría de aprender el hombre a reír sino de la naturaleza? ¡oh, dioses mudables!

—sí, dios es un consuelo para muchos; pero la pluralidad de la naturaleza exige dioses.

—y san judas tadeo me ha hecho favores...

—¡y estás encinta!

se sonrojó. era su secreto y no podía ser de otro modo, dado el oficio de su compañero.

—edu, permítame presentarle a él. es una divinidad.

—¿otra? luego, aminta, ¡tú también crees en el politeísmo!

—no tomamos precauciones y, claro, estoy embarazada.

—¿de cuántos meses? —preguntó la médica.

—bueno, yo parto —advirtió marcus.

—no todavía —dijo la galena—; debe esperar como cinco meses.

—si es hombre, lo llamaré ataúlfo. de ese modo y a mi modo, ustedes serán inmortales.

carlos estaba en las nubes.

—cada día se devalúa la moneda de manera infame. siempre se deben tomar precauciones.

—a lo hecho, pecho —replicó aminta, asombrada.

y nadie salía de su asombro, por la simple razón de que nadie había entrado.

sin marcus en la sala, la escena era ridícula. vamos a ver: una mujer a la espera de un hijo de la secreta, mi marido en la bolsa, aun en casa, la pequeña maravilla en el ejercicio de desordenar los días, una vieja con su médica, la cual no hallaba nada raro en mí.

—señora, ¿cuánto bebió ayer? —la doctora.

—mi dosis.

—¿cuánto? —insistió la médica, pero con un tono de voz complaciente, nada disciplinario.

(la iguana posa junto a la puerta de vidrio, para la eternidad).

carlos cayó a la tierra:

—no hay día en el cual ella no beba su botella de vodka.

—¿lo hace a placer? —preguntó la médica.

—beberé hasta fallar de bruces, igual que mi tío manuel.

la médica, estudiada en parís, sonrió de manera delicada.

—voy a pedirles, carlos y aminta, un favor: si me enfermo de veras, no quiero otro médico, sino ella. la única con permiso para matar. por tanto, desde ahora la llamaré cornelia bond. dígame que respetarán mi penúltimo deseo o antepenúltimo.

—edu, salgo a la bolsa.

se marchó bien dispuesto a ganar o perder. el juego de la bolsa, el juego de la vida; por eso considero una tonte-ría la frase cursi de los asaltantes: «la bolsa o la vida». es lo mismo, coño. la interjección, al cabo de tanto tiempo, me viene como aire fresco. cornelia sentenció con alegría:

—no confío en las personas sin defectos.

—sí, sí —dijo aminta, toda rubor.

—¿cuál defecto tiene el de la secreta? —pregunté agresiva. ella enmudeció.

—¿acaso te tortura?

inclinó la cabeza y murmuró:

—sí, no llega temprano a casa.

entonces ocurrió lo de mi muerte.

bueno, el tío manuel me dijo un día con precipitación que ahora se moría la gente al contado y a plazos.

aquella noche desbordada, con marcus, alguien, aminta y carlos, bebimos más de la cuenta pagada yo no sé por cuál quisque, y me desvanecí.

cuando recobré a medias el conocimiento, es decir, cuando me sentí como si saliera de la universidad, vi a todos alrededor de mi cama. me dio un susto muy grande.

carlos, mentiroso como todos los hombres, me acarició: —estás bien, querida.

eso fue un mal agüero. cuando una va a morir, se siente cómo la parca se entremete. luego, sudores y un dolor al cuello, después al pecho, pues tales hechos se deben tomar a pecho. oía entre ruidos las palabras de mi compañero, quien trataba de explicar a un galeno sombrío:

—bueno, ayer bebimos tal vez demasiado.

carlos se sentó al pie de la cama. mala pata, me dije. escudriñaba el pasado. el futuro se había escondido. el presente era marisma. lejos, escuchaba el crascitar de los pato cuervos, los ruidos ordinarios de la calle, y yo misma parecía flotar en el ambiente. bueno, no en todo, la verdad: en el medio ambiente. una, cuando ya va a morir, lo ve todo claro. tal vez no entendieron mi sentencia:

—el país y yo nos vamos a la mierda.

el galeno propuso algo original:

—recemos.

felizmente, aminta se interpuso.

—edu no cree ni en la hora. ¿ha reparado que su reloj no tiene punteros?

el médico, para no quedarse de una pieza, pasó a la de al lado; pero alcancé a escuchar sus palabras ominosas: está mal.

sin embargo, me sentía de lo más bien, o más bien, no sentía.

schopenhauer, un enorme bostezo.

marcus era el único en posición correcta.

—he esquecido cosa è la morte.

claro, como que había bebido más de tres botellas no destapadas antes. el destape comenzó con la muerte del caudillo de españa.

—¿estoy en la puerta de alcalá? —pregunté con ingenuidad. estaba, en realidad, en otra puerta. pero me hice la desentendida, para dar más importancia a ese alguien sombrío.

—¿me escuchas? —preguntaba carlos.

—oui.

—soy charles.

—eduviges —repliqué.

era como si acabáramos de conocernos. gracias a la tierra, no a los cielos, por donde van las naves aéreas, burla de las aves, yo estaba aún con conciencia (nunca me hice un examen de esa pendejada), y capté la situación limítrofe; es decir, me hallaba en los mismísimos límites de mi vida.

de pronto sentí la oscuridad. era como atravesar un túnel de dimensiones incomprensibles. yo misma he sido incomprensible toda mi vida. la desesperación fue total. oscuridad hasta en los recónditos ovarios. les aseguro que la muerte no tiene semejanza con el acto sexual.

el sombrío me metió una aguja, casi como para matarme. carlos estaba al pie de la cama y la oscuridad se hacía cada vez más densa. de repente, cuando creía descender a lo más profundo, una luz terrible asaltó mi vida.

—es mejor apagar esas luces —escuché decir a marcus, todo consideración y gentileza.

lo más extraño: escuchaba los himnos del ecuador, la marsellesa y el de chile, mierda. no había duda: la muerte se llegaba a pie juntillas. ¿quién me pondría la puntilla? bueno, el sombrío, quien me había agujereado lindamente.

—¡hijo de puta, me duele el brazo!

impertérrito, el médico preguntó por qué no se había llamado a esa médica.

—¡me estoy muriendo, no recuerdo su nombre!

—embaucó a mi señora —protestó carlos—, trató de frenar su afición a la bebida.

no sé si me escuchó protestar: jamás he sido aficionada, yo he sido una profesional.

no sé cómo saqué fuerzas de mi gordura, pues nunca fui flaca, para decirle a mi compañero de jaula (no fui jamás a la escuela y por eso no puedo hablar de compañeros de aula).

—levántate, de otro modo no podré estirar la pata.

él, al escucharme, con educación suma, se levantó. y estiré la pata.

entonces todos, hasta el conde portugués, nos cagamos de la risa. el médico perdió su compostura, y eso que la compostura le había costado mucho. aminta se descosía. la inolvidable edu se encargó de destrozar una estatuilla, regalo de werner.

carlos reía a moco tendido. solo alguien parecía de piedra.

—ahora, el parte.

—el que parte y reparte se queda con la mejor parte.

—caca —dijo la dulce edu.

carlos explicó al resto, frente a mis restos, mi decisión: le había ordenado incinerar el cadáver.

alguien tenía el rostro cadavérico. ya no escuchaba nada.

—¿todo o nada?

—pero ¿está muerta «realmente»? —preguntó el señor conde, monárquico desde su nacimiento.

—nadie lo sabe —repuso con aire misterioso alguien.

marcus propuso un minuto de silencio. paseaba furioso por la habitación de modo contradictorio, pues no lo hacía de arriba abajo, sino de abajo arriba. al fin halló la solución ante el problema desgarrador: se desgarró las vestiduras.

—está muerta y no está muerta —sentenció alguien con el sombrero puesto.

marcus intervino una vez menos:

—¡ya está: declaremos esta casa santuario nacional!

—olé —dijo el médico con un pase de muleta. olvidé decirles que usaba muletas después de una caída en una borrachera colosal, motivo de la fractura de un sínfin de huesos.

—eso es absurdo —intervino carlos—, debemos poner fin a esta discusión.

a lo cerca o lejos, una muerta no sabe con precisión, se oía el vuelo de los ángeles y el ruido de las escopetas de cazadores furtivos.

los demonios no vuelan. ¿por qué, diablos, tanta mosca?

de pronto, me vi ataviada como una doncella, con una túnica blanca hasta los pies, y escuché una voz. esto es falsete:

–bienvenida, edu.

–usted, ¿quién es? –pregunté magnífica. dentada, limpia.

él sonrió, siempre los dioses sonríen. ¡oh, los dentífricos!

el olimpo me pareció un lugar agradable pero con demasiado ruido de satélites y naves espaciales.

–todo es tuyo –me dijo zeus con una sonrisa espectacular.

–¿puedo preguntar por la marca de su dentífrico?

el dios me vio con alguna extrañeza. luego, me habló con ternura desproporcionada:

–¿cuándo vas a crecer, pequeña intrusa? más niña cada día....

como es lógico, enseguida comenzó la música celestial. en ese mismo instante vinieron hacia mí el tío manuel, nada cambiado por cuanto las casas de cambio cerraron hace tiempo, y nadia, como si nada le hubiera sucedido.

el tío manuel me tomó de la mano y me propuso:

–¿te agradaría ir al crillón para tomar unas ostras?

¡el hijo de puta!

nadia trajo una botella de vino blanco.

en bambalinas, zeus estaba pellizcando la nalga de una diosa desconocida.

vimos, entonces, caer un ángel. luego, uno de los cazadores había dado en el blanco. ¡qué horror el racismo! nunca se habla de los pobres negros, si bien

muchísimos de ellos, con la dentadura tan blanca como la de zeus, reían silenciosamente.

—¿te agrada? —preguntó benevolente el tío.

—sí, los ruidos aquí son filtrados.

—ahora, a dormir —dijo nadia—. es la hora de queda.

si no queda otra cosa, pensé.

pero lo extraño era ver también a carlos, marcus, aminta.

—por favor, cuidado ese polvo...

en ese mismo instante apareció el de la secreta.

horrible, una tortura.

zeus corría desnudo tras de otra diosa nada frecuente.

—no me agrada frecuentar estos sitios —explicó aminta.

paco, mi sobrino, autor intelectual de mi muerte, tuvo una coartada perfecta: ese día mismo se hallaba en pas-cuales, con una mujer, desde luego. ¡genio y figura hasta la sepultura, sobre todo genio!

1989

la casa de las iguanas

guayaquil

Autobiografía admirable de mi tía Eduviges

de Francisco Tobar García

fue editado bajo el número 10 > en la

COLECCIÓN

Literatura  Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente

Gustavo Jalkh Röben

en septiembre de 2014

con un tiraje de 30 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario El Telégrafo.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT

Ligh 12 puntos.

